BLANCO MÓVIL

CIENCIA FICCIÓN ESPAÑOLA

ILUSTRACIONES DE NINA YHARED (1814)

DOSSIER
conversando de
TITO MONTERROSO

7 52435 35500 1

Los primeros pasos

Las olas se alzan golpean con fuerza, sin saña sólo golpean, como cantando en estas costas que se tatuaron en no pocos idiomas y culturas, de las corrientes frías al hálito africano, los dioses se adormilaron para subirse a las carretas, las que los jamelgos encaminan hacia pedazos de la historia, bestializada, no pocas veces, mientras el calor grato de las fogatas se introduce con suavidad en los huesos resentidos y húmedos por tantas lluvias y pesares. Los molinos se sacuden de las imágenes alegóricas de los quijotes para dedicarse a machacar carne , con la parsimonia que los rituales de las guerras han trazado en las líneas de la vida de este país, donde el vino discurre junto la memoria trasquilada por el dictador; mientras los ovnis eran recuerdos deseados de mejores tiempos que navegaban por las chimeneas sin leña, pero se enfrentaban a refrigeradores de boca abierta, desdentados, sin hueso de jamón a roer, mientras la tecnología alzaba vuelo detrás de las orejas que escucharon canciones de modernidad futura. En el valle de los vencidos sembraron parras que dieron uvas cuyo jugo pisoteado era sangre negra, costras de uniformes del mismo color de ciertos uniformes, que llenaron tumbas y jarras, las rodillas de los niños se llenaron de caídas y de los silencios que los padres se obligaron, mientras las ventanas se cerraban al paso de la brisa. El muro interno, la obligación de callar o ser un paria, no transformaba las ristras de chorizos en ángeles salvadores, la palabra escrita ascendía junto con los platos voladores, de los cuales los únicos extraterrestres eran los marineros vestidos de blanco, que hacían posible que los dulces tuviesen el sabor a otro continente, otro tiempo, casi, otro planeta. El cambiar lo acontecido en la historia, buscar que lo suplantase lo opuesto, rascar con las uñas en búsqueda de los templos destruidos, los platos de las paellas no logran sobrevolar mas allá de las barrigas sólidas y ahítas, mientras flores se convierten en succionadoras de la oscuridad, el negro de los cuerpos y la sangre congelada, para transformarse en el polen de los holocaustos. Las ofrendas de cuerpos humanos que son útiles para posibilitar la tranquilidad perenne de la vida y costumbres de algún pueblo escondido. El sistema de lo pasado digiere a la utopía del presente, se construyen pirámides truncas y deshacen las escaleras a los frutos y al paraíso en la tierra.

Las estrellas siguen cayendo de los cielos, mientras la mirada continúa en su tarea de encontrar el deseo de lo encontrable, de toparse con lo intensamente diferente. Buscar, escudriñar entre las letras para resucitar la palabra que vuela, que fantasea, que ilumina. En fin, la palabra..

Eduardo Mosches

La ciencia ficción española contemporánea

Julián Diez

Siempre que me piden que explique la situación actual de la cf en España me enfrento a un terrible cúmulo de contradicciones. Porque ahora estamos, simultáneamente, en un periodo de esplendor y decadencia. Quizá por primera vez se adivina en el horizonte la posibilidad de que el género abandone su caverna de marginación y consiga dar el paso hacia las grandes colecciones de literatura, con sus autores reconocidos como escritores de calidad fuera de los estrechos confines del fandom, el mundillo de los aficionados fieles. Sin embargo, cuando escribo ésto, esos mismos autores nacionales han caído en un cierto desánimo, ya que los logros no llegan, las colecciones que aparecen con carácter profesional no les dan muchas oportunidades y el ghetto sigue siendo para muchos el único rincón.

Los noventa fueron, sin duda, el punto culminante de la historia del género en España. No resulta arriesgado afirmar que de las diez mejores novelas de cf jamás publicadas en España, al menos seis vieron la luz en esta década. Y si hubiera que seleccionar 25 cuentos, quizá llegaríamos hasta los 20 entre la producción reciente... Todo ello habla de un movimiento vivo, con gente joven ligada a él, pero también de una historia cargada de paraliteratura, creadores de tercera fila y obras que se han convertido en clásicas a la fuerza de servir de referente en estudios como éste, pero antes por su edad que por su propia valía, que las haría más bien merecedoras del calificativo de antiguallas.

Y eso que, al igual que en otros países europeos, la cf tuvo en España antecedentes venerables. El excelente libro de Nil Santiáñez Tió *De la Luna a Mecanópolis* (Quaderns Crema) vino a recordar a los aficionados españoles que algunos de los literatos más importantes del cambio de siglo, como Miguel de Unamuno, Leopoldo Alas "Clarín" o José Martínez Ruiz "Azorín", se acercaron en alguna ocasión a la cf. Sobre todo, el trabajo de Santiáñez Tió sacaba a relucir la importancia de una novela de Enrique Gaspar, *El anacronópete*, que en la década de los ochenta del siglo pasado anticipaba la idea de viaje en el tiempo luego popularizada por H. G. Wells. La novela ha sido reeditada por la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción en formato electrónico.

El género navegó sin obras de interés por los comienzos de siglo, con la popularización de las fantasías ucrónico-políticas de escaso relieve y las aportaciones de José de Elola, quien bajo el seudónimo de Coronel Ignotus fue considerado en su momento el Julio Verne español gracias a las obras que fue publicando en la Biblioteca Novelesco-Científica de la Editorial Sanz Calleja, que

puede ser considerada con propiedad como la primera colección especializada en cf en lengua castellana. Sus novelas son rigurosamente ilegibles a fecha de hoy pese a su popularidad en la época y los altos vuelos imaginativos del autor, que incluso creó escuela. Su principal seguidor fue el Capitán Sirius, Jesús de Aragón y Soldado, del que se reeditó hace pocos años *Cuarenta mil kilómetros a bordo del aeroplano fantasma* (Editorial Juventud).

Autores de aún inferior categoría fueron apareciendo ocasionalmente hasta los años cincuenta, cuando el *boom* del género en Estados Unidos, tanto en literatura como en cine, dio paso a un redoblado interés en España. Ahí mismo quedaron formadas las tres ramas a través de las que el género crecería hasta hoy: la de la aventura espacial popular de nula calidad literaria, la del género autoconsciente de sí mismo y con pretensiones de calidad, y la de los escritores consolidados que ocasionalmente visitan nuestro territorio.

La aventura espacial tuvo su primera colección significativa con "Futuro", creada por José Mallorquí, el padre del popular personaje El Coyote. En ella se dio cita todo tipo de material: desde adaptaciones *sui generis* de obras importantes estadounidenses firmadas por estrafalarios seudónimos, hasta creaciones originales del propio Mallorquí, notablemente la serie protagonizada por el capitán Pablo Rido. Mallorquí dejó la colección tras 26 números, aunque ésta consiguió mantenerse hasta el 34.

A los pocos meses de aparecer "Futuro" vio la luz "Luchadores del espacio", que pasaría a la historia por albergar la más conocida serie de cf española de todos los tiempos: la saga de los Aznar, fruto de la pluma del valenciano Pascual Enguídanos Usarch, que firmó la serie con el seudónimo de George H. White. "Luchadores" presentaba el formato "bolsilibro" que sería popular en España durante décadas: pequeño tamaño, en torno a las cien páginas de letra grande y temáticas muy directas, con aventuras frenéticas, personajes planos —villanos de una pieza, galanes irrefrenables y damas encantadoras— e imaginación alejada de cualquier control lógico, tanto como lo están las obras en sí de eso que damos en llamar "calidad literaria".

La casualidad de que el nombre de la familia protagonista sea el del actual presidente del gobierno español, José María Aznar,

ha coincidido con un curioso revival de la serie en los últimos años, en el que ha sido posible reafirmarse en la idea de que se trata de acumulaciones de peripecias disparatadas, escritas con absoluto descuido, pero que pueden producir un cierto disfrute *kitsch* a la manera en la que son vistas las películas del género de aquellos mismos años cincuenta. En cualquier caso, su elección como la mejor serie europea de cf de todos los tiempos en la Eurocón de 1978 sólo puede responder a motivaciones políticas, al desconocimiento de esta obra... o a un desolador vacío en el género a nivel continental.

White continuó durante décadas con la producción de su serie, que superó la cincuentena de capítulos. Fue la más popular de "Luchadores", que pronto tuvo una competidora seria en "Espacio", otra colección firmada por seudónimos anglosajones y con producciones de escasa valía.

La cf de cierta calidad tuvo su emerger en los años cincuenta gracias a la acción de una revista argentina, "Más Allá", una editorial argentina, Minotauro, y una colección española, "Nebulae". Si la primera sólo tuvo tres años de vida, la segunda permanece hasta hoy ofreciendo títulos clásicos. En principio, sin embargo, el impacto de Nebulae fue más intenso: alcanzó los 140 números y sobrevivió durante quince años, desde 1954 hasta 1968, dando a conocer en España a buena parte de los grandes autores del género con un criterio ecléctico: Asimov, Heinlein, Clarke, Van Vogt, Silverberg, Dick, Brunner, Brown... Pronto tuvo imitadoras en las colecciones Cénit y Galaxia, de inferior calidad, aunque sólo Nebulae publicó regularmente autores españoles. En ella aparecieron las mejores obras del primer gran autor de cf español, Domingo Santos, que también publicó bolsilibros por la misma época.

Santos es uno de los personajes capitales del género en España. En esta época, su dominio en la creación literaria era absoluto: una novela como *Gabriel* (1963), pese a que hoy resulte pasmosamente desfasada, conservaba hasta el año pasado —cuando se abrió la traducción al francés de diversas obras, empezando por *La locura de Dios*, de Juan Miguel Aguilera— el honor de ser la única novela española de cf traducida fuera de nuestras fronteras. Otras obras destacables suyas son la colección de relatos *Meteoritos* (1965), también en Nebulae, y la novela *Los dioses de la pistola prehistórica* (1967), aparecida en una colección posterior, Infinitum. Santos era obviamente superior a sus compañeros de Nebulae, F. Valverde Torné y Antonio Ribera, cuya producción resulta infame desde la perspectiva actual.

Fuera del género, algunos autores se acercaban ocasionalmente a la cf. El primero fue Eduardo Texeira, sin demasiado éxito, y mucho más destacable es el trabajo de Tomás Salvador, un escritor que ganó el premio Planeta y fue uno de los más populares literatos del franquismo. Dejó a la cf española una novela capital, *La nave* (1959, Ed. Reno), dos excelentes colecciones de relatos juveniles sobre el personaje de Marsuf, el vagabundo del espacio, y la curiosa trilogía compuesta por *Y, T* y *K (Killer),* ya en los setenta (Plaza & Janés).

Los sesenta supondrían la primera etapa feliz del género en España. Los bolsilibros vivían un florecimiento total, y al final de la década llegaría incluso la incorporación de editoriales importantes como Bruguera, en cuya serie "La conquista del espacio" florecería otra gran serie de aventuras espaciales españolas, "El orden estelar", de Angel Torres Quesada, firmadas con el seudónimo de A. Thorkent. Este gaditano mantiene su producción literaria hasta hoy, con desigual fortuna, aunque siempre con una vocación de amenidad que consigue cumplir plenamente en sus mejores momentos, como en la serie de las *Islas del infierno*, aparecida ya a finales de los ochenta y reeditada recientemente por Timun Mas.

Mientras, el fandom nace como tal con la organización de la primera convención española de cf, la Hispacón, en 1968. Aunque

no hay revistas regulares y los fanzines no llegarán hasta esa misma época, en los sesenta se publican varias antologías de cuentos españoles del género, tanto por parte de la editorial Acervo como por Castellote Editor. Entre los autores que aparecen en esas páginas hay algunos de auténtica relevancia histórica como Francisco Álvarez Villar, un psicólogo prematuramente fallecido, o Carlos Saiz Cidoncha, convertido hoy en el gran patriarca de la cf española de aventuras. También aparecen nombres curiosos para el lector actual como José Luis Garci, el director cinematográfico oscarizado, o el cantatautor Luis Eduardo Aute.

El fruto final de todo ese entusiasmo fue el nacimiento de la revista *Nueva Dimensión* (ND), la principal publicación del género en España de todos los tiempos, que extendería su existencia por 148 números entre 1968 y 1982. Dirigida por Sebastián Martínez, Luis Vigil y el citado Santos, su efecto movilizador en el género fue fundamental, y la práctica totalidad de los autores surgidos en los años siguientes lo hicieron a la sombra de ND.

Las colecciones especializadas, que sufrieron bajas a finales de los sesenta, renacieron a mediados de los setenta. Bruguera, SuperFicción de Martínez Roca, Acervo CF, la segunda Nebulae y una Minotauro que conseguía irregularmente ser importada de Argentina mantenían al público informado de las últimas novedades anglosajonas, aunque sólo ocasionalmente dieron a la luz autores españoles.

El más destacado que apareció en esta época fue Gabriel Bermúdez Castillo, a mi juicio el primer autor español de cf de auténtica valía literaria. En estos años publicó sus dos novelas capitales: *Viaje a un planeta Wu-Wei* (Acervo, 1976), muy divertida y quizá el comienzo del uso de temas "españoles" en el género, y *El señor de la rueda* (1978), una jocosa emulación entre la cultura medieval y la del automóvil que apareció en la editorial Albia, donde encontraron acomodo los autores españoles del momento.

A finales de la década se produjo un curioso movimiento contracultural con un pie dentro del género y otro fuera, la "novaexpressión", cuyo órgano de expresión fue el fanzine (y luego, por seis números, revista) *Zikkurath*. Relacionada directamente con la llamada "movida madrileña", el movimiento cultural y callejero de aquella época de optimismo tras el fin de la democracia, la "novaexpressión" bebía y reivindicaba el experimentalismo de la cf de los sesenta, desde William Burroughs hasta Michael Moorcock. Sin embargo, ninguno de sus integrantes ha seguido en el género, por lo que su aportación, que pudo contribuir a abrir la cf al exterior, ha quedado sepultada en las historias oficiales del género como una especie de apostasía. Además, este grupo no dejó tras de sí ninguna novela relevante de cf "pura", lo que ha contribuido a su olvido.

Los principales escritores de este periodo vieron recogidos sus mejores relatos en la antología de Domingo Santos "Lo mejor de la ciencia ficción española", publicada por Martínez Roca en 1982 y reeditada por Orbis.

En los últimos instantes de la historia de ND llegaron a sus páginas los primeros autores de cf que mantienen su actividad hasta hoy y que podríamos considerar como los pioneros del desarrollo del género en la actualidad. El primero en publicar fue Javier Redal —justo el último en aparecer en la antología de Santos—, que formaría pareja con otro valenciano, Juan Miguel Aguilera, en una serie de novelas aparecidas a finales de los ochenta en Ultramar y centradas en un cúmulo globular, Akasa Puspa. Tanto *Mundos en el abismo* como *Hijos de la eternidad* son novelas de gran empaque tanto científico como imaginativo, escritas con solvencia y que seguramente forman, junto a la posterior *En un vacío insondable*, la cf española más "exportable". Aguilera, un escritor cada vez más profesional en su ejecución, ha pro-

seguido su carrera en solitario en los últimos años, aportando a la cf de los noventa una de sus grandes novelas, *La locura de Dios* (Ediciones B), y uno de sus mejores relatos, "El bosque de hielo".

Sin embargo, quien en principio llamó más la atención como gran descubrimiento fue el gaditano Rafael Marín. Su novela *Lágrimas de luz*, aparecida a la par que se extinguía ND en una colección que la revista pretendió publicar, es considerada por muchos como la mejor novela española del género y se espera con impaciencia su reedición por la editorial Gigamesh. Se trata de un *space opera* poético, escrito con una solvencia impropia de alguien que apenas entraba en la veintena, que se ha convertido en un título mítico. Marín dio a la luz años después una excelente antología de relatos, *Unicornios sin cabeza* (Ultramar), pero luego se embarcó en un proyecto de fantasía un tanto farragoso, *La leyenda del navegante* (Miraguano), cuyo fracaso incluso dentro del género le desmotivó por un tiempo. Su última novela, *Mundo de dioses* (Ediciones B), aúna varios de sus amores, llevando a la cf el cómic de superhéroes con apreciables resultados. En los últimos tiempos parece haber dado un curioso giro a su carrera, retomando un estilo de fantástico "literario" de sabor muy personal.

Elia Barceló no es propiamente una autora de ND, aunque llegara a aparecer en sus páginas, sino que floreció más bien al amparo de los fanzines de la época, notablemente de *Kandama,* editado por Miquel Barceló. De formación filológica, comparte con Marín un gusto por el experimentalismo más acusado en su caso. Escribe poco, pero de forma cuidadosa. Sus relatos fueron recogidos en 1989 en *Sagrada* (Ediciones B) y publicó una novela, *Consecuencias naturales* (Miraguano), a la que en marzo estaba previsto que se sumara una segunda, *El vuelo del hipogrifo* (Pretextos). Es uno de esos escritores con mayor influencia que obra, y pionera sobre todo de algunas tendencias consolidadas en los noventa, como la mayor inquietud por el acabado formal.

Aunque menos reconocidos en general, los relatos de Juan Carlos Planells tienen una calidad pocas veces igualada dentro de la cf española. Hombre tranquilo y poco amigo de apariciones públicas, tal vez por ello sea menos reconocido que lo que su calidad merecería. Sólo ha publicado una novela, *El enfrentamiento* (Miraguano), ya en 1996. Sus numerosos cuentos, de calidad homogénea, merecerían verse recogidos en forma de antología.

Estos escritores y otros más veteranos, especialmente Bermúdez, Torres y Cidoncha, navegaron durante los ochenta sin más rumbo que la eventual publicación de sus obras en modestos fanzines (entre los que resulta inevitable mencionar a *Máser*, de Juan José y Jesús Parera) o en la exitosa colección de bolsillo Ultramar, en la que desarrolló una gran labor de asesoría Domingo Santos. Extinguidos los bolsilibros, sin revistas, con las actividades asociativas dentro del género extintas, el mercado quedó constreñido a la publicación de autores estadounidenses en formatos cada vez más caros. La tendencia se invirtió a principios de los noventa, cuando las colecciones de libros empezaron a decaer para terminar desapareciendo sucesivamente (en 1999 sólo quedaban Nova, de Ediciones B, y Minotauro, afincada desde hace unas décadas en España) mientras el fandom florecía a partir de la Worldcon de La Haya, Holanda, celebrada en 1990.

Del impulso de aquellos contactos surgieron incontables proyectos: la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción (AEFCF), la revista *Cyberfantasy* y los tres primeros números de *Gigamesh*, el fanzine *BEM*, el premio de la Universidad Politécnica de Catalunya (UPC), los concursos de relatos... La AEFCF recuperó las Hispacones, que se han venido celebrando con regularidad desde 1991, y creó las antologías *Visiones*, recopilaciones de relatos españoles que

se han sucedido desde 1992. *BEM*, que llevaba dos números en La Haya, se convirtió en un foco dinamizador y empezó a dar a la luz relatos de los grandes autores de los ochenta. *Cyberfantasy* dio cabida en sus seis números a algunos de los nuevos autores que empezaban a surgir (César Mallorquí, León Arsenal, Pedro Pablo May...). El premio UPC, un concurso dotado con un millón de pesetas para novelas cortas inéditas, se convirtió en un cebo perfecto para multiplicar la producción literaria de los autores españoles, que luego era en muchos casos recogida por Miquel Barceló, el hombre que actúa como motor del premio, en su calidad de seleccionador de Nova, la colección de cf de Ediciones B. Y los concursos de relatos se reprodujeron para acentuar ese efecto: el Pablo Rido, de la tertulia de Madrid; el Domingo Santos, que otorgan las sucesivas organizaciones de las Hispacones; el Alberto Magno de la Universidad del País Vasco, dotado con 500 mil pesetas...

Aquí es inevitable hacer un paréntesis para citar a los principales autores surgidos de toda esta frenética actividad. El primero de ellos es César Mallorquí, ganador del primer Pablo Rido (cuando se llamaba Premio Aznar, nombre cambiado después por su coincidencia con el ya citado político, e hijo él mismo del creador del personaje de Rido, José Mallorquí) con una curiosa historia sobre un gitano con superpoderes que terminaba conquistando a la reina Ginebra, "El mensaje perdido". El relato no sólo abre el camino a Mallorquí, sino que es el comienzo de lo que podríamos bautizar como cf española "posmoderna": uso de temáticas cercanas, referentes literarios múltiples tanto del propio género como de la literatura en general, recuperación de tradiciones... Algo en lo que Mallorquí se ha especializado en relatos sólidamente construidos en torno a buenas ideas y con un desarrollo absolutamente profesional. Casi todos pueden encontrarse en *El círculo de Jericó* (Ediciones B), con las notables excepciones de las novelas cortas *La vara de hierro* (Quaderns UPCF), continuación de "El mensaje perdido", y "El coleccionista de sellos", ganador del premio UPC 1995, que se encuentra en el volumen recopilatorio de ese certamen. En los últimos tiempos, Mallorquí ha abandonado un tanto el género para centrarse en la novela juvenil, en la que ganó tres veces el premio Edebé y una, el Gran Angular.

Entre los ganadores del premio UPC se contaron también Elia Barceló y Rafael Marín. A las puertas se quedó en varias ocasiones hasta conseguirlo en el 2000 Javier Negrete, un hombre de amplísimos registros y que ofrece una envidiable regularidad en cuanto a calidad. Desde la aventura polar de *Nox perpetua* (SM) hasta el space opera desatado de *La mirada de las furias* (Ediciones B), pasando por la farsa irreverente de *Estado crepuscular* (Quaderns UPCF, fanzine *Ad Astra)* y el intimismo de *La luna quieta* (en *Premios UPC 1991*, Ediciones B), Negrete siempre es capaz de llevar a cabo trabajos de excelente confección y lectura absorbente. Es, sin duda, el gran ausente de este volumen, aunque debido a razones de extensión: apenas ha producido nada por debajo del centenar de páginas.

Rodolfo Martínez, aunque más joven que los anteriores, comenzó su andadura en la cf antes. Como joven promesa, se ha visto perjudicado en muchas ocasiones por las expectativas creadas en torno a su obra. Su segunda novela, *Jormungand* (Ediciones B), que fue presentada como su trabajo definitivo, es inferior a obras de menor vuelo pero mayor eficacia, entre las que destacaría *La sonrisa del gato* (Miraguano) o *El alfabeto del carpintero* (Espiral). Martínez, narrador de raza, da siempre la sensación de que su mejor rendimiento está aún por llegar, aunque lo cierto es que sus últimos escritos se han asentado en una satisfactoria profesionalidad que le faltaba inicialmente.

Ese oficio le sobra a Armando Boix, autor de una docena de relatos de calidad y de algunas novelas juveniles. La primera, *El jar-*

din de los autómatas, consiguió un importante premio de fuera del género, el Gran Angular de la editorial SM. Amante de la fantasía histórica y hombre de pulidísimo estilo, es también un ensayista sobresaliente.

Estos son los escritores que, junto a la generación de los ochenta, suelen ser citados como los más destacados de la cf española. Sin embargo, la eclosión de fanzines y revistas en los últimos años, con publicaciones de relieve como *Artifex*, *Bucanero, Parsifal* o las ya citadas, además de la fanedición de novelas de corta extensión de la mano de la colección faneditada *Cuadernos Espiral* de Juan José Aroz, ha permitido que vayan publicando continuamente autores de relatos que hoy parecen en un segundo plano, pero que hubieran sido primeros espadas en décadas precedentes con una calidad media inferior.

Suele citarse como uno los más relevantes a Félix Palma, otro valor de la inagotable cantera gaditana, que se mueve en un relato fantástico un tanto ajeno a los convencionalismos de la cf, como demuestra su primera recopilación, *El vigilante de la salamandra* (Pre Textos). Su primera novela, *La hormiga que quiso ser astronauta,* no confirmó las expectativas que sus relatos mantienen perennemente despiertas.

El madrileño León Arsenal publicó a inicios de este siglo con éxito su primera novela, *El hombre de la plata* (Valdemar). Habitual ganador de concursos y hombre de voz muy personal, Arsenal se ha convertido en el referente para una suerte de "space opera culto", en el que son reconocibles sus personajes sombríos y su estilo conciso y expresivo, algo que puede disfrutarse en su excelente antología *Besos de alacrán* (Metrópolis Milenio).

Daniel Mares, otro madrileño que ha crecido en los certámenes literarios, ya ha dado a la luz algún volumen más que digno de

mención como *Seis* (Espiral) y su producción es incesante. También ha sido finalista en varias ocasiones del UPC, que no ha conseguido quizá por cierto desinterés por el pulido formal en detrimento de su —notable— capacidad imaginativa.

De los autores más recientes, Ramón Muñoz fue la revelación de 1999, cuando acaparó los principales premios del género, y es también hombre de voz muy personal, bastante pesimista pero cargada de sentimiento. Sus relatos son demasiado largos para tener cabida en esta revista, pero sí tenemos a cambio a quien le sucedió en ese trono en el 2000: José Antonio Cotrina, que ese año ganó todos los premios del género. Aún no cuenta con ningún volumen publicado, fruto de la discontinuidad de su producción, que dio comienzo a principios de los noventa para atravesar después un paréntesis de más de cinco años sin publicar. Es un estilista fino, con voz personal, que seguramente se perfila como la gran esperanza del género en la actualidad.

José Miguel Pallarés también lleva algún tiempo publicando, con un volumen de relatos, *En breve conquistaré esta tierra*, y una novela, *El ayer vacío*, a sus espaldas. Sin embargo, sólo en los últimos años se ha destacado definitivamente como un escritor de voz personal, que alterna extrañas pesadillas rurales con fantasías urbanas.

Otro de los hombres del momento es Eduardo Vaquerizo, que acaba de publicar en Punto de Lectura la novelización de *Stranded* cofirmada con Juan Miguel Aguilera. Vaquerizo es un narrador puro, un hombre al que en muchas ocasiones arrastra su propio afán de contar historias, y que en apenas cuatro años de carrera ya publicó otras tres novelas: *El lanzador*, *Mentes de hielo y noche* y *Rax*, seguramente la más recomendable.

Es notoria la popularidad dentro del fandom de Eduardo Gallego y Guillem Sánchez, dos autores en la tradición del ya extinto bolsilibro, aventurera y poco exigente literariamente. Antes que a ellos, me permitiría apostar para el próximo futuro por nombres como los de Carlos Castrosín, Carlos Pavón, Juan Manuel Santiago, Javier Cuevas, José Luis Rendueles, Manuel Díez Román, José Antonio del Valle, Víctor Conde, Lorenzo Luengo...

Sin embargo, la cf española ha tenido que afrontar, en este periodo de crecimiento, un grave peligro: la autocomplacencia. El cerrado mundo del fandom ha gratificado en exceso a muchos de sus autores, además de encumbrar de forma exagerada a promesas o aprendices carentes incluso de las mínimas capacidades técnicas. Por ello, muchos de los escritores con más seria vocación profesional han llegado a una cierta desmotivación al no ver compensados sus esfuerzos más allá de un reconocimiento limitado. Entre los citados, Aguilera, Boix, Mallorquí, Barceló, Martínez y Marín, por sólo citar a algunos, están buscando una salida fuera tras haber tocado techo en los modestos límites del género y haberse encontrado con la incomprensión que generaban sus intentos de evolucionar. En ciertos casos, como el de Mallorquí, se ha producido incluso un rechazo tajante hacia cuanto rodea al fandom.

Este hecho coincide, sin embargo, con un renacer de la cf fuera del mundillo del género. Autores relevantes de la literatura española contemporánea han seguido el camino que marcó Gonzalo Torrente Ballester con *Quizá nos lleve el viento al infinito* (Planeta) y se han acercado tímidamente al género. Alguno, como los catalanes Miquel de Palol y Jordi Serra i Fabra, dedica de hecho un porcentaje fundamental de su producción a la cf, siguiendo el ejemplo de Manuel de Pedrolo en los años setenta y su *Mecanoscrito del segundo origen*, un libro de lectura obligatoria en Cataluña, en las clases de su lengua vernácula. Incluso uno de los más notorios escritores jóvenes del país, Ray Loriga, publicó el pasado año una novela de cf, *Tokio ya no nos quiere* (Plaza & Janés), de

escasa calidad en rigor pero que muestra que el género puede ser absorbido desde fuera como ha ocurrido en Italia gracias a Valerio Evangelisti y el grupo de los "jóvenes caníbales".

Pese a las citadas reticencias de los escritores españoles, esa apertura de las editoriales a la cf forma parte de un panorama futuro esperanzador. Existen, tras numerosas peripecias, tres revistas profesionales del género con periodicidad bimestral: *Gigamesh* —que camina por su vigésimo número, y cuya feliz andadura ha contribuido a que su editor, Alejo Cuervo, diera el paso de lanzar una colección de libros en la que podrían tener cabida autores españoles—, *Solaris* —respaldada igualmente por una pujante colección de novelas— y *2001* —publicada por Equipo Sirius, que también cuenta con una colección exclusivamente consagrada a autores españoles.

Algunos fanzines, con fortuna variable, van apareciendo para tomar el lugar del desaparecido BEM, caso de *El melocotón mecánico, Data, Framauro y The Plague.* Continúan iniciativas interesantes como *Artifex*, ahora convertido en antología semestral, la colección *Espiral* o las recopilaciones anuales *Visiones*. Y los premios continúan atrayendo a autores jóvenes que aparecen sin cesar.

En suma, se trata de un momento abierto, quizá de una oportunidad única, de la que puede surgir una definitiva consolidación o un nuevo periodo de encierro y oscuridad que resultará difícilmente justificable. Está en las manos de todos ser, por una vez, razonablemente ambiciosos. Las armas con las que la ciencia ficción española cuenta para ser reconocida fuera están presentes, en su mayor parte, en esta revista que está en sus manos.

Blanco Móvil 89

El obrador

Eduardo Vaquerizo

Lo peor era el olor, una gran mano viscosa de sangre aplastaba las caras hasta dejarlas sin aire. Tristes hileras de carros repletos de cadáveres subían desde la marisma, rodeados por una nube de gaviotas hambrientas. Los bueyes ascendían penosamente, enyuntados unos con otros, y los baches hacían oscilar la carga: carnes mórbidas, putrefactas y llenas de líquidos unas, rígidas otras. Los acólitos, cubiertos de pies a cabeza con sayas grises, azuzaban a los bueyes con largos palos, procurando no mirar demasiado al interior de los carros. En lo alto de la colina, creciendo sobre la roca como un parásito descomunal, les esperaba el molino.

Las aspas, formadas por una fina retícula recubierta de pieles tensas, giraban con languidez enfermiza, engastadas en una mole de piedras comidas de sal, amontonadas y olvidadas de toda arquitectura. Todo más antiguo que el mismo mar, construido por dioses descuidados y luego abandonado al mantenimiento de hombres empequeñecidos ante los errores de un Dios.

Desde el interior llegaban caravanas de enormes carros todos pintados de negro. Amontonaban los cuerpos al pie de la colina y partían de vacío. Eran los *portarii*, jerarquía menor de los servidores del molino. Desde allí los acólitos, siempre de gris, siempre guardando su voto de silencio, cargaban la interminable fila circular de carros tirados por bueyes que ascendían la colina durante día y noche. Arriba las compuertas basculaban y la carga resbalaba pendiente abajo hasta un embudo metálico y desaparecían en las entrañas de aquella mole irregular. Dentro los acogían caminos de piedra y madera, engranajes tan perezosos como enormes, construidos de maderas imbricadas de hierro y que trabajaban para conducir el movimiento de las aspas. Las muelas eran dos enormes conos de piedra opuestos, manchadas de un rojo muy oscuro y que giraban una contra otra, rodando interminablemente sobre un desgastado lecho también de piedra. Un retumbar profundo, como de rocas quejándose, se sentía en toda la estructura.

Escuchar cómo llegaban los cuerpos, cómo las muelas machacaban la carne y la sangre hasta convertirlas en una papilla oscura, no era nada agradable. Verlo, aún vaciaba estómagos acostumbrados a carnicerías.

En la parte Oeste del molino se abría un ancho canal que provenía casi directamente de las muelas. Un chorro de carroña semilíquida descendía hasta una laguna, donde chapoteaba sin casi salpicar. La laguna es-

taba represada y alimentada por un arroyo. Agua cristalina entraba por el sur y algo viscoso rebosaba por el talud de la presa y caía hasta la marisma, inundándola. Sobresaliendo del agua salobre miles de flores se erguían como lanzas, delgadas y oscuras formas rematadas en una cabeza bulbosa. La visión de aquel campo de lanzas vivas, no hubiera debido de producir ninguna sensación, sin embargo su rigidez ante el viento, los colores violáceos de tan negros, algo más allá de su mera presencia física, atraía la repulsión inmediata. Nada —salvo el viento y el mar— visitaba aquellos campos sagrados. La densa agua emponzoñada de carroña apenas se movía, ningún insecto, ningún animal habitaba en vecindad con las flores negras.

Una figura andrajosa de largos cabellos y recubierto de suciedad hasta casi no parecer humano, saltaba de un apoyo a otro por uno de los inmensos mástiles de las aspas. Llegó hasta una de las retículas de la que colgaba desgajada una gran pieza de tela. Mientras la reparaba, el molino seguía moviéndose lentamente, lo que le obligaba a cambiar constantemente de postura.

Era el Obrador, el sagrado habitante del molino. Soportaba todo eso sin una palabra. Y lo hacía... porque estaba mas allá de la sensibilidad humana. La había perdido el día que entró en el molino.

Terminó cuando estaba oscureciendo y grandes nubes de tormenta manchaban el horizonte. Rápidamente subió hasta el eje de las aspas y entró por allí al interior del molino. Allí un inmenso engranaje cónico cambiaba de eje horizontal a vertical el movimiento rotatorio. Con gran esfuerzo, el Obrador tiró de unas poleas y consiguió acercar una gran rueda recubierta de cuero tierno contra el eje horizontal, que empezó a frenar. Se dio prisa. Si la tormenta llegaba antes de que pudiese bloquear el eje...Con lentitud exasperante, el inmenso madero tallado hasta ser cilíndrico se detuvo. Acuñó el engranaje helicoidal con una tranca que lo atravesaba justo a tiempo. El viento comenzó a resoplar furioso por las junturas de las piedras. El obrador se asomó por el agujero del eje. Las aspas aguantarían.

En aquellas noches de tormenta era más viejo que el mar y el viento, más remoto que los minerales que formaban las rocas. Esforzaba la vista hasta poder ver la cuna oscura de las aguas y sentía los empellones de las olas, como resoplidos de una bestia tan ancha como el horizonte. Todo le traspasaba. Sin conciencia de ello regresó a la oscuridad sin viento, al cubo de grasa y las escaleras inacabables; a la penumbra húmeda de sangre, saturada del calor de la descomposición. Allí, en cualquier rincón, se tendió a dormir.

Soñaba a veces con una enorme hilera de cuerpos desmembrados, rotos por la muerte y arrastrándose en busca del sumidero que llevaba a la oscuridad y a los engranajes. La hilera era enorme, los cuerpos hinchados de fetidez hasta casi no caber por el agujero. El tenía que obligarles, pincharles con un palo y embutirlos en la sima. Algunos se negaban y le atenazaban con miembros helados y fuertes como el hierro. Siempre despertaba y las breves tiras de luz que se colaban entre los resquicios del tejado le recordaban que arriba lucía el sol, que podía ascender por las escaleras asociadas a la crujiente maquinaria del molino y alcanzar las aspas movidas por velas blancas, la brisa y una visión de mar pleno y gaviotas graznando sobre el acantilado. Ese conocimiento no era nada para él, porque estaba exento de voluntad, de deseo. Sus percepciones no pasaban por un centro de análisis donde catalogarlas y darles nombre. Únicamente lo traspasaban como si fuese permeable, un jirón de viento, y al que sólo le quedaba el recuerdo de una percepción, el eco de un sabor: el olor lento de la sal ascendiendo desde el mar; la brisa nocturna moviendo sus harapos y restallando sobre las velas como las inmensas alas de un animal fabuloso; el edificio debajo de sus pies,

creciendo como una insensible parte de su cuerpo aterradoramente inmensa y compleja, un tumor exacerbado enraizado en la tierra, una irregular y deforme mole de piedra acogotada a medio desarrollo de la cuál surgían los mástiles de las aspas como las desmadejadas alas de una mariposa muerta.

Sus costumbres eran irregulares. No había periodos fijos de vigilia, descanso, trabajo y sueño. Se limitaba a deambular buscando algo que no funcionase y a dormir cuando el sueño llegaba. Muy pocas cosas eran excepcionales. ¿Quizás, las calmas...? En aquella costa las brumas no eran frecuentes. Asociadas a ellas llegaban las temibles calmas. Cuando la niebla cubría mar y cielo, el molino se detenía por falta de viento. El silencio era para el Obrador peor que el bramido de un trueno. Escuchaba entonces el tronar de la sangre en sus oídos, el bramido inmenso de las olas, y los gritos de las gaviotas. Acostumbrados al retumbar constante de las muelas, se movía de un lado a otro gritando canciones, ecos retorcidos de los cánticos que los acólitos entonaban en la tolva. El tiempo del Obrador no era lineal, no distinguía causas y efectos, ni ordenaba las memorias y experiencias, sin embargo, sabía lo que sucedía cuando el molino se paraba.

Delante del molino los oficiantes detuvieron la caravana de cadáveres. Los carros atestados de carroña humana se inmovilizaron, y los bueyes de mirar triste movieron la cabeza buscando entre la niebla el rumor del viento. Como ocurría siempre que el viento faltaba, los desyuntaron y abandonaron los carros cargados de cuerpos muertos. Durante ese tiempo las lloviznas eran frecuentes. Mojaban sin fuerza los cuerpos detenidos en su último viaje, resbalando por las tersas pieles de todos los colores, desde el blanco mortecino de la muerte reciente, hasta el verdín lleno de llagas reventadas y bulbos de gas. A las dos o tres horas las flores empezaban a gritar. Era un aullido que caía desde muy arriba en la escala, que veía del

Oeste, a la derecha del molino, de los sagrados campos de flores negras. Pedían su alimento con lamentos desmayados, que subían y bajaban en intensidad cabalgando en el aire denso, cargado de sal y putrefacción. Sólo los sordos podían resistirlo.

El Obrador normalmente dormía poco, su vida era una semivigilia continua. Entonces dejaba de hacerlo. El grito constante de las flores no le abandonaba. Dentro del molino detenido, los sonidos parecían amplificarse hasta hacer retumbar la estructura como un gigantesco instrumento musical construido para taladrarle la mente. Sin saber donde huir recorría el molino de arriba a abajo. Escalaba la estructura del tejado, siempre revisando vigas y uniones. Bajaba muy por debajo de los cimientos buscando las pilastras, los asientos de la maquinaria y de los muros dentro de cuevas ensoladas con barro blanco (polvo de huesos más agua de mar).

El sueño era algo imposible.

Pasados unos días de calma el Obrador se sorprendió con bruscos cambios de luz y de posición, períodos de tiempo de los que no recordaba nada. Era de noche y recorría el eje de las aspas, y sin interrupción, era de día y descansaba tirado en su catre. Caminaba por el pasadizo del tejado y, de repente, arreglaba una cabrilla rota en el apoyo de la tolva. Y lo sorprendente no era los cambios en sí, sino que era capaz de captarlos, de encontrar una continuidad temporal en sucesos aislados. Tan sorprendentes como la astilla de una preferencia, la necesidad de un alivio: el nacimiento del deseo y el odio hacia aquellas flores.

Una mañana levantó la vista a un cielo plomizo, gris hasta lo más profundo y que parecía limitado a una altura escasa, agobiante. Estaba en la marisma, las flores negras le rodeaban, y el agua, densa y oscura, le llegaba hasta la rodilla. El olor era parecido al del molino. Más salino, menos insoportable. Estaba vacío, no sentía apenas cómo las flores negras le rodeaban. Parecían hechas de hierro: el tallo, grueso como el asta de una lanza se hundía en las aguas cenagosas de la marisma y desde allí ascendía recto, sin brotes ni ramas, hasta la cabeza, la corona de hojas lanceoladas y de un vítreo violeta. Miles de ellas le rodeaban como una delgada multitud dispuesta a lanzarse sobre él.

Como si estuviera despertando a saltos, el Obrador tomó conciencia del sonido que había estado allí desde que abriera los ojos. Cada tallo gritaba en un tono diferente que oscilaba arriba y abajo. Uno solo de aquellos gritos podría haber sido soportado. Aquella cacofonía salvaje, ansiosa, superaba toda capacidad y toda sordera. Se retorció tapándose los oídos con las manos, sus pies resbalaron y comenzaron a huir tropezando con obstáculos hundidos, montones de huesos quebrados disolviéndose lentamente. Un terror ciego parecía pegársele a los talones, y era más terror de sí mismo, porque dentro de aquellos sonidos salvajes había encontrado un viso de hermosura, tan desconocida y tan lejana para él, como el brillo de las estrellas.

Cuando abrió los ojos estaba de nuevo en el molino, tendido cerca de una entrada. Recordaba algo, un sueño y el hecho de que era un sueño: nubes de piedra roja que bajaban del cielo sobre él, cada vez más cerca, más pesadas, hasta que tenía que soportarlas con sus manos para que no le aplastasen. Se notaba húmedas las piernas, y no escuchaba más que el rechinar de la maquinaria. El viento había vuelto. No sintió alegría, no podía, pero sí alivio. Minúsculo, infinitesimal como el destello de una perla en el fondo del océano, pero en la escasez de su vida, relucía como el tesoro de un rey. Mantuvo ese alivio durante todo el tiempo de que fue capaz como se protege la llama de una vela contra el viento. Pero en sus manos esa vela cambió. Poco a poco se hizo oscura e intensa como un cuajarón de sangre, casi no le cabía en los dos puños abiertos en cazoleta, rebosaba. No reconoció el odio, como tampoco había nombrado el dolor, el

alivio, o la desesperación. El Obrador sólo los dejaba alimentarse de su interior, que empezaba a ser campo abierto donde crecían por primera vez extrañas plantas ajenas a la realidad de su vida en el molino.

Afuera, acólitos con la cara completamente tapada por vendas embebidas en polvo de adormidera, servían a la tolva con energía. Grandes montones de cuerpos se amontonaban al pie de la colina, cubiertos por nubes de moscas y gaviotas. Los látigos hacían esforzarse a los bueyes, mientras los acólitos cantaban monodias hipnóticas, y regaban las hileras de muerte con aceites sacros.

Rara vez el Obrador miraba a la larga fila de carne en putrefacción que alimentaba al molino. Le era imposible imaginar la inmensa cantidad de cadáveres que habían seguido aquel camino, pero sí los sentía como un peso que pendía de todas las piedras, vigas, armazones y engranajes del molino hasta saturar el mismo aire, haciéndole difícil respirar. Viejos, jóvenes y niños. Poderosos e infelices, todos, desnudos, viajaban por última vez hasta allí. Y con toda la muerte que le rodeaba, era incapaz de pensar en la suya propia. Era una idea que había perdido en una de sus incontables travesías engrasando o arreglando. No imaginaba que aquella vida pudiera tener fin, como tampoco recordaba que hubiese tenido un principio, que hubiese algo fuera del continuo servir al molino.

Una tarde, cuando lo más espléndido del sol primaveral doraba el aire, estaba reparando un eje atrancado. Una de las compuertas no se abría y los cuerpos se amontonaban esperando para caer hacia las muelas. Trabajaba con dificultad, como si sus manos no quisieran moverse. Sólo al final, cuando el eje estaba casi liberado, fue consciente del sonido que todo el rato estaba escuchando. Era un murmullo quedo, casi inaudible, que provenía de los cuerpos. Un horror frío, lúcido como la sombra de un cuchillo, se adueñó de él. Rayos de luz incidían en la montaña de carnes amontonadas fijando las imagen con una luz pura, casi demasiado bella. Lo vio, apenas un tenue movimiento, casi invisible, un pecho respiraba arriba y abajo. Casi inmediatamente el eje se soltó y toda la carga cayó en un abrir y cerrar de ojos directamente a las muelas. El Obrador saltó hacia la palanca de paro, pero inútilmente. Ya era tarde. Como si hasta ese momento le hubiese cubierto un velo, rememoró cosas que eran evidentes: unos ojos abiertos, una garganta que deglute, una piel rosada, una mano que intenta aferrarse al canal.... Lo había sabido siempre.

Sintió algo roto, un recipiente de ácido derramarse en su pecho hasta disolver sus pulmones, destrozarle el hígado. Le obligó a correr. Lo único fijo con una claridad demencial era ese movimiento lento, que nunca acababa, apenas el espesor de una uña, esa vida residual que el molino esperaba consumir. No pensaba en él mismo que también había sido abono para las flores.

El molino casi nunca recibía visitas. Una vez cada año el alto arcipreste llegaba hasta la costa norte buscando al hombre-santo, el ermitaño sagrado, el Obrador por cuyas labores la muerte es servida. El anciano llegó acompañado del rumor de trompas y címbalos. Un carro inmenso arrastrado por treinta bueyes le había conducido por cien leguas, y mil acólitos había acompañado su marcha. Sin embargo subió los escalones en solitario sin más apoyo que su largo bastón tachonado en plata. A diferencia de todos los sacerdotes —cuyo oficio los obligaba a la calvicie— tenía el privilegio de la larga melena, la barba y la túnica blanca bordada con el signo, las estilizadas aspas del molino bordadas en oro.

Los estruendos de la ceremonia se habían acallado. Todos los participantes en la peregrinación permanecían tendidos en el suelo, la cara contra la tierra. En el silencio intenso sólo se escuchaba el viento, el restallar de las olas contra el acantilado y el crujido de cada paso sobre los peldaños carcomidos. Sus pensamientos elucubraban sobre el Obrador, lejos ya de las intrigas de la corte o

del templo, de las preocupaciones sobre los aliados o los enemigos de la fe. El hecho cierto era que aquel día del año se le recordaba puntualmente que él no era el más alto dignatario. Tenía que rendir pleitesía al Obrador, oscuro, encerrado en la tenebrosa maquinaria del molino.

Se detuvo delante de la puerta sintiendo ya el atronar de la máquina como un gusano que le royese el pecho. La brisa marina le llegó mordida de olores infectos que sentía a pesar de los tapones aromáticos que llevaba en la nariz, y arrastró con ella el recuerdo de un día como aquel, muchos años atrás. El anterior Obrador había cumplido 30 años atendiendo el molino y él —mucho más joven, menos cínico— había subido esa misma escalera llevando de la mano a un mocoso lloroso al que ahora iba a presentar respetos. Aunque los años le habían hecho escéptico, un escalofrío de reverencia le recorría la espina dorsal cada vez que subía aquellas escaleras. Sentía que en aquel lugar tétrico donde se había condenado a un hombre a vivir en la peor de las cárceles, había más verdad, más realidad, que en todos los oropeles y todas las pompas que rodeaban el molino-catedral, allá en la capital.

Se sorprendió de encontrarlo junto a la puerta. Su aspecto no había cambiado desde el año anterior. Ropas manchadas hasta lo indistinguible, la piel llena de costrones, y el pelo enmarañado y ennegrecido. Su mirada le asustó. Tenía en el fondo de sus ojos un pozo de pánico en el que algo intolerable pugnaba por salir.

En aquellas reuniones no había nada escrito, ningún ritual marcaba lo que el arcipreste debía hacer. Mas el anciano sabía muy bien cuál era su función. Entró dentro, en la penumbra cálida, donde el estruendo de la maquinaria era ya insoportable, y allí observó el estado del molino. Se movió arriba y abajo, desviando la vista en la sala de las muelas, observando vigas anchas como casas, unidas por enormes abrazaderas de bronce verdinegro; siempre sin perder de vista lo más importante: El Obrador.

Cuando bajó por la escalera, medio día después, ya iba pensando en que, quizás por última vez en su vida, tendría que volver a bajar a los arrabales, subir a los palacios y recorrer las llanuras, buscando esa mirada como dos puntas de fuego, la misma que el Obrador estaba perdiendo.

El Obrador se sentía bamboleado, desplazado por fuerzas que excedían su conocimiento, que penetraban dentro de él horadando túneles de sentimiento donde antes sólo había indiferencia y vacío. Mientras trabajaba sentía el tacto áspero de la madera de sus herramientas transformarse en lenguas de nieve o serpientes vivas. Veía las enormes vigas como las ramas de un arbusto pequeño sobre las que pululaba indiferente, y sentía cómo el molino crecía con latidos de una pulsión desgajada, húmeda, hasta que la base abarcaba el mundo entero y las aspas se extendían hasta tapar el cielo. Crecían en él necesidades, anhelos, cuando lo único que había conocido había sido la atemporalidad de un limbo de inocencia y desconocimiento. Y con ellas llegó el dolor, un dolor cruel que parecía nacer del molino mismo y comunicársele por entero. No tenía respuesta para ese dolor.

El sueño del fuego fue casi simultáneo a la llegada de las grandes libélulas: *Un mar de sangre ardiente, olas sonrisa de calavera a medio descarnar y viento como el aliento de un moribundo*. Enormes insectos aleteando contra la brisa, llegaban desde el mar. Eran libélulas de color morado oscuro, de alas largas como el brazo de un hombre, volando en grandes nubes oscuras. Muchas, agotadas, morían en la playa; las mayoría la sobrepasaban hasta llegar a los campos de flores. Por la noche relucían, cada una de ellas era una luz titilante pero potente, ascuas verdosas bailando sobre las ciénagas. Aparecieron en el sueño del Obrador a pa-

res simétricos, ojos verdes, sin pupila, que brillaban en una noche roja de fuego. Lejos, en la mitad de la nada ardiente, apareció una isla libre de aquellos ojos vacíos pero inquisitivos. Dentro una colina herbosa, la cabaña, el olor a resina y el aire muy frío, voces alegres, cantos y el olor suave de la hierba mojada. Eran imágenes remotas, separadas de él por la cruel distancia del tiempo, y que creía destruidas una vez que el molino pasó a ser su única realidad. En el sueño apareció un hombre de barba blanca y túnica bordada con unas aspas de oro. Le llamaba con la mano. Él acudía y decía adiós a la cabaña, los fríos inviernos y las esplendorosas primaveras, a su familia. La palma de aquella mano se agrandaba hasta serlo todo. En el centro de toda la escena nacía un huevo negro y manchado de sangre que se ampliaba hasta abarcarlo todo. Al despertar sólo permanecía un nudo de sensaciones que le afixiaban y que le costó tragar.

Sudando se asomó a la marisma. Destellos verdes, como una nube lujuriosa, revoloteaban sobre las flores. Antes sólo conocía la indiferencia. En ese momento, mirando los campos de flores sintió nacer en su interior un núcleo negro y manchado de sangre que aglutinaba miedo, odio, amor y belleza. Levantó la vista con lágrimas en los ojos. Justo encima, un cielo frío como el corazón de un diamante estaba poblado de estrellas imaginarias, fantasmagóricas ciudades hechas de lejanía, torres largas como colas de cometa, farolas como soles lejanos, avenidas de tenues gasas estelares, negrura y distancia. Se olvidó de comer, de beber, a pesar que le torturaba el hambre y la sed. Solo podía mirar aquella danza de luz.

Mientras, la corriente interminable —las aguas de piel, ojos, pelo, dientes y manos— siguió fluyendo, pasando por las muelas y cayendo en la marisma, mientras las bandadas de libélulas cárdenas seguían acudiendo desde el mar. Enormes nubes de insectos que zumbaban ensordecedoramente caían del cielo como una lluvia oscura y se abalanzaban ávidos sobre las flores. Muchas se posaban en las viejas piedras del molino para no levantarse. Morían allí y sus cáscaras se resecaban hasta que caían. Las que llegaban, cuando se acercaban a las flores luchaban entre ellas. El frenesí de sus combates había logrado oscurecer el agua de la marisma con sus cuerpos desmembrados. Extrañamente, el Obrador les envidiaba.

De lejos no podía verlo, pero las flores excretaban dos, tres gotas a lo sumo, de una sustancia opalina, de una tenue fosforescencia, por la cuál los insectos luchaban y morían sólo para conseguir la milésima parte de una gota.

Transcurrió así la noche. El campo de las flores comenzaba a iluminarse por un remanente de luz grisácea. Miles de insectos revoloteaban en círculos amplios y cada uno de ellos brillaba con tonos verdosos muy intensos. Eran los afortunados. Millones de cáscaras quitinosas se amontonaban flotando en la marisma como una espesa nata de élitros y ojos multifacetados. Los insectos evolucionaban con suavidad, casi sin ruido. En un momento dado, parecían implosionar sordamente en un intensísimo destello de luz verdosa y no quedaba nada de ellos. Poco a poco todos fueron desapareciendo.

El Obrador, sin advertirlo, había bajado agarrándose a las piedras, hasta la base del molino y, con el agua hasta las rodillas, caminaba mirando arriba, siguiendo los remolinos ascendentes de las libélulas, cada vez más alto hasta no ser más que un punto luminoso y luego... nada... tan sólo luz. En el cielo las estrellas se apagaban y con ellas las catedrales evanescentes. El viento dejó de soplar y la calma del amanecer cayó sobre la marisma arrastrando un silencio como nunca había escuchado.

Sus nuevas percepciones incluían el odio más absoluto hacia aquellas flores. *¿Era odio?* Un sentimiento tan hondo que arrastraba tras de sí todos los demás, incluyendo el amor y el dolor. La perla de negrura in-

crustada en su pecho parecía haber reventado como una buba de pus manchando de negro su mirada, el mismo negro de aquellas flores que le rodeaban, silenciosas y a la vez expectantes, atentas a aquel que las proporcionaba alimento.

Lentamente, acercó una mano a uno de los tallos lisos y flexibles, de perturbador brillo metálico. Al tocar, sintió un líquido que le quemaba la piel, pero a pesar del dolor no retiró la mano. Lentamente una savia verdosa, reluciente hasta casi hacer daño, penetró en la piel de la mano. Horrorizado —el que había visto tanto horror— notó la sangre inundada por aquella savia intensa, primordial; como el conocimiento que arrastraba calaba en su carne, en su cerebro. Se apartó para chocar contra otra flor, y el fenómeno se repitió. Corrió mientras las flores parecían abalanzarse sobre él, interponiendo sus cuerpos esbeltos y duros en su camino. Por fin se detuvo, jadeante, con el cuerpo marcado por dolorosas manchas verdosas y claudicó. Lentamente recogió con las manos ahuecadas un cuenco de aquella savia. Miró a lo alto, a las ciudades fabulosas y a las estrellas que nunca habían existido y bebió.

Una repentina inundación de silencio enmudeció los carros, los bueyes, el viento y las aspas. Los servidores que alimentaban al molino cayeron al suelo prosternados, las manos protegiendo los ojos. La noche se hizo día, y después sol. Un brillo intensísimo creció desde los campos de flores negras y pronto los acólitos pudieron ver a través de los párpados las venas del molino, de la colina, hilos de materia fluida que corrían por el paisaje alimentando de brillo el corazón de la marisma.

Rápidamente el brillo desapareció y regresó, más intensa, más siniestra, la oscuridad de la noche y la presencia eterna del molino. Se levantaron y se sacudieron el polvo. Debían avisar al arcipreste.

Móstoles (23/7/96)

El coleccionista

Víctor Conde

—¿Y bien? ¿Qué tiene para ofrecerme? —preguntó el hombre de la bata a cuadros. Permanecía apoyado en una enorme mesa de caoba, ofreciendo a su invitada un escorzo casual mientras su cigarro se consumía con un resplandor muy rojo.

Diana rebuscó con ímpetu en su bolso y extrajo una pitillera de metal plateado. De su interior sacó con mucho cuidado una servilleta sucia estampada en motivos florales verdes y azules. Alguien había garabateado algo con lápiz de mina gruesa en ambas caras.

—Aquí está —se lo tendió—. Me costó bastante rastrearlo, pero una vez encontrado se lo cambié a su dueño por unas botellas de coñac y algo de dinero —dijo casi con vergüenza—. No era un hombre muy exigente. No quedaba mucho de un hombre, en realidad... debajo de aquella peste a alcohol.

Senht se inclinó sobre la servilleta, asiéndola con cuidado, y la acercó a la chimenea. El crepitar de las llamas adquiría colores pardos cuando su luz atravesaba la tela sin apenas resistencia, subrayando los contornos de una caligrafía difusa e insegura. La piel del millonario se llenó repentinamente de valles e interfluvios, cada arruga profunda y orgullosa como si tuviera una historia que contar. Con algo de esfuerzo, el coleccionista pudo entender tres palabras: *rinconato, casamentería,* y *zalabateó.*

—¿Es auténtica? —preguntó, con el distanciamiento de un experto.

—Creo que sí... Es la letra de Cervantes, no hay duda. El ordenador da un noventa y nueve por ciento de coincidencias con la tipografía de sus cartas. Son las tres palabras que faltan en *El ingenioso hidalgo*, una del epílogo y las otras de una página que sólo se publicó en la primera edición. Pero no me pregunte cómo llegaron a escribirse en semejante soporte. Aquel borracho me dijo que se las había encontrado en un café de Berlín, debajo de una jarra de Karlsberg.

La periodista dejó morir la frase, jugueteando nerviosa con la pitillera. Era cierto lo que decían sobre Edward Senht: su cuerpo era el de un anciano, pero su sombra aún seguía siendo muy oscura, como la que provoca una llama muy brillante y agresiva.

—Bien, bien... —asintió el hombre, guardando el hallazgo en una caja de madera. A continuación se acercó a una escribanía de bronce que decoraba una esquina del despacho y, descargando su cigarro, arrancó una lámina de su chequera y escribió una cifra seguida de varios ceros. La joven periodista se tensó, incómoda.

—¡No es necesario! —exclamó. El millonario se detuvo.

—¿Qué?

—No quiero dinero. Yo... —Diana bajó la vista—. Es un regalo para usted, no una ofer-

ta. No vine con intención de pedirle nada a cambio, si usted me entiende: nada como eso.

El coleccionista aventó el humo de su cigarro con un ademán, apoyándose en el mueble.

—¿Y qué quiere entonces? ¿Un reportaje?

—¿Los concede? —se extrañó Diana—. Creía que nunca se había dejado fotografiar, señor Senht. A usted no le va la luz.

—Eso es porque hasta ahora no he encontrado a nadie que sea capaz de sacar de mí una expresión que me satisfaga —sonrió él. La joven se revolvió en la silla de roble, inquieta. Reflejaba una dura batalla interior para encontrar las palabras adecuadas que dijeran:

—Hace poco perdí a alguien muy cercano a mí. Mi hermana melliza, Alba. Desapareció en un accidente de avión, en los Alpes italianos, durante una tormenta. Volaba a Roma para una sesión de fotos. Era modelo.

—Lo entiendo —dijo Senht, acercándose a la ventana a mirar. El brillo de su cigarro se reflejaba en el cristal tiñendo de rojo un cráter de la luna, pálida y redonda, que se asomaba tras él por entre unos nimbos desgarrados.

—Ella... Bueno —Diana sonrió, ponderando lo absurdo de la situación—. Debía llevar al morir una carta para mi madre, contándole lo de su embarazo. Quiso transportarla hasta llegar a Italia, no sé por qué. Creo que no se fiaba mucho del servicio de Correos francés. Lo último que me dijo por teléfono desde el aeropuerto es que... bueno, que creía haberla perdido, porque no recordaba haberla metido en ninguna de las maletas. Ni siquiera en el cuadernillo de notas que llevaba siempre consigo.

—Y usted quisiera recuperarla —concluyó el anciano. Diana movió afirmativamente la cabeza.

—Esa carta era muy importante para ella. Un regalo para nuestra madre. No se veían desde hacía varios años, y creo que le iba a contar cosas... cosas que importan, de esas que uno no puede decir en voz alta de golpe, si usted me entiende.

—Comprendo.

—Le estoy aburriendo, ¿verdad?

Senht sacudió la cabeza, levantándose.

—En absoluto, señorita Nersas. Es más, considero un halago personal el que mi fama haya llegado tan lejos como para que usted me pida esto —sonrió.

—Pero lo que le pido es un imposible —comprendió ella. Ruborizada, se levantó de la silla y se alisó la falda—. Claro, soy una tonta. Es que cuando una se desespera, tiende a creer cualquier cosa. Entiendo que no pueda ayudarme.

—Yo no he dicho eso —susurró el anciano, con una mirada capaz de sellar cualquier conversación. Sorprendida, Diana se dejó conducir por él hasta una sala adjunta al despacho, a la que se accedía introduciendo una clave en una cerradura digital. La periodista notó lo impropio de esa tecnología en medio del estudiado clima de clasicismo de la mansión. Los dedos de Senht volaron silenciosamente sobre las teclas y un mecanismo oculto descorrió las hojas dobles de una puerta de metal. En medio de la sala había un ascensor.

Senht condujo a su invitada a los pisos inferiores de su castillo, a un sótano privado donde la leyenda había ubicado la fabulosa colección de hallazgos de aquel hombre. Diana se sintió aturdida, como si su sentido común quisiera a toda costa dejar de funcionar y creer que todo lo que se contaba sobre Senht, el poseedor de la única colección iconoclásticamente surrealista del mundo, era cierto.

—Ser un amante de las rarezas tiene su lado negativo —explicó el anciano—. Tienes que estar dispuesto a invertir años y una fortuna sólo para encontrar una serie de bagatelas sin más interés que la extrañeza que llevan asociada, y esperar a que las demás vengan solas. Y nunca hay garantías. Conozco un israelí que pasó veinte años esperan-

do en vano que alguien surgiera de un cochecito de payasos que había comprado en Estambul.

El coleccionista condujo a su invitada a través de otra puerta blindada, hasta un pasillo iluminado por lámparas victorianas, alfombrado en seda roja y lleno de fotografías enmarcadas de época, aureoladas de estilos irreconocibles y una incierta sensación de anacronismo. Diana tuvo la repentina sensación de ser ella la que estaba fuera de lugar. Senht continuó hablando mientras andaba.

—Lo verdaderamente importante, señorita Nersas, es la fama. No el dinero ni los contactos ni las herencias. La *fama* —sonrió Senht—. Lo que consigue que las cosas verdaderamente curiosas venga hasta uno por sí solas. ¿Verdad?

Diana asintió, guardando otra vez la pitillera en el bolso. Las fotografías atraían su vista con un influjo hipnótico. Bajo la que tenía delante, una placa dorada rezaba:

Circo Glasnost: La mujer gorda y el increíble saltimbanqui invisible.

En la foto, una solitaria mujer muy obesa posaba mirando a la cámara contra un fondo neutro. En el marco contiguo, otra instantánea mostraba un pez con cabeza de perro tragando un anzuelo de huesos.

—Debe ser un lujo caro tener tantos objetos preciados, objetos sin dueño. ¿O sí lo tienen, y usted lo pasa por alto?

—¿Eso es un ramalazo de su profesión?

—¡Oh, lo siento! —se disculpó Diana, tapándose la boca—. Estaba distraída, no quería...

—No se preocupe. Usted me cae bien. Dicen que tiene un talento verdaderamente único para mirar a la gente. ¿Es eso lo que la convierte en una fotógrafa tan excelente?

—¿Ha investigado sobre mí?

—En cuanto me anunció que venía. Me gusta conocer a la gente con la que comercio. De todas formas, el premio Icon es bastante prestigioso. Se lo concedió el *Enquirer* hace dos años, ¿no?

Diana asintió, apretando su bolso contra el pecho.

—Me halaga que lo sepa. No creí que nadie se tomase la molestia de leer las crónicas de arte y humanidades.

—Hace muchos años, mucho antes de fomentar mi afición a la filantropía, fui un pensador activamente involucrado en política. Pero no política como se hace hoy en día, sino de aquella de la que entendía Rousseau, la que tiene en cuenta las corrientes filosóficas del momento y sus consecuencias en el pensamiento de los hombres. Y leer mucho

conlleva establecer una base sólida sobre la que cimentar las opiniones. Hay costumbres que no se pierden nunca.

—Recuerdo que se le ha comparado con algunas figuras míticas de la cultura filosófica contemporánea —meditó la joven—. Sartre, Berdiáiev, Buber... Al igual que usted, todos tenían algo valioso que ocultar.

—Eso es cierto —el anciano se encogió mentalmente de hombros—. Pero yo no me avergüenzo de ello, a diferencia de esos creadores de impresiones épicas. Los tesoros están para guardarlos, o perderían todo su encanto.

—Como las cajas de zapatos.

—Exacto. Éstas son realmente valiosas mientras están selladas y no se sabe lo que hay dentro —sonrió Senht—. En cierto modo, lo peor que se puede hacer con un regalo es abrirlo.

El pasillo acababa en una puerta con un singular centinela, un hombre vestido con una guerrera roja, zapatos de charol y sombrero de copa, de cuyas palmas surgían hilos de seda. A su lado, un mono ataviado con ropas similares bostezaba tumbado sobre una caja de música con manivela.

—Hemos llegado, señorita Nersas. A partir de aquí necesitamos un guía.

—¿Un guía? ¿No conoce su propia casa?

—Claro que sí, pero yo, siendo el propietario, no me puedo rebajar a hacer de maestro de ceremonias —explicó el anciano, guiñándole un ojo.

Ofendido, el mono dio dos vueltas feroces a la manivela y el organillo comenzó a emitir una música extraña, silbable y amena, primero lentamente y luego aumentando el ritmo de los compases. Preso de una extraña variación de la enfermedad de Julio César, el hombre se puso a bailar con ademanes abruptos y sin gracia. El monito danzaba manipulando los hilos como un pianista loco.

—Basta ya, Procónsul. Sé cortés con nuestra invitada —le regañó Senht. Contrariado, el simio paró de bailar, soltando los hilos de su Hombre con Bigote, que se desplomó en el suelo formando ángulos absurdos en sus articulaciones.

—Está bien —bufó el mono, con un ligero acento irlandés—. Vos sois el que paga, así que vuestro capricho es orden. Bienvenida, señorita Cara-Carita-Cosita-Bonita —apostilló, mirando con sorna las caderas de la joven.

Diana, muda de asombro, se dejó conducir por el coleccionista y el mono hasta otro ascensor.

—Un... un mono que habla... —balbuceó, señalando al animal.

—Joder, eso mismo me preguntó un loro el otro día.

—No haga caso de sus impertinencias —dijo Senht—. Su primer dueño fue un recogedor de bananas en Colombia. Pese a que él lo niegue, algo del entorno se le debió quedar pegado.

—Que te jodan —espetó el mono. El elevador trastabilló y se detuvo tras descender algunos niveles más. Cuando sus puertas se abrieron, Diana creyó entrar en otro mundo.

Estaban en un museo, un enorme recinto relleno de urnas, podios, vitrinas, estanterías, arcas, estuches y cajas de madera, amontonadas éstas como en un almacén polvoriento y desorganizado. En el extremo contiguo de la sala, una secretaria entrada en años y kilos resolvía con expresión apática un crucigrama mientras mascaba chicle. Una etiqueta en su pecho anunciaba su nombre: *Ms. Mary B.* La pantalla de su ordenador parpadeaba con destellos estroboscópicos de escasa resolución, cubriéndola de una fantasmal luz aterciopelada.

Senht se detuvo en el umbral, dejando que Diana y el mono se adentraran unos metros en la selva de repisas y anaqueles cenicientos. La periodista vagó unos minutos anonadada, leyendo las plicas que especificaban el tipo y procedencia de algunas de las reliquias expuestas.

Vio armaduras medievales, lanzas y espadas, una de las cuales era Tizona, la diestra del Cid, y fragmentos de otra, rota por

empuñadura y de perfil semejante a un alfanje, que lo era también. Vio las balas no disparadas que debieron haber matado a Nixon y a De Gaulle, y una pistola fabricada en el siglo XVIII, en la Sorbona, que aceptaba todos sus calibres.

Paseó junto a un hormiguero encerrado entre paredes de cristal, con dos nidos gemelos en el centro, y una red de túneles excavados al azar por los insectos obreros que trazaba el esquema frenológico del cerebro de un hombre identificado como Alan Dent. La plica señalaba que las hormigas se comunicaban entre ellas con sonidos extraídos de una escena de una estación del Metro de Barcelona: mujeres y niños y jefes de andén dando órdenes confusas, un silbido lejano, y una clave sólo conocida por la reina en su nido que cantaba el número del vagón que debía atropellar a un vagabundo borracho apellidado Dent. En la mesa de enfrente al hormiguero, un teléfono permanentemente descolgado emitía sonidos intermitentes, chasquidos de electrónica y susurros. Diana pegó el oído a su altavoz y creyó escuchar la voz de un hombre joven que piloteaba un avión. Pedía ayuda, no sabía dónde se encontraba, y las nubes de la tormenta que atravesaba en ese momento dibujaban bosques de guadañas.

Asustada, Diana se alejó de aquella zona del museo. Descuidadamente, tropezó con un carro medieval de dos ruedas, que descansaba con su armazón apoyado en unos varales de cáñamo podrido e inservible. Tenía una etiqueta asida a un listón.

—Tenga cuidado, no se haga daño —advirtió Senht, llegando hasta ella de un par de zancadas—. Algunos de estos trastos no deberían ni estar al aire libre. Son un peligro para la salud.

—¿Qué es esto? —preguntó Diana, intrigada. El anciano compuso una expresión de disgusto.

—El Santo Grial —bufó—. El carro en el que transportaron a Cristo hasta el sepulcro. Quedó hecho una bañera de sangre porque, por lo visto, a nadie se le pasó por la cabeza la genial idea de taponarle las heridas.

Senht la asió cortésmente del brazo y anfitrión e invitada salieron del laberinto de pasillos, acercándose a la mesa de la secretaria. Ésta, tecleando con profesionalidad, visualizó en pantalla una lista de existencias, pero no quitaba ojo al mono vestido de recepcionista, que brincaba y saltaba alrededor del enchufe del aparato mirándole las piernas.

—Cuénteme algo sobre esa carta —pidió el anciano, acomodándose en una silla de madera junto a la mesa. Le ofreció otra, pero Diana rehusó.

—No sé exactamente lo que contenía, porque nunca la leí. Alba me contó que la había redactado justo la noche antes del accidente —una lágrima emergió tímidamente de sus ojos—. Ella tenía muchas cosas que contarle, supongo.

—¡Pasen y vean! ¡Pasen y vean, la increíble Babushka, la muñeca conceptual! Cientos de pequeñas bastardas que descubren la cara oculta de su alma en cada manifestación —chilló el mono, haciendo cabriolas junto a una vitrina llena de muñecas de porcelana.

—¿Usted se sentía cercana a Alba?

Diana arrugó la frente.

—La quería más que nada en el mundo.

Senht degustó el humo del cigarro.

—Entonces, ¿por qué me pide que le devuelva su última voluntad?

—No le entiendo —extrañada.

—Es sencillo —comenzó Senht—. Generalmente las personas que buscan algo tienden a pensar en el envoltorio equivocado. Sigmund Freud sabía mucho de eso. Sus pacientes vagaban en sueños de razón poblados de monstruos, buscando su lugar en el sol, lamentándose de que la rapsodia de la vida no fuera tan armoniosa como para que todos pudieran encajar. Lo que iban buscando en la ciencia del sabio era tan diferente de lo que en realidad necesitaban, que la larga carrera de años de psicoanálisis generalmente acababa en tragedia. La perspectiva

histórica templa la dureza de aquellas sesiones, pero uno se puede imaginar los gritos de angustia de los pacientes mientras la severa mano de Freud los hacía estrellarse poco a poco contra la áspera realidad del mundo.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

El simio se encaramó a un estante, donde una de las muñecas más pequeñas, que procedía de una belleza rubia con rizos y mirada traviesa, era un engendro de trapo raído y horriblemente deformado.

—Usted debe definir primero lo que realmente quiere de su hermana, antes de empezar a buscarlo. Diana, tiene un talento único para mirar a la gente, ¿recuerda? Mírese a sí misma un momento.

Aunque la contundencia de su interlocutor la cogió de sorpresa, la periodista calló y apretó los puños. Primero sintió ira, luego agresividad, luego... comenzó a hablar:

—Me alegré cuando se fue a vivir a París con un grupo de compañeras de profesión. Yo... bueno, aunque me parezco a ella físicamente, no tengo ni la mitad de su encanto, de su carisma. Alba es cándida, espontánea, maravillosa... Ha logrado conservar la inocencia, ¿sabe usted lo que es eso?

Senht no contestó.

—Mi hermana era todo lo que yo siempre quise ser, lo que perdí cuando era pequeña por protegerla a ella. Siempre atraíamos la atención de la gente, de nuestra familia, los amigos, los hombres que nos gustaban a ambas... No sé. Mucha gente no tiene ni idea de lo que es tener un aspecto físico bello y sereno. De los peligros que acarrea, incluso en el seno de tu propia familia —carraspeó, bajando la voz—. Creo que me dediqué tanto a que ella conservara su candidez frente al mundo que al final la odié por conseguirlo. Usted no sabe lo que es tener una hermana gemela, un reflejo idéntico en el que proyectas todo lo bueno que te gustaría ser a ti, la forma como quieres que te vea la gente. Y también la envidia contenida. Me alegré mucho cuando se fue a París.

Diana notó que las lágrimas humedecían sus pupilas.

—Señor, qué difícil. Lo único que sé es que quería a mi hermana. Y la echaba muchísimo de menos. Desde hacía años —susurró, introspectiva—. Lo que mejor recuerdo de ella son sus cartas.

Senht, todo decoro y circunspección, chasqueó los dedos en dirección a su ayudante.

—Venga, Procónsul: llévala al interior, a ver si nuestra huésped encuentra algo que le guste.

—A las órdenes de Vuecencia —gruñó el mono, sin quitar la vista de las enaguas de la señorita Mary. Enfadada, la hosca empleada le arrojó un lápiz. El animal lo cogió al vuelo y comenzó a lamerlo de manera obscena, mientras guiaba a Diana de regreso al laberinto.

Atravesaron varios pasillos, un arco y un túnel estrechísimo que no tenía sentido cruzar (ya que paralelo a él discurría un camino alternativo perfectamente transitable), y llegaron a un nicho en el que descansaba una cajita de puros habanos, blanca y con una fecha tallada en el frente: *1963*. Diana lo observó con suspicacia, preguntándose qué sentido tendría. ¿Le estaba tomando el pelo Edward Senht? Le había dejado bajar hasta allí y le había permitido ver cosas increíbles, objetos de su colección más personal, pero...

Entonces se dio cuenta de que la caja tenía unas dimensiones equivocadas. Era rectangular, pero más achatada que una caja de puros usual. Era como el estuche de un cuadernillo de notas de viaje.

Al tener toda su atención enfocada en el objeto, Diana no notó que el Procónsul se había alejado. Senht lo vio salir sólo del laberinto, haciendo juegos y cabriolas, y riendo como un poseso. Dando una voltereta, se acomodó en las rodillas de su amo, y se dejó acariciar en el vientre.

—La hermosura de las hembras humanas sólo tiene parangón en su curiosidad —murmuró, lascivo—. Me encantaría sentir su piel

jadeante y cálida aplastada bajo mi entrañable barriguita peluda.

—Ni se te ocurra, Procónsul —advirtió el viejo, rascándole mientras borraba un nombre de su lista de adquisiciones en el ordenador, cambiándolo por otro diferente. La secretaria leyó la nueva etiqueta con curiosidad, y explosionó un globo de chicle.

—¿De verdad esa mujer va a pagar un precio tan alto por recuperar esa bagatela? —preguntó el mono, con fastidio.

—Los seres humanos somos capaces de hacer sacrificios, amigo mío. Algunos más profundamente que otros, aunque no lo sepan.

—¡Señor! —se carcajeó el simio—. ¡Qué locos son estos mortales!

En ese momento, Diana abrió la caja de puros.

No contenía puros.

Ni un cuaderno de viaje, ni una carta manuscrita, sino una vulgar llave inglesa. Diana cogió el instrumento sopesándolo con perplejidad. Entonces la idea de que la habían tomado el pelo cuajó de golpe en su cabeza, y dio pie a una conclusión rápida: Senht era un embaucador. Y todos los objetos que poblaban las vitrinas eran falsos, tan sólo plicas ingeniosas asociadas a atracciones de feria, números preparados para sorprender a visitantes ingenuos o desesperados como ella. La idea no nació ni creció paulatinamente mientras sentía el tacto frío del metal en sus manos, sino que se consolidó en un instante de impotencia, directa como un golpe en el estómago; fría y dolorosa como la noticia de que habían vuelto a arrebatarle a su hermana.

Entonces oyó un ruido.

Provenía de detrás de las cajas embaladas que había junto al nicho. Un corto pasaje discurría serpenteando hasta el otro lado, tan angosto que la periodista creyó que no le iba a ser posible entrar aunque quisiera. Pero volvió a escuchar el sonido (un gemido ahogado), y se internó en el pasadizo.

Al otro lado de las cajas descansaba un amasijo de hierros retorcidos, trozos de tela metálica desgarrados y soportes partidos; un chasis pintado de blanco y azul, ennegrecido por el fuego y astillado con violencia, como si una fuerza terrible lo hubiera desgarrado de una estructura más grande y recia. El amasijo de metal retorcido formaba prácticamente una esfera, pero Diana pudo ver su interior a través de un orificio construido en su superficie: un ojo de buey cerrado con cristal astillado y cortinitas de color zanahoria.

Un pedazo de un avión. Una sección de casi cinco metros de lado cortada a plomo. Volvió a escuchar el gemido proveniente de las entrañas de aquel monstruo y no pudo resistirlo. Presa de una furia y una ansiedad incontenibles, con una fuerza repentina y sobrehumana en sus brazos y piernas, se lanzó a desgarrar con la llave inglesa la parte más enclenque de la estructura. Cortando y tirando y amartillando, logró abrirse paso a través de veinte eternos minutos hacia el corazón del aparato, hasta llegar a una cavidad llena de butacas destrozadas, maletas y compuertas abiertas, cinturones de seguridad deshilachados y restos deformes del fuselaje. Y allí, aprisionada entre dos sillones, respiraba con dificultad una mujer de su edad.

Primero reconoció el cabello, rubio y sedoso como ella lo había peinado durante años, ahora medio quemado y ensortijado como una jarcia vieja y estropeada. Luego los labios, cortados y ensangrentados pero aún aspirando y exhalando bocanadas ansiosas de aire, como aspirando toda la vida posible antes que ésta decidiera viajar en otra dirección.

Era su hermana.

Sin decir nada, casi sin respirar, Diana empezó a liberarla, dejándose la piel de las manos y los dientes en el proceso. Entonces, a través de la ventana, vio a Edward Senht de pie, contemplando con aprobación la escena. En ese momento no le dijo nada, pero media hora después, cuando su herma-

na yacía en el suelo frente a los restos del siniestro y había utilizado la conexión a internet del ordenador de Ms. Mary para llamar a una ambulancia, se plantó ante él con toda la entereza de la que fue capaz, y le abofeteó con fuerza en la cara.

Procónsul se tensó, presto a saltar sobre ella, pero Senht le detuvo con un ademán comprensivo.

—Tenía derecho.

—No me diga lo que tengo derecho a hacer y lo que no, viejo bastardo —le escupió ella, exhalando toda la fuerza de su vaho en el rostro del anciano. Por un momento se descubrió a sí misma pensando que sería muy fácil matarle usando la graduable.

—Le pido disculpas por esto, pero el dramatismo era necesario.

—¿Y ha tenido a mi hermana atrapada aquí todo este tiempo, esperando que yo llegara? ¿Cómo me dejó vagar por el museo, entreteniéndome en todas sus gilipolleces, en vez traerme aquí directamente? —gritó Diana. Sus nudillos se tornaron rojos alrededor de la llave inglesa—. ¿Por qué, por el amor de Dios, no llamó a la policía?

—Yo no sabía que su hermana estaba allí.

—*¡Miente!*

—Es cierto —expuso Senht, intentando tranquilizarla. Por primera vez la voz le tembló ligeramente, vigilando de reojo aquella llave—. Uno nunca sabe lo que va a encontrar en un regalo hasta que lo abre. No tenía ni idea de qué era lo que usted encontraría, pero imaginaba algo así. A veces el regalo viene en función del precio que se pide a cambio.

—¿Me... me la va a vender? —preguntó la joven, incapaz de creerlo.

—Claro, chiquilla —rió el coleccionista—. No he llegado hasta donde estoy haciendo favores gratuitos a la gente. "No he venido aquí por dinero", me dijo. "No es ese tipo de favor el que busco", ¿recuerda?

Procónsul se aproximó cauteloso y se escondió avizor tras las piernas de su amo, sosteniendo un hueso de tapir en su mano derecha a modo de arma improvisada.

—¿Qué hay más valioso que una vida humana? ¿Qué hay más valioso para nadie que mi hermana? ¿Por qué no se queda con ella entonces? —sollozó Diana, notando que le fallaban la voz y los argumentos. Las lágrimas resbalaban como ríos de rubí por sus mejillas.

Destilando paternalismo, Senht acarició su mejilla, limpiando sus lágrimas, y le quitó la llave de entre las manos, idénticas a las de su melliza.

—Porque no es única, pequeña —explicó—. Porque no es única.

Las dos mujeres que reían a pleno pulmón estaban sentadas en un café de Barcelona, una vestida con un traje llamativo y ajustado, la otra con unos vaqueros de trabajo y un gorro para protegerse del sol. Los jóvenes que estaban reunidos en torno a mesas cercanas no paraban de mirarlas e inventarse fantasías en las que las dos sonrientes gemelas se dejaban llevar por ellos a sus residencias estudiantiles.

Una de las dos, la de los escuetos *shorts* de lentejuelas, se levantó y, saludando al camarero, le hizo guiarla hasta el baño entre bromas. Su hermana, que tomaba notas en un papel, tomó un sorbo de cerveza y dejó vagar la vista, enfocándola en un lugar que nadie más podía ver. Un camarero con el pelo largo recogido pulcramente en una coleta se acercó y la sobresaltó con una pregunta.

—¿Qué? —se resituó ella, observándole con atención. No supo identificar si se trataba de un marginado que desempañaba un trabajo de subsistencia o un bohemio en busca de algo de la oscura magia de la Barcelona de entreguerras.

—Le decía que tenemos un pequeño problema en la caja, señorita. Si espera un minuto, creo que podré traerle la cuenta.

—No hay problema —aprobó Diana, mirando al fondo del café—. Mi hermana aún tardará un rato en maquillarse.

—Como guste.

El camarero se alejó a otra mesa y ella quedó pensativa, dándole vueltas a algo. Sus ojos se posaron en la servilleta sobre la que reposaba la taza, distinguiendo unos trazos. Su corazón bombeó una rápida cantidad de adrenalina. Diana miró alrededor, nerviosa, y extrajo la servilleta de debajo de la copa. La desplegó y, sosteniéndola con cuidado, leyó:

Bazar tía Naima: El té casero con Nota.

Sintiéndose estúpida, tiró la servilleta y esperó a que su hermana saliera del cuarto de baño. Ésta la abrazó con fuerza, y casi la tiró de la silla.

—Hagámonos unas fotos. ¡Vamos!

—¿Unas fotos?

—¡Sí! —exclamó Alba, entusiasmada— ¡Vayamos al *Guell* y quememos un par de carretes!

Diana sacudió la cabeza y recogió su bolso del respaldo de la silla.

—Me temo que no puedo, Alba. Otro día.

—Ohhh... —se quejó Alba, desconsolada—. Pero yo quería hacer arte con mi hermanita. ¿Por qué no quieres? ¡Eres la mejor fotógrafa del mundo!

Diana la miró con un brillo extraño al fondo de sus ojos.

—Ya no, cariño —sonrió, con evidente satisfacción y algo de tristeza—. Ya no.

Escurzón

José Miguel Pallarés

Súbitamente me asaltó la imperiosa necesidad de retornar a la tierra de mis ancestros. No podía imaginar que esa añoranza me condujese al crimen. Sin embargo, se trataba de una muerte planeada hacía siglos.

Arreglé mis asuntos en el banco. Pagué mis seguros sociales con antelación. Pospuse las citas más urgentes. Remití unos e-mails anunciando mi ausencia por tiempo indefinido. Alquilé un coche. Metí con premura unas pocas mudas en la maleta. Y me marché. Sin más.

El viaje discurrió sin novedad: paradas ocasionales—casi furtivas—; cafés con sabor provisional; comidas sin afecto y el precio de la gasolina más alto en cada estación de servicio. Y el Volvo fue devorando los kilómetros que me separaban del hogar.

Conforme el dial extraviaba los programas habituales, cambiaba el sabor de la comida y el pavimento empeoraba, los recuerdos de la infancia fueron retornando. Y lo hicieron como suelen: se desvanece lo agrio para prevalecer lo dulce.

Tomé un desvío para comprar en Villafranca del Cid su afamada tarta de manzana. No resultaba aconsejable presentarme en casa sin avisar y, encima, con las manos vacías. Conduje por la angosta carretera secundaria observando cómo los medianiles de los bancales seguían siendo reparados. En parte para marcar la propiedad. En parte para evitar que el monte recobrase lo que era suyo. Aunque no lo crean, hasta el más ínfimo pedazo de tierra tiene su escritura de propiedad. Nada mejor que un buen muro de piedra para reforzar el derecho.

Detuve el vehículo junto al puente romano a fumar un cigarrito. Cuando era niño, un alegre río jugueteaba bajo él. Ahora sólo desagua las riadas. El puente separa Aragón de Valencia. La Puebla de San Miguel, a su vera, permanecía silenciosa. El asfalto del puente se había agrietado. Sin embargo, la estructura romana permanecía incólume. Es la diferencia entre lo construido por los Presupuestos Generales del Estado y por la vieja Roma.

Al cruzarlo, sabía que regresaba a casa.

Permítaseme no entrar en detalles. La historia habrá de bastar. En cualquier caso, si ustedes conocen el Maestrazgo, no les ha de resultar difícil poner nombres a lo que omito.

El pueblo había envejecido con lozanía. La torre que un rayo había quebrado hacía tres inviernos estaba reconstruida. Las aceras, mejoradas. Las callejas y vericuetos, pulcras. Hasta Casa Amada, el eterno hostal, había crecido con sabiduría: sólo lo justo.

La gente, mi gente, seguía tal y como la recordaba. Amables. Discretos. Parcos en palabras y tacaños en risas. Parecía que la

adusta Peña de Morrón —reinando desde las alturas— tutelase aquellas virtudes. Y así era, al menos en parte.

Mis padres no parecieron sorprendidos por mi aparición. Tras algunos abrazos, siempre contenidos, nos dispusimos a cenar como si no hubiesen transcurrido once años desde mi marcha. Nunca fuimos una familia pródiga en efusiones. Únicamente hubo una referencia a mi estancia en Madrid: mi proximidad al lugar en que ETA había hecho estallar un coche bomba. No les interesaba nada de mi vida en la ciudad. Pese a sus años, mis padres no habían cambiado sus hábitos campesinos: mucho madrugar y poco trasnochar. A las diez en punto nos recogimos.

La casa permanecía igual: muros recios, un exceso de escaleras con escalones combados, más sombras de las que uno puede controlar, innumerables puertas a las que echar el cerrojo y un añejo escudo heráldico del que nunca se hablaba.

Sólo había una concesión a la modernidad: la televisión. Una ventana al mundo a la que no se asomaban con asiduidad. Casi con recelo.

En los días sucesivos me reincorporé a la vida del pueblo. Hubiese ofendido a mi padre de no colaborar con él en el laboreo agrícola habitual. «El esfuerzo en común hace el afecto», solía decir. Y nos pusimos a ello. Bajo un sol de primavera sudamos juntos a lo largo de sus pocas —pero diseminadas— propiedades para terminar, indefectiblemente, en el huerto. Éste era su orgullo: continuaba dando las mejores hortalizas del pueblo. Y el riachuelo seguía otorgando su bendición. Sudando juntos recobramos algo de la confianza perdida. Por supuesto, de comprar un tractor ni hablamos.

Por las tardes recorría las calles empedradas buscando a la gente de antaño. La mayoría de mi generación había emigrado. Sobre todo a Cataluña. En el verano, me comentaron, siempre volvían. Había un ápice de reproche en la apreciación.

Visité a Marcela, mi primera novia, que criaba un par de robustos chavales. Todavía demasiado dados al jolgorio de la primera edad. Dado que el primogénito tenía un parecido harto sospechoso a mí, procuré abreviar la visita. Poco a poco, fui localizando a los compañeros que permanecían en el pueblo: a Roberto, que se había embarcado en un negocio textil —a la usanza tradicional— merced a una subvención de la Comunidad Autónoma; y a Luis, que regentaba el remozado almacén heredado de sus padres. Me subí en el peso que usaba para los jamones y, mira por donde, había engordado siete kilos. «Sólo para los turistas», me dijo sonriendo. Así pues, no pensaba hacerme un peso falso. Era su manera de decirme que me seguía considerando del lugar. Al resto los fre-

cuenté a la hora del café, en las partidas de guiñote de los sábados y domingos. Jugábamos en parejas. Pronto, Luis y yo nos convertimos en jugadores imbatibles.

No tardaron mucho en llegar los alemanes. En treinta años no habíamos realizado esfuerzo alguno para aprender sus nombres. Eran los alemanes. Y eso bastaba. Acudían todos los años. En mayo. Y permanecían con sus caravanas hasta septiembre.

Y es que he olvidado mencionar algo de mi tierra: el escurzón.

Desde un punto de vista estrictamente científico, el escurzón es una víbora de pequeñas dimensiones. Siempre ha resultado atractiva porque no se reproduce en cautividad. Y sobre todo, porque es la única, en esta moderna Europa sin fronteras, para cuyo veneno no se conoce antídoto.

He dicho bien. No se conoce. Aunque existe.

Los alemanes habían sido aceptados con una sonrisa cómplice. Son nuestras aves migratorias. Llegan con la primavera. Pugnaban en vano por vencer a la naturaleza, hacer una autopsia del secreto con sus limitadas miras científicas. Amables, se habían incorporado a la escasa vida social del pueblo. De hecho, uno de ellos se había casado con María, la boticaria. Y habían tenido tres niñas preciosas. Como su nombre era muy complicado, lo llamamos Pepe. Lleva todos los temas contables y financieros del pueblo. Y ya puede hacer mucha propaganda la Caja de Ahorros, que nadie invierte sin el consejo de Pepe.

Además, los alemanes nos protegen. Mientras la Ciencia, a la que ellos representan, se mantenga investigando el misterio del escurzón, nadie formulará demasiadas preguntas. A lo sumo, se convertirán en el chascarrillo sin gracia de un informativo autonómico. En agosto, cuando no hay noticias ni televidentes. Y además, no se trata de unos cualquiera. Son alemanes. ¡Nada menos!

El veneno del escurzón es mortal. Y existe remedio. Nosotros lo conocemos, por supuesto. Los ingredientes, no. Pero sabemos a qué puertas debemos llamar si un niño —usualmente hipnotizado por la culebra, y parece difícil siendo tan minúscula— o un trabajador descuidado son mordidos. Todo dios tiene su culto. Y sus sacerdotisas.

Las nuestras son gente sencilla: mujeres cincuentonas, solteras, independientes económicamente y con sus secretos. Sólo una de ellas contrae nupcias. Y, según dicen, alumbra una niña. ¿Verdad? Sólo en parte: es cierto que nadie en el pueblo conoce su identidad. Que únicamente tenga hijas, se me antoja excesivo. Después de la tormenta, mientras todos salimos a recoger caracoles —que vendemos a un señor valenciano que pasa por allí mensualmente—, ellas se afanan buscando hierbas y gusanos. Yo, que debo ser el único que ha leído Astérix, no puedo evitar establecer similitudes con el druida, la verdad.

Si un escurzón te muerde has de acudir a ellas. Todas conocen la composición exacta, pero ninguna tiene en su poder todos los ingredientes. Se juntan en una cocina y allí realizan la cocción. No penséis en marmitas ni vasijas barro. Lo hacen en una olla exprés. La pócima se prepara con suma rapidez. Y muy prestas acuden al lecho del enfermo. En procesión de a dos. Le obligan a beber tres tazas. Y luego, a esperar. Un día. Veinticuatro horas. Si en ese plazo vomita, la víctima vivirá. De lo contrario, se va avisando al señor cura para la extremaunción.

—El escurzón no ha querido soltarlo —alegan, con tristeza.

No resulta conveniente estar a malas con estas damas. Ni nadie lo pretende.

Cuando la guerra, en el 36, el pueblo se declaró nacional. Siempre fuimos gente conservadora. A nosotros no nos importan las ideologías. Nos asustan los cambios. Llegaron de Falange buscando rojos y no había. Eran cuatro y habían emigrado a tierras más acordes con sus ideas. Vale que requisaran la cosecha. Vale que confiscaran los dos únicos coches que había en el pueblo. Vale

que se bebieran el vino del cura. Pero tuvieron que meterse con una de las pociomeras —pues con tal palabro, no muy ortodoxo a juicio de la RAE, se las conoce— que todavía estaba de muy buen ver. Se los enterró cerca de la Ermita del Cid. A la vista de la Virgen, pero fuera de camposanto. Y allí no había pasado nada.

El escurzón, que todo lo ve y todo lo puede, tiene tradiciones. Y el sacrificio es una de ellas. Como si fuera un dios. Dije antes que en mi casa jamás se decía ni media palabra sobre el escudo. No dudo que mis antepasados, por ofensas reales o fingidas, o por codicia hacia las riquezas del moro, saliese a uña de caballo de tierras catalanas. Ni que uno de ellos se uniese al Cid cuando se lanzó sobre Valencia. A la postre, todo allí recuerda al Cid. La torre del Cid. La fuente del Cid. La quebrada del Cid. Incluso estoy dispuesto a creer que una de mis antepasadas fuese una de sus queridas. Hasta los grandes hombres tienen necesidades. No dudo, aunque tampoco me interesa.

Pero lo del escudo... es distinto. No tiene leyenda, pero sí historia.

El escudo que preside mi casa todavía muestra sus cuatro partes. De tres de ellas, que hablen los expertos en heráldica. La cuarta, repleta de pequeñas culebras tras un ominoso templete, es harina de otro costal.

Hay otro escudo parecido. En otra casa. No necesito verlo. Lo sé, aunque nunca le haya puesto el ojo encima. Ni yo, ni nadie de los míos.

Porque ésa es otra. El pueblo está en guerra. Lo ha estado siempre. Y pretender constreñir ese hecho sólo a la época de la Reconquista, sería necedad. Y mentira.

Entiéndanme, no es una pugna al uso. Existen dos facciones. Pero alejen la romántica idea de que haya entre nosotros Capuletos y Montescos. ¡Por favor! Es una suerte de ritual que se remonta más allá de la memoria. Y que yo —en la cosmopolita Madrid— hubiese olvidado su existencia no alteraba los hechos en lo más mínimo.

Puede cubrirse de barnices o etiquetas, claro. Si gustan, pueden llamarlos romanos y godos, cristiano viejos y cristiano nuevos, carlistas o borbónicos. Siempre hubo dos familias y una deuda de sangre. Y el escurzón.

En el mes de junio, es costumbre acompañar a un grupo de escolares hasta el campo de las orejas. Supongo que ambas cosas precisan una explicación.

La Diputación de Teruel suele enviar a un grupo de los mejores estudiantes turolenses para que amplíen horizontes y vean cosas de la provincia. Como siempre cae alguna que otra subvención o regalía, pequeña eso sí —no se vayan a pensar ustedes que en esta zona se atan los perros con longanizas—, nunca nos hemos negado. Por otra parte, lo que se visita aleja suspicacias. Y a los chavales les interesa mucho más la «ruta templaria», así que nos olvidan pronto.

El campo de las orejas ya es otro asunto. Parece evidente que, con ese nombre, uno va a encontrar orejas. Y en efecto, así es. Hay una buena muestra de orejas petrificadas. Sesudos eruditos explican que aquellas montañas nuestras fueron, hace miles de años, el fondo de los océanos. En los manuales, cuya publicación costean los Ayuntamientos de la zona para regocijo de los turistas, puede leerse que la abundancia de los restos petrificados no permite dudas al respecto. Que los crustáceos, o como se llamen, recuerden tan vívidamente orejas humanas es una de esas ironías de las que tanto gusta la historia.

Hombre, ¡qué quieren ustedes que yo les diga! Santa Lilaila parió por el dedo, podrá ser verdad. Yo no me lo creo. Supongo que, a estas alturas, ustedes tampoco. Por ahora, dejemos aparcado ahí el tema.

El hecho cierto es que un mozo del pueblo, de buenas piernas y lengua suelta, debe acompañar a los jóvenes hasta casi el regazo de la Peña del Morrón para que no se pierdan y, aunque no se dice, para que el escurzón no los muerda. Y, de paso, asegu-

rarse que no se llevan ninguna oreja. A su disposición ponemos unas cuantas. Falsas, claro. Que bien nos parece que se lleven un souvenir —los preparan en Alicante—, pero no tanto que expolien nuestras reliquias.

El señor cura y el Alcalde me pidieron que, dado que nunca había realizado tal tarea y mantenía las piernas en buen estado, aquel año fuese yo. ¡Cualquiera se niega! Había un problema: no recordaba el camino. Cuidado, el camino directo sí. Pero a ellos, y a sus monitores, les dábamos un paseo el triple de largo que la ruta directa. Digamos que, si se les ocurría volver por su cuenta, el ascenso recorría tal cantidad de vericuetos que se perderían. Y ése era el trecho que había olvidado.

Maquiné la siguiente estratagema: el primer día que saliese despejada la Peña del Morrón, hacía por mi cuenta el trayecto. Así me ahorraba no poca vergüenza. Los más observadores habrán notado que he dicho «el primer día que saliese despejada la Peña del Morrón». Si al amanecer hay una nube sobre la Peña del Morrón, lloverá. Y les doy palabra que si las tormentas de la montaña en todas partes son peligrosas, aquí todavía más.

Nuevamente les parecerá que exagero. Díganselo a Miguel, mi buen amigo, que desafiando la tormenta siguió jugando al fútbol en la era y lo fulminó un rayo. Y no fue cosa de azar o mucha puntería. Es que caen muchos, suelen tocar tierra y aciertan. «Tienen hambre», reza el dicho. Fíjense, si pasan por los pueblos del Maestrazgo, en la abundancia de pararrayos en cada pueblo. Anormal a todas luces. Pero claro, ustedes son ciudadanos. No se fijan.

Había recorrido la mitad del camino cuando me sobrevino una enorme gazuza. Eché mano al morral y me senté a tomar un bocado. Todavía no raleaba la vegetación, como ocurriría al final del trayecto. Sobre un roca me dispuse a recobrar energías. Desenvolví el papel de aluminio y di cumplida cuenta de lo que mi madre había preparado.

Respiré hondo y dejé libertad a la mirada para contemplar el paisaje y repasar el camino recorrido. Los caminos que serpenteaban entre bancales y ancianos árboles. Los bosques umbríos, ya escasos. La tierra seca, sembrada de guijarros. Las matas de tomillo, lanzando un perfume áspero y embriagador. El cielo azul ferroso. En verdad, ahora sí había vuelto a casa. Y con este pensamiento me dormí.

Creí despertar en el mismo sitio. Pero no lo era. La tierra presentaba demasiadas grietas. Las montañas esperaban allí para morir. Se mostraban a mis ojos tal como eran: viejas, gastadas, cansadas. Aguardaban desde hace eones para que el rigor del sol acabase con ellas, o volviesen las aguas y las devolviesen al hogar. Y yo no respiraba.

Había cruzado al otro lado. En mi sueño, había traspasado la frontera regida por el escurzón. Me hallaba en el reino fronterizo. El lugar donde vivos y muertos entrecruzan sus desdichas. El sitio sobre el cual se nos habla, cuando chicos, una sola vez y jamás se admitían preguntas.

Anonadado, aguardé. Ignoro cuánto tiempo permanecí de esta guisa. Pero pronto me percaté de que una figura se aproximaba. Mi abuelo se sentó a mi lado. Lo reconocí al instante. Mil veces había contemplado su rostro severo y barbilampiño en las raídas fotos. Sus ojos eran más glaucos de lo que yo creía. En casa, jamás se hablaba del abuelo. Nadie en el pueblo me habló de él. La camisa mostraba manchas de sangre. Y agujeros. Los pantalones estaban rasgados. Esbozó una sonrisa.

—Miguel —dijo con voz suave—, te estaba esperando. ¿Sabes quién soy?

—Sí.

—Me mataron, ¿sabes?

—¿Quiénes? —y al punto me sentí idiota por la pregunta. El otro clan, claro.

—Has estado lejos demasiado tiempo. Recuerda: Eso no es relevante. No debes guardarles rencor. Sólo cuenta una cosa: ¿Por qué? Muchacho, se acercaban tiempos

difíciles. Una guerra fraticida. Ya no éramos muchos, ¿lo entiendes? Sobrevivir lo era todo. Necesitábamos invocar la protección del escurzón para no perder a ninguno de los nuestros. La última vez, nuestra familia había ejercido como verdugo. Yo debía morir.

—¿Cómo fue, abuelo?

—Yo tenía una amante. Una chica estupenda. Entiéndelo —se justificó—, yo me había casado por conveniencia, para unir haciendas. ¡Qué más da! Se emboscaron y aguardaron hasta que yo salí de la casa. Y me acribillaron a balazos.

—¿Y por qué estás aquí?

—Para darte el relevo. Ahora es nuestra familia quien propicia el sacrificio y la otra, la que ofrece la víctima. Siempre mata o muere el primogénito. Y, quiéralo o no admitir tu testaruda cabeza, no vas a defraudarnos ahora.

—¿Y qué motivo existe esta vez, abuelo? ¿Qué peligro exige que despertemos al escurzón?

—Carreteras que matan nuestros montes, pantanos recreativos, turismo... Somos los últimos, muchacho. Debemos preservar nuestra identidad. Una invasión, pacífica pero peligrosa, nos acecha. En un mundo que cambia, nosotros permanecemos. Necesitamos salvaguardar nuestro aislamiento. La Nueva Babilonia es poderosa. Y voraz.

Mientras hablaba, contemplé cómo me mordían varios escurzones. La sangre pareció convertirse en escarcha.

—No te asustes —quiso tranquilizarme—, el escurzón no mata. Aquí no.

Juntos evocamos el pasado. También intuimos lo que aguardaba.

Cuando me desperté, atardecía. Los escurzones, tras morder mi carne y emponzoñar mi sangre, se retiraban. No me estaban agrediendo. Me ungían.

Inicié el descenso. Me dolían los pies. Aguardé a que cayese la noche para entrar en el pueblo. Sacié mi sed en la Fuente Nueva. Sus dos caños manaban suavemente. A su lado, los caños del abrevadero relucían nuevos. Después seguí hacia la calle Mayor, hurtando mi presencia a las miradas, guareciéndome en las sombras. Tomé un desvío a la derecha hasta llegar a la casa de la tía Liduvina. Por segunda vez en cincuenta años, la puerta estaba abierta. Como me había vaticinado el abuelo.

En las caballerizas, dos yeguas tordas me miraron con recelo. Piafaron un par de veces. Escondí bajo la camisa lo que había ido a buscar. Sigiloso, cerré la puerta. Seguía febril. Y entumecido. Me dejé caer por la Fuente de San Juan. La mejor agua de la región fluía allí. No supe resistirme a la tentación y contemplé mi rostro en el espejo que el amplio lavadero, ya en desuso, ofrecía. Sufrí una decepción: ignoro qué fantasmas había conjurado mi imaginación, qué mutación exterior había esperado, pero era el mismo de siempre.

Pasada la medianoche, me dirigí a casa de María, la boticaria. La puerta de cuarteones era a la antigua usanza: tachonada por clavos y en dos piezas. La inferior, con gatera y una bocallave alargada. La superior, para permitir la conversación sin permitir el acceso a la casa. Ya he comentado que somos gente celosa en lo tocante a la propiedad. Descarté el timbre. El llamador de forma redondeada estaba recién pintado. Golpeé con insistencia. Luego, me limité a esperar.

La sed persistía, devoradora. Para entonces, ya había intuido que no había agua capaz de aplacarla. Escuché el gemido de la aldaba al otro lado de la puerta. María acudía. Apenas hubo abierto la parte superior de su puerta, se persignó. Nos miramos. En efecto, yo no respiraba. Dibujé en el aire el signo del escurzón: una ese de izquierda a derecha. Y lo hice dos veces. La saludaba como Suma Sacerdotisa, como señora de las pociomeras.

—¿Ya?

—Ya —respondí.

Inclinó la cabeza. No me invitó a pasar. Nadie acepta en su hogar a los que vienen

del otro lado. Al poco, volvió embutida en unos vaqueros gastados y con una bolsa beige. El pueblo no es un lugar propicio para los móviles. Descansa en un cuenco, guarecido por montañas demasiado elevadas. Al menos, tal es el endeble argumento con el que los comerciales intentan frenar nuestras quejas sobre las continuas interferencias y conexiones fallidas. Mientras caminábamos, María marcaba números con inusitada rapidez. Susurraba una cita y colgaba.

Las mujeres se reunieron bajo los chopos. Eran doce. Como los Apóstoles. Un gajo de luna ofrecía suficiente luz. Desnudo, me limité a dejarlas hacer. Sobre mi espalda pintaron esa cuarta parte del escudo, la importante. Evidentemente no podía verla, pero ellas me lo dijeron.

Pedí un nombre. Me lo revelaron. Me besaron. Y me despidieron. Lancé una mirada furtiva a mis espaldas, mientras pugnaba por ponerme los pantalones. Se habían despojado de sus ropas y permanecían sentadas formando un círculo. Salvo eso, no pude advertir nada extraño en ellas.

Nunca había estado en casa de Luis. Nunca había visto el escudo, su escudo. Jamás había supuesto que debería matar a mi mejor amigo. Porque en esta guerra, ningún bando conoce la identidad del otro. Eso se perdió hace un par de siglos, para aminorar el dolor. Y la vergüenza. Recordábamos tantas cosas que aquel secreto menor bien podía ser relegado al olvido.

Luis vivía cerca de la iglesia. En una calle que parecía robada al siglo xiv. Salvo por las

farolas eléctricas. A mi paso no había ruidos, ni animales. El sol nacía por la Peña del Morrón en medio del silencio.

Me senté en un banco, discretamente apartado. Y me puse al acecho. Las campanas tañían los cuartos y las horas. Por mucho esfuerzo que se hubiera realizado, el sonido no era tan claro como antes. Como comenté al principio la torre había sido destruida por un rayo. Hay cosas que se pueden reconstruir. Pero por mucho que se imite un modelo, éste difícilmente resulta superado.

Era domingo. El único día en que el pueblo no madrugaba. Silencio. Entonces me percaté de algo curioso: seguía sin respirar, pero además mi cuerpo se había puesto rígido, como un bloque de hielo. Parecía como si hubiese necesitado tantos líquidos para congelarme. El pensamiento se me antojó absurdo. Aún hoy pienso igual.

Fiel a su costumbre, antes de ir a la misa de doce, Luis bajó las escaleras, abrió la puerta de doble hoja y salió a la calle para dar un paseo. Antes, quizá hubiese tomado un café. Pero aquella mañana el bar permanecía cerrado. Silencioso, como el resto del pueblo.

Nada más verme sonrió, todavía somnoliento. La sonrisa huyó de su cara cuando contempló el cuchillo. Macizo. Tosco. Con el signo del escurzón grabado hace mucho tiempo. El puñal que custodiaba la tía Liduvina. Aun cuando yo no hubiese sido más alto, más corpulento o más fuerte, el resultado no habría cambiado. El frío homicida del escurzón estaba en mí. Él me dirigió una de esas miradas que se dedican a los locos.

Luis era débil. No le apuñalé en exceso. Entregó el alma con facilidad. Después, como está escrito, cercené sus orejas. Debía ser yo, la mano ejecutora, quien lo hiciese. La mutilación formaba parte del ritual. Y aquel par, con las de mi abuelo y nuestros otros antepasados, descansarían en el campo de las orejas, el territorio sagrado de quienes han perecido al servicio del escurzón.

Mi participación finalizó en ese momento. Ellas se ocuparon de todo. Se hicieron cargo del cuerpo y del antiquísimo puñal. Y una bruma de silencio ha cubierto los hechos. Parece como si nunca hubiera sucedido.

Salvo llorar, ¿qué puedo hacer?

No se formuló denuncia alguna. Con el tiempo, Luis será declarado desaparecido. O lo que corresponda, Código Civil en mano. Ha llegado el nuevo milenio y, por ahora, no se han producido muchos cambios. Permanezco en el pueblo. Sé que jamás regresaré a Madrid. Las propiedades familiares me garantizan una existencia pacífica. Sin alardes, por supuesto.

Mi vida social es inexistente. Se me mira con recelo. El abuelo ya me lo advirtió: no se habla de la víctima y se relega al verdugo. En ocasiones pienso que soy ese loco al que la comunidad, apiadándose, alberga y protege. A veces, no muchas, olvido la verdad. Por eso he mecanografiado este texto. Para leerlo y recordar en las horas de duda, cuando todo se vuelve confuso.

Ha sido un largo camino desde el jardín del Edén. Los hijos de Eva y la serpiente. Juntos fuimos nómadas hasta clavarnos en esta tierra. Caín y Abel. Cada clan asumiendo su papel. El Hacedor no olvidaba a su obra primigenia. El error primero. Y a nuestra vera la serpiente, el escurzón. Ése es su secreto. El motivo de su tutela. Nos fija a nuestro destino: ser sus albaceas y sufrir la maldición de la memoria. La memoria del Creador, hasta el final de los tiempos.

Ritos

Elia Barceló

Cuando tres días después recuperaron su tabla en los acantilados de la Punta de las Ánimas no había ni rastro del cadáver de Ralf Starnberg. Cuatro semanas más tarde se le dio definitivamente por perdido, sus efectos personales, recogidos en la Pensión Manolita, donde había ocupado la habitación diecisiete durante todo el mes de agosto, fueron enviados a la comisaría de Munich que había expedido su pasaporte. Las fotos se encontraron más tarde en el laboratorio de un fotógrafo local amigo de Starnberg: cuatro carretes de vacaciones en los que el alemán había buscado motivos típicos del pueblo: una higuera arrimada a la tapia de una ermita, el puerto al atardecer, los pescadores remendando las redes, cajas de pescado en la subasta, las playas de guijarros bajo el torreón cartaginés, lápidas del cementerio, tallas de la iglesia patronal, la luna creciente, símbolo del pueblo, que podía encontrarse pintada, grabada, esculpida por todas partes y, con mucha frecuencia, el retrato de una mujer: Mariana Macías, al parecer buena amiga, novia o amante del fotógrafo fallecido. A través de sus declaraciones, corroboradas por las de Cristina Sánchez y María Luisa Martínez, amigas de ambos, se sabe que Starnberg había decidido, en contra de sus costumbres, prolongar en una semana su estancia en el pueblo para no perderse las Fiestas Mayores, como había sido el caso en los tres años anteriores desde que llegó por primera vez a Santa Rosa. La mañana del día cinco de septiembre diferentes personas vieron a Starnberg dirigirse a la playa con su tabla de windsurf. Cambió algunas palabras con el propietario del kiosko de la avenida del puerto, Luis Rosales, quien le recordó que la misa solemne era a las doce y, ya que se había quedado para las fiestas, no debería perdérsela. Starnberg aseguró que estaría de vuelta mucho antes, puesto que lo único que pretendía era disfrutar un poco de la sensación de estar solo en una playa en la que, hasta el treinta y uno de agosto, apenas se podía apoyar un pie sin pisar a alguien. Esa fue la última vez que se le vió con vida.

El entierro de don Francisco Ríos López tuvo lugar el último día de las fiestas, el seis de septiembre a las nueve y media de la mañana después de una misa a la que asistió el pueblo en pleno, probablemente por ser Ríos maestro nacional retirado y una auténtica institución en Santa Rosa. Su muerte, a los ochenta y cuatro años, se produjo por paro cardíaco durante la celebración del típico encierro de la vaquilla, el día tres por la noche y, dadas las temperaturas reinantes y el hecho de que Santa Rosa no dispone de tanatorio, el entierro se llevó a cabo cuanto antes. Los restos mortales de Ralf Starnberg reposan en una bolsa de plástico negro, veinte centímetros por debajo del ataúd de pino canadiense en el que yace Francisco Ríos López.

Santa Rosa es un pueblo costero, hospitalario y alegre que vive, un poco apartado de los grandes centros mediterráneos, en invierno de la pesca y en verano del turismo, un turismo reciente, familiar y en su gran mayoría extranjero -alemanes y daneses- que han descubierto, al margen de las agencias, el pequeño paraíso donde aún se puede pescar en las rocas, tumbarse al sol en la playa sin tener que pagar por tumbonas y sombrillas y pasear a la caída del sol por una alameda iluminada por faroles de hierro que dan una luz perlada y fresca, como de luna.

Santa Rosa es comprensiva con sus huéspedes extranjeros. Entiende que vienen hambrientos de sol y pálidos de cansancio a pasar quince días durmiendo y comiendo bien. Su lema es vive y deja vivir. Pero hay una regla. Una regla tácita que prácticamente no plantea problemas: el fin de temporada es el treinta y uno de agosto. Ninguna pensión acepta huéspedes después de ese día, ningún piso se alquila para septiembre, ningún forastero es invitado a las fiestas patronales que empiezan el día uno con el adorno colectivo de las calles del pueblo. Su fiesta es suya. No será gran cosa, pero es suya y de nadie más.

Por eso Santa Rosa es un pueblo feliz. Porque cumple sus ritos. Porque hay una cosa para cada tiempo y un tiempo para cada cosa. Y si sus calles empinadas y blancas se llenan de extranjeros durante dos meses, en septiembre Santa Rosa se despereza como un gato al sol del otoño que se acerca y lanza gruñidos de advertencia a todo lo que no esté en su lugar para las celebraciones. Los más viejos cuidan de que sea así, los jóvenes lo aprenden y lo ejecutan. Saben que si no se guardan a sí mismos, el tiempo moderno los devorará y los convertirá en un pueblo igual a otros miles, sin cultura, sin raíces, sin carácter. Saben que hay que hacer concesiones y las hacen, como cuando en los años cuarenta tuvieron que cambiarle el nombre al pueblo por segunda vez -ya lo habían hecho en el s. XVII- y volverlo a llamar Santa Rosa porque alguien había informado a Madrid de que el nombre de Astar tenía resonancias excesivamente paganas y sangrientas para un pueblo católico de un país católico. Pero eso no tenía importancia. Todos ellos sabían de su ascendencia púnica y estaban orgullosos de ella. Todos ellos sabían que Santa Rosa era Astar y eso bastaba.

Para Mariana no había sido fácil. Ralf le gustó desde el primer momento en que con su español titubeante y su sonrisa de pilluelo entró en su peluquería para un corte de vacaciones, un centímetro por todo pero respetando un mechón largo y delgado en la nuca. Tenía el pelo rubio y fuerte, la piel como todos, paliducha, invernal, los ojos de un azul muy oscuro detrás de las gafas ovaladas de aluminio, las manos finas. Pensó que podría ser músico, luego se enteró de que era fotógrafo y trabajaba para una agencia alemana. Pensó que le gustaría que esas manos la tocaran. Al día siguiente ya iban juntos a todas partes, una semana después eran pareja.

Fueron tres veranos en que ella, admirada, empezó a descubrir en él el típico carácter astartino: cerrado, misterioso, tribal, y él pensó que podría llegar a pertenecer al pueblo, buscar trabajo por la zona o casarse con ella, llevársela a Munich y repartir el año entre los dos países. Se hizo amigo de todo el mundo, empezó a coger el dejo de Santa Rosa, la cantilena que los hacía parecer vascos emigrados, aprendió a jugar al mus con Paco, el joyero y Tony, el fotógrafo, salió a pescar con la barca de Santi, el hermano de Mariana, volvió por Navidad y ayudó a poner el Belén gigante de la parroquia, volvió por Pascua y lo vistieron de Hermano del Sagrado Corazón, volvió todos los veranos y al tercer año decidió cambiar las fechas, hablarlo con la dueña de la pensión y quedarse a pasar las fiestas.

Le sorprendió que Manolita le dijera que sí a la primera. Sabía que Santa Rosa no toleraba extraños en sus Fiestas Mayores, pero enseguida lo tomó como el honor que

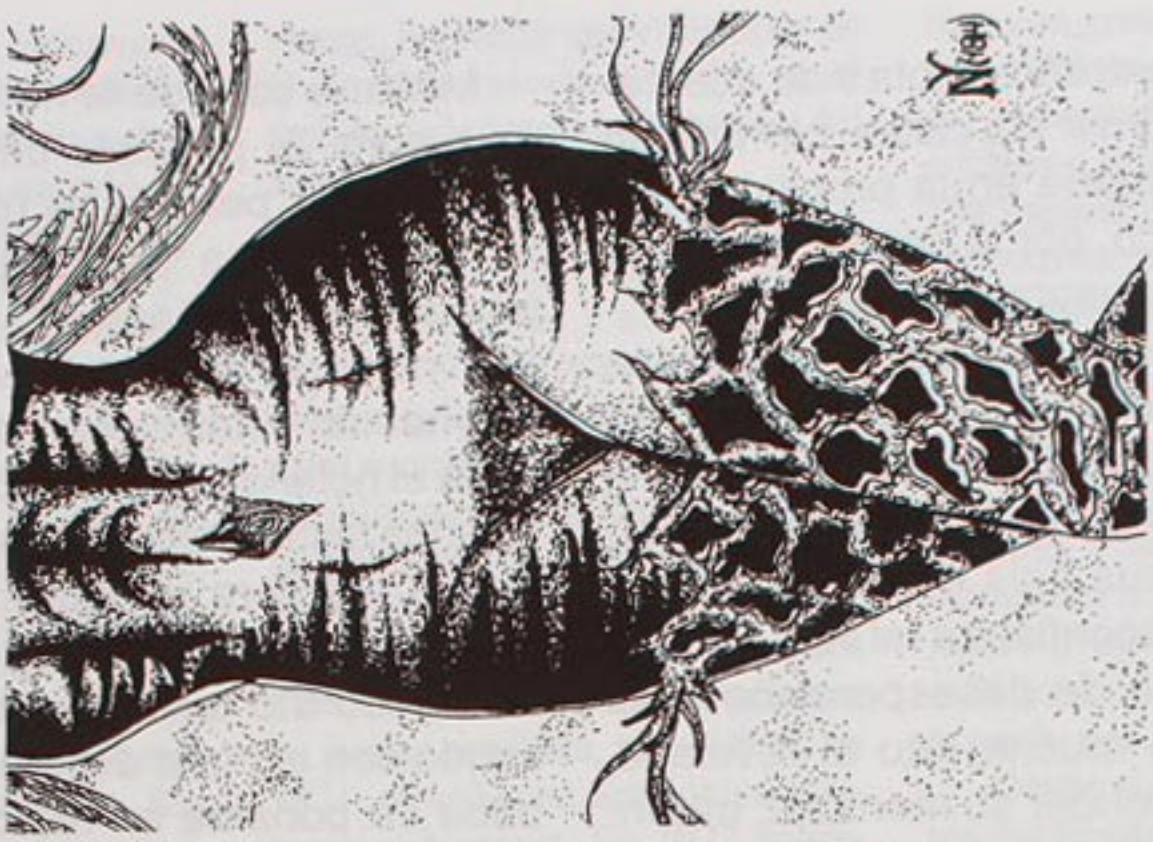
era: ya no era un extraño, había sido aceptado, ayudaría a adornar las calles, correría en el encierro, participaría en la procesión por el mar y el día cinco, por la noche, le pediría a Mariana que se casara con él.

Hay una foto en la que se ve a Mariana mirando a la cámara, la cabeza ladeada, un dedo doblado cruzando los labios, como si quisiera decir algo que por fin no va a decir. La expresión de sus ojos es ambigua: hay algo de miedo, desconfianza tal vez, amor, o deseo, un principio de desesperación. Ralf la estuvo mirando mucho rato al revelarla, tratando de comprender su mensaje, tratando de saber si había un algo de advertencia en los ojos oscuros que lo miraban desde la cubeta en la penumbra roja del cuarto de Tony. Le había hecho esa foto al decirle que se quedaba para las fiestas. Ella estaba desnuda, sentada en la cama, la cabeza apoyada contra la pared, los ojos cerrados, una sonrisa insinuándose en su rostro. Él había sacado la cámara y había empezado a hablarle a través del aparato, a contarle cosas de Munich, de sus clases de español, de los asquerosos inviernos de centroeuropa, mientras disparaba tratando de captar sus sonrisas, el brillo de sus ojos, el verdadero rostro que él conocía y que tanto añoraba durante el invierno, el rostro que ninguna foto había conseguido apresar.

Le dijo que se quedaba sin darle importancia, como jugando, que Manolita le había concedido la gracia, que por primera vez en tres años abriría los ojos el uno de septiembre y Santa Rosa, limpia de turistas, estaría ahí para él. Ella no contestó. Se quedó un momento así, el dedo sobre los labios, la mirada herida, un momento eterno. Luego gateó sobre la cama hasta donde estaba él, le quitó la cámara de la mano e hicieron el amor furiosamente, con una pasión desconocida que podía ser agradecimiento o desesperación o entrega. O algo que, como tantas cosas, sólo existía en Santa Rosa y para lo que Ralf no tenía nombre.

Mariana salió de la habitación convertida en piedra. Al principio pensó que acabaría por suceder, pero en los últimos tiempos había empezado a tener esperanzas; Ralf estaba siendo aceptado. No podía ser. Y, sobre todo no podía ser que llegara tan pronto. Todos habían estado seguros de que esta vez sería el holandés gordo y pelmazo que llevaba años fastidiando a Rosa, la del hostal, para que le alquilara un cuarto. No era posible. Ralf aún no se podía quedar. Sentía como un líquido frío quemándola por dentro, pulsando con el ritmo del cronómetro que acababa de ponerse en marcha en su interior. Ese día estropeó dos permanentes y se pasó de tiempo en un tinte. Al día siguiente cerró y, sabiendo que no había nada que hacer, fue a hablar con Manolita.

Mucho después, en octubre, se sintió agradecida de no haber sabido que Ralf le había comprado a Paco un anillo de brillantes. Si entonces hubiera sabido que Ralf había pasado una tarde en la joyería eligiendo su anillo de compromiso, no lo hubiera podido soportar, mientras que así, sin saberlo... Paco se había portado bien. Había esperado las cuatro semanas hasta que la policía lo había dado por muerto para quedar con ella en el muelle una tarde de sol y darle la cajita roja con el anillo dentro, un solitario montado en platino que destellaba como una estrella al sol de las cuatro. Con una notita dentro, unas líneas en la letra casi ilegible de Ralf: "Como cuando leas esto, yo estaré delante de tí, si aceptas no tienes más que mirarme a los ojos. Si cierras la caja sin mirarme, no tendrás que decirme que no. ¿Quieres casarte conmigo, princesa del sur?" Las dos primeras lágrimas, gordas y calientes, cayeron una tras otra en la taza de café con leche. Quizá hubiera debido quemar la nota sin mirarla, murmuró Paco. Ella negó con la cabeza. Él siguió murmurando palabras que ella no oía hasta que comprendió y la dejó sola con el sol que se marchaba y el café que se iba poniendo frío. Desde entonces lleva el anillo y en Navidad se va de Santa Rosa.



Lucas, el del Banco, dice que ha sacado casi todo lo que tenía y ha mandado un cheque a unos cursos de esteticién de Barcelona.

Manolita fue una de las mujeres que más lloró en el entierro de Don Francisco. Mariana no acudió. Se quedó en casa mirando al techo con los ojos abiertos, la mano izquierda engarfiada en las gafas de Ralf, aún manchadas de sangre de la noche anterior. Santi tampoco fue. Había vuelto a media noche, medio muerto de agotamiento después de que una poderosa corriente lo hubiera arrastrado con la tabla de Ralf hasta un punto del que sólo un nadador de resistencia como él habría podido volver. Se le había echado la noche encima aún en el mar y, durante lo que le pareció un siglo, el faro de Santa Rosa estuvo haciéndole guiños entre brazada y brazada mientras su memoria le pasaba una y otra vez las imágenes de la grita del año anterior en la que él había sido tzuntzuri. A punto de acalambrarse, jadeando de agotamiento, había conseguido llegar a la playa de levante, tiritando, y había tenido que sentarse en una roca y esperar que pasaran los temblores y el ataque de llanto que le había sobrevenido de pronto, sin previo aviso, al oir los aullidos que venían del pueblo. Luego, mucho después, había recorrido cojeando y tropezando los dos kilómetros que había hasta su casa sin cambiar un saludo ni una palabra con los vecinos que limpiaban las calles a la luz de las antorchas ya casi consumidas. Por fortuna ya nadie llevaba la máscara y lo único extraño era el silencio y la inmovilidad de algunos vecinos sentados en portales, apoyados en los quicios de las puertas o mirando al mar, negro y callado. Ya en su puerta lo esperaba el tzuntzuri, sus ojos brillantes y afiebrados bajo la máscara de macho cabrío, su cuerpo desnudo cubierto de grasa, de sangre y de sudor. Se abrazaron largamente. Santi no llegó a saber si lloraba. Luego se separaron. El rito se había cumplido.

Una de las fotos que no encontró la policía muestra a Santi y a Ralf a la entrada de una cueva, el día que lo llevaron a ver las catacumbas de los hombres. Acaban de salir y los dos guiñan los ojos frente a la luz exterior. Tienen la mano apoyada en el hombro del otro y se les ve felices, orgullosos, como si hubieran hecho algo especial que comparten con el fotógrafo, porque su mirada lo engloba en la hazaña. Si hubieran podido, se lo habrían dicho ese día en que había comenzado su iniciación. Pero no podían. A veces Tony piensa que debían haber hecho algo. Ralf era ya casi de los nuestros, dice las pocas veces que habla de él en voz alta, un verano más y hubiera podido... aquí su voz se corta, se cuelga la cámara al hombro y se marcha del bar, sin pagar el café.

El cinco de septiembre, a las ocho de la tarde, después de casi cinco días de fiesta, muerto de cansancio y borracho de alegría,

Ralf Sternberg recibió una máscara de manos de Julio, el alcalde. Una máscara blanca que cubría por completo la cabeza y recordaba vagamente a la de un unicornio con su único cuerno afilado y azul en medio de la frente. Julio no sonrió. Ahora eres El Sin Nombre, le dijo. ¿Aceptas? A su alrededor, en la penumbra azul del pueblo apagado donde poco a poco las antorchas que él había ayudado a colgar comenzaban a poner brillos de sangre, fueron agrupándose los hombres del pueblo. Las mujeres se reunieron un poco más allá, bajo los árboles de la plaza. Ralf se puso la máscara sintiendo el pecho oprimido por algo que podía ser emoción religiosa o simplemente miedo. Acepto, dijo, y su voz salió extraña, distorsionada.

Uno tras otro, los vecinos de Astar se calzaron las máscaras. En unos segundos no había más que monstruos en la penumbra roja. Una mujer con zancos vestida de blanco y con una luna en la frente surgió de entre las figuras de la plaza, se giró hacia él y gritó. Un aullido espectral que lanzó un escalofrío por todos sus músculos. Un aullido que fue contestado por todas las gargantas astartinas, como los gritos de las mujeres árabes, como un coro de lobos, como un jodl macabro. Entonces, desde detrás, alguien se inclinó hacia él y le susurró al oído: Corre. Hacia el mar.

Posiblemente no se dio cuenta de lo que iba a suceder hasta que sintió las primeras piedras chocar contra su cuerpo. Quizá incluso entonces pensó que era una última prueba de valor, la iniciación definitiva, su derecho a llamarse astartino. Luego la noche se convertiría en un caos de fuego, de máscaras, de cuernos lacerando su carne, de piedras rasgando su piel, de gritos, de olor a miedo, a sangre, a muerte. A su alrededor las figuras enmascaradas que danzaban al son de los tambores llevaban deportivas, camisetas de algodón, pantalones tejanos, eran todos sus vecinos, sus amigos, sus verdugos. Ya cerca del mar una mujer se le acercó de frente y le clavó en la cadera una botella rota. El dolor debió de ser como el de un choque eléctrico. Alguien le golpeó por detrás y cayó de bruces al suelo. Sin saber por qué pensaba que tenía que llegar hasta el mar, si llegaba hasta el mar estaría a salvo de los gritos, de los tambores, del fuego, del dolor.

Tuvo que arrastrarse los últimos metros porque se le habían roto las piernas, los que estaban cerca oyeron el crujido de rama tronzada cuando el golpe lo alcanzó, pero consiguió llegar al embarcadero y, quizá por instinto, meterse en el agua como buscando ocultarse o huir. Entonces callaron los tambores. De entre la multitud surgió el tzuntzuri, blanco y rojo, con su máscara de plumas negro azuladas y el puñal en la izquierda. Desnudo y descalzo avanzó hacia el mar, solemne, hermoso, tenso como un cabo. Con el agua a medio muslo alcanzó al Sin Nombre, que gemía como un animalillo en el silencio de fuego sabiendo que su vida terminaba allí, en aquella hoja que le estaba entrando por el cuello, que su muerte era ahora, que el rito se había cumplido. Lo último que alcanzó a oir fue el ulular de cientos de gargantas elevando el canto al cielo estrellado, lejano y puro como un campo de nieve negra.

Son cosas de las que no se habla pero todos sabemos que si últimamente nos ha ido tan bien, si empezamos a tener reservas para Navidad, si se pesca más que nunca, si la oficina europea de control de fondos marinos se va a instalar por fin a más de ochenta kilómetros de Santa Rosa es porque por primera vez en varios siglos el Sin Nombre no era un cualquiera de ocasión. Era uno de los nuestros, querido, llorado. Astartino.

No hablamos de estas cosas pero empezamos a mirar a nuestro alrededor y hemos empezado a pensar que quizás, si el sacrificio debe ser un sacrificio auténtico, el tzuntzuri de un año pueda, al año siguiente... Pero hay que pensarlo bien.

Mientras tanto seguimos callados. Nos miramos y pensamos. Sin hablar.

Y Santa Rosa vive.

Piensa lo que quieras

Rodolfo Martínez

Para Javi, quien contó la historia mucho antes que yo

Miro una vez más el abismo que se extiende a mis pies, los doce pisos bajo los cuales las hormigas humanas siguen paseando, ignorantes de su destino de marionetas. Lo miro de nuevo y el vértigo me asalta como una borrachera impía de la que no consigo librarme. Anticipo la caída, el viento aullando a mi alrededor mientras el mundo se convierte en un borrón vertiginoso. El golpe. Quizá un grito. Y luego el silencio. Para siempre. En cierto modo sería un alivio y por cierto que lo deseo. Sonrío entonces, al darme cuenta de que eso era justamente lo que él pretendía.

Cierro los ojos y por unos instantes consigo olvidarme de todo, ignorar ese deseo que tira de mí hacia el olvido. Respiro y, de algún modo, mi cuerpo logra encontrar ese foco de tranquilidad que le ha estado esquivando las últimas horas. ¿Durante cuánto tiempo? Poco, sin duda, pero también todo el tiempo del mundo para mí. Y suficiente. Suficiente para recordar cómo empezó todo.

Juan y yo éramos amigos. Una de esas amistades raras que se inician en la pubertad y, de algún modo, se las arreglan para sobrevivir el paso turbulento de la adolescencia. Éramos buenos amigos. Eso creía. No, no te mientas a ti mismo, ten la decencia de ser sincero; en cierto modo lo sigo creyendo. Pese a todo, de alguna extraña y retorcida manera, aún lo creo. Había zonas oscuras en nuestra amistad, temas que no abarcaba, como si de algún modo comprendiéramos que había cosas que no podíamos compartir si queríamos ser amigos.

Éramos distintos, tremendamente distintos, y quizá eso tuviera que ver con el hecho de que nuestra relación sobreviviera durante años. A pesar de algunos gustos y aficiones comunes, nuestra forma de ser no podía parecerse menos. Juan era una criatura ensimismada, envuelto permanentemente en un halo indefinible de melancolía del que era consciente y que, en cierto modo, cultivaba de forma deliberada. Yo, por el contrario, había pasado por la segunda década de mi vida como una especie de fuerza de la naturaleza con forma humana: arrollador, imparable, con la arrogancia y el aplomo necesarios para coger aquello que deseaba sin pararme a pensar en las consecuencias. En cierto modo creo que Juan me envidiaba. No sólo por el hecho de que él hubiera pasado su adolescencia sin comerse un rosco mientras yo me veía continuamente rodeado

(y a veces avasallado) por las mujeres, o de que pareciera convertirme en el foco ineludible de cualquier reunión en la que estuviera mientras él permanecía apartado en un rincón, alimentando con cuidado su pose de poeta decimonónico sin que nadie le hiciera el menor caso. En cierto modo creo que él se consideraba superior a mí: más inteligente, más brillante, con mucho más que ofrecer a los demás que yo; pero los demás preferían mi jovial superficialidad a su rica vida interior. Tardó tiempo en comprender que era un simple problema de marketing: de nada sirve tener el mejor producto del mundo si no lo sabes vender.

Con el tiempo fue aprendiendo, aunque tenía muchos años que recuperar, y aún se mostraba torpe en algunos aspectos de sus relaciones con los demás. Bueno, todo requiere entrenamiento, recuerdo que pensé, y no volví a darle más vueltas.

Hace algo menos de un año me llamó una noche a casa. Por el tono de su voz pensé que había pasado algo grave.

—¿Qué ocurre? —pregunté, preocupado. Juan tenía la manía de tomarse las cosas demasiado a la tremenda.

—¡Lo he hecho, lo he hecho!

—¿El qué?

—¡He ligado!

Acabáramos. Si cada vez que yo consiguiera camelarme a una chiquilla llamase a mis amigos para celebrarlo, las centralitas de teléfono de medio mundo estarían colapsadas.

—Enhorabuena, tío —dije sin embargo—. Ya me la presentarás.

La siguiente media hora fue un monólogo interminable en el que Juan me cantaba las excelencias y maravillas de su recién adquirida novia. No sólo era la criatura más extraordinaria que jamás había pisado la Tierra, sino que encima estaba enamorada de él. Pensé que, efectivamente, si se había enamorado de él tenía que ser alguien extraordinario, aunque desde luego no dije nada en voz alta.

Unos meses más tarde volvió a llamarme, esta vez para pedirme consejo.

-Un momento —dije yo, sin creerme del todo lo que me estaba diciendo—. ¿Lleváis casi cuatro meses saliendo juntos y todavía nada?

—Bueno... nada, nada...

—¿Te la has cepillado o no?

—Joder, tío, no seas tan ordinario.

—O sea, que no te la has cepillado.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado de la línea.

—... No —confesó al fin Juan.

Le dí unos cuantos consejos y colgué. Dudaba que le fueran de mucha utilidad. Hace tiempo que aprendí que las soluciones que sirven para uno rara vez funcionan con los demás. Nunca sabré si mis sabias advertencias habrían dado o no fruto, porque al final no hicieron falta. Como suele pasar a veces la fortuna se conjuró a favor de Juan, y sus padres se fueron a pasar el fin de semana a otro lugar. Tenía la casa para él solo y ni siquiera él podía ser tan imbécil como para dejar pasar una oportunidad como aquella.

No lo fue. Debieron de estar los dos días sin salir de la cama, más allá de lo mínimo imprescindible para comer o ir al servicio. Estaba seguro de que el domingo por la noche o, como mucho, el lunes, Juan me llamaría alborozado para describirme las excelencias de su primer orgasmo (y quizá de los cuatro o cinco siguientes, dependiendo de cómo le hubiera ido el fin de semana). No lo hizo. De hecho, durante algo más de un mes no supe nada de él. Al final decidí llamarle yo mismo:

—¿Qué, qué tal?

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? ¿Ya has dejado de tener dos horóscopos o no? —era un viejo chiste que nos hacíamos a menudo: "*hay gente que tiene dos horóscopos, el suyo propio y virgo*".

—Ah, eso, sí.

Aquello me mosqueó. No parecía excesivamente entusiasmado.

—¿Tan malo fue?

—No, no fue malo. Para nada. De hecho, estuvo muy bien —hubo unos instantes de silencio. —Lo hemos dejado.

—¿Tú o ella?

—Yo.

—¿Estuvo muy bien y lo has dejado? ¿Encuentras una tía lo suficientemente idiota para que se enamore de ti, que encima funciona bien en la cama y lo has dejado? Explícamelo.

—Eh, oye, tengo que dejarte. He quedado y ya llego tarde. Nos vemos un día de estos y te lo cuento, ¿vale?

Colgó sin esperar a que yo respondiera. Bueno, al carajo. Le gente se pone muy nerviosa cuando pierde la virginidad y algunos empiezan a actuar de forma rara. Supongo que será parecido a tener la regla, aunque por suerte sólo pasa una vez en la vida.

Pero no podía dejar de pensar en el tema. La actitud de Juan no era normal. Hacía tiempo que había comprendido que no era el ser frágil y melancólico que aparentaba, que por debajo de su aparente debilidad había una dureza oculta e indoblegable que ni siquiera las numerosas bofetadas que se había dado a lo largo de su vida (la mayoría por culpa suya, pero ese es otro tema) habían conseguido quebrar. Sin embargo... No sé. Había algo que no encajaba en su actitud, así que decidí ir a verle.

No le llamé antes, algo que va en contra de mi costumbre. Soy terriblemente melindroso con la intimidad de los demás, en parte porque me gusta que los demás lo sean con la mía, así que si quiero ver a un amigo siempre le llamo primero, para que tenga por lo menos la oportunidad de librarse de mí con cualquier excusa más o menos traída por los pelos. Esta vez no lo hice, tenía la sensación de que si avisaba a Juan me diría que no podía verme.

Iba a llamar al timbre cuando la puerta se abrió. Por ella salió una mujer que me miró unos segundos como si no me viera y luego dio media vuelta, esperando a alguien que debía estar al otro lado de la puerta. Era el propio Juan quien estaba en el umbral, vestido únicamente con unos pantalones cortos y una sonrisa de gato que se ha comido el canario plantada en mitad de la boca. La chica se le acercó (encontraba algo familiar en ella, pero estaba tan sorprendido por la situación que no tuve tiempo de pensarlo mucho), se le colgó del cuello como si su vida dependiera de ello y le dio uno de los besos más largos y menos púdicos que he visto en mi vida, y he visto (y sentido) unos cuantos, puedo asegurarlo.

—¿Cuándo te veré? —dijo al fin, una vez se hubo soltado.

—Ya veremos. Te llamaré —respondió Juan, como si el tema no le interesase demasiado.

Ella asintió y se fue con una sonrisa estúpida en los labios y los ojos medio extraviados. Parecía drogada. Sólo cuando se hubo metido en el ascensor Juan pareció reparar en mí y me saludó:

—Perdona que no te hiciera caso —dijo—. Estaba ocupado.

—Ya, ya veo.

De pronto, me quede parado. Volví a ver a la chica que acaba de salir de su casa. Dios, claro que me había parecido familiar.

—Oye, ¿esa no era Eva?

—Ajá.

Aquello era absurdo. Juan había estado colgado de Eva desde que tenía catorce años, babeando tras ella por todo el Instituto y sin conseguir que reparase en él más que para decir en cierta ocasión (yo estaba presente aunque jamás se lo comenté a Juan) que era un chico mono y simpático pero, desgraciadamente, del todo inofensivo. Hacía tres o cuatro años que no la veía.

Y ahora acaba de darme de narices con ella. Y había mirado a Juan como si éste fuera el primo de Dios, o el hermano gemelo de James Bond, lo que viene a ser lo mismo.

—¿Quieres pasar?

—Sí, claro —dije yo, aturdido, cruzando el umbral mientras Juan cerraba la puerta a mis espaldas.

—¿Un café?

Asentí con la cabeza, mientras me sentaba en un sillón de la sala de estar. Oí a Juan trasteando en la cocina y poco después escuchaba el timbre familiar del microondas. Juan entró en la sala con dos tazas de café.

—Te iba a llamar un día de estos -me dijo después de tomar asiento frente a mí-. La verdad es que últimamente me han pasado un montón de cosas y si no se las cuento a alguien creo que voy a reventar.

Sí, yo tenía una sensación parecida. Como siempre el café estaba demasiado caliente para mi gusto, así que lo fui enfriando poco a poco con el aliento.

—La última vez que hablamos te dije que lo había dejado con Inés, supongo que te acuerdas. Sí, claro que te acuerdas. Bueno... es curioso, creo que he ensayado por lo menos media docena de veces la mejor forma de contarlo y no he terminado de dar con ella.

Ambos permanecimos unos instantes en silencio. Yo sabía muy bien que cuando Juan se atascaba lo mejor era quedarse callado y dejar que él mismo lo fuera rumiando todo.

—Había conseguido convencer a Inés para que viniera a mi casa —dijo de repente— el fin de semana en que mis padres se fueron.

—Sí -dije yo—. Por cierto, ¿dónde están tus padres? —hacía un rato que notaba algo raro. Los padres de Juan siempre me habían tratado como a un segundo hijo y era extraño que aún no hubieran venido a saludarme.

—En el pueblo. No volverán.

—Hoy, quieres decir.

—No. Nunca. No importa, de verdad. Ya te lo explicaré luego. ¿De acuerdo?

Estuve a punto de decir que no, pero luego sentí que era cierto, que tampoco se trataba de un asunto demasiado importante.

—De acuerdo, continúa.

Él sonrió como si supiera algo acerca de mí que yo ignoraba.

—Muy bien. Aquel fin de semana, como sueles decir tú, dejé de tener dos horóscopos. Fue... estuvo muy bien. La primera vez un poco rápido, ya sabes, la falta de experiencia y todo eso. Luego, en fin, qué te voy a decir que tú no sepas, la práctica lo va mejorando todo. Y el domingo... el domingo... Nunca había sentido nada igual. Por un instante fue como si... no sé, por más que intento explicarlo no consigo encontrar las palabras. En realidad creo que no hay palabras para explicarlo, pero pese a todo trataré de hacerlo. Fue como si mi mente, por primera vez en mi vida, se liberara de todo. Yo no estaba allí, en la cama con Inés, ¿entiendes? Me había ido, estaba volando muy lejos, me había abierto a todo y todo entraba a través de mí, como si yo fuera un filtro universal, como un aleph, como... ¿Recuerdas "El Imperio Contraataca", lo que Yoda le dice a Luke? "*Nosotros seres luminosos somos, no esta tosca materia*". No es eso, pero es lo más parecido que puedo encontrar a lo que realmente pasó.

Joder. Lo que faltaba, el chaval había tenido la suerte de echar un superpolvazo y de pronto se había sentido uno con el universo. Vale, hasta recitaría unos mantras para acompañarle si supiera alguno, pero tampoco era para tomárselo así.

—Ya —dijo él, sonriendo—. Es culpa mía, supongo, no he sabido explicarlo bien. No importa. La sensación fue algo increíble, pero lo realmente interesante fue lo que pasó después. Imagínate que eres ciego y que poco a poco la luz va llegando a tus ojos: al principio un resplandor lejano, débil, apenas lo percibes, pero lentamente va creciendo y en determinado momento ves cuanto te rodea, nítido, sin confusión alguna. Algo así fue lo que me ocurrió.

Guardó silencio unos instantes y terminó su café.

—Soy telépata —dijo al fin.

No lo pude evitar. Empecé a reírme.

—Muy bueno, tío, muy bueno. Casi me pillas.

Meneó la cabeza.

—Hablo en serio. Puedo leer las mentes. Lo descubrí aquella misma tarde: podía seguir el curso de los mezquinos y ridículos pensamientos de Inés. Por eso la dejé, ¿comprendes? ¿Cómo seguir junto a una persona capaz de pensar esas ridiculeces, alguien con una mente tan mediocre? No podía continuar a su lado.

No dije nada. *Como una cabra*, pensé. *Está como una cabra. No, si va a resultar que era verdad lo que decían los curas, que el sexo te puede dejar tarado.* Y antes de que me diera cuenta oí repetir mis propias palabras en voz alta:

—Como una cabra. Está como una cabra. No, si va a resultar que era verdad lo que decían los curas, que el sexo te puede dejar tarado.

Miré a Juan. Era de su boca de donde había salido aquello, no de la mía.

—Puedes creerlo o no, no me importa, pero sé exactamente lo que estás pensando. En realidad podría hacer que te lo creyeras sin mucho esfuerzo, pero prefiero convencerte por el método tradicional. Verás, no sólo puedo leer las mentes de los demás, también puedo alterar sus pensamientos, sus emociones, sus deseos.

Volví a pensar en Eva, allí en la puerta, abrazada a Juan como si la vida le fuera en ello. No, era una locura. Tenía que tratarse de una broma pesada.

—Racional hasta el fin, ¿eh? Lo siento, pero me temo que es cierto...

Se quedó callado de repente y se llevó una mano al mentón. Yo cogí el café y eché un largo sorbo. Hacía tiempo que se había enfriado, pero no me importó. Un brillo malicioso asomó a los ojos de Juan.

—Sí, es algo que nunca he intentado, pero contigo puedo hacer una excepción. Verás, cuando manipulo a alguien, este no es consciente de que sus pensamientos están siendo dirigidos en otra dirección. Como hice con mis padres para que se quedaran a vivir en el pueblo, o con Eva para que... bueno, ya lo viste, o contigo para que no le dieses más importancia al asunto de mis padres. Pero creo que puedo hacer que lo sientas, que seas consciente de que estoy alterando tu mente. ¿Quieres probar?

—Claro, seguro —dije, fingiendo más seguridad de la que sentía.

—Muy bien, cierra los ojos.

Hice lo que me pedía, encontrándome totalmente ridículo, pero al mismo tiempo había algo que no marchaba en todo aquello, una punzada de intranquilidad, un hilillo afilado de pánico que lentamente se iba descolgando por mi cabeza.

Y de pronto lo sentí. No estaba sólo. Dentro de mí había alguien más. Sentí su presencia como una forma oscura, poderosa, amenazadora. Sí, estaba allí, y yo era completamente transparente para él: todo cuanto era, mi memoria, mis sueños, mis fantasías, mis deseos más oscuros estaban a su alcance, incluso aquella zona de la que yo mismo no era consciente, la veta de irracionalidad oculta que yo siempre había tratado de ignorar y que jamás había compartido con nadie.

—¡No, fuera! —grité, pero en realidad no dije ninguna palabra.

Sentí que algo hervía dentro de mí. Estaba siendo invadido, violado, y no podía consentirlo. Algo tomó el control de mi mente, algo que no era yo pero al mismo tiempo era tan yo como lo podía ser, y de pronto me vi convertido en una bestia salvaje, rabiosa, defendiendo con uñas y dientes su territorio.

Luego, todo pasó, tan rápido como había llegado. Abrí los ojos y vi a Juan frente a mí, sonriendo. Sin embargo, había una pequeña arruga de preocupación en su frente.

—Curioso —dijo—. Hay una parte de ti que no permitirás que nadie toque, y harás lo que sea para impedirlo. Muy curioso. Dime, ¿me crees ahora?

¿Qué podía decirle? Si él estaba loco yo también lo estaba. Pero si estaba cuerdo, ¿no era acaso peor la alternativa?

—Sí —dije—, te creo -y cada palabra me costó lo indecible.

—Bien.

Tengo un recuerdo nebuloso de las horas que siguieron. Sé que Juan habló y habló y yo escuchaba y escuchaba, incapaz de articular la menor palabra, convertido en una estatua de carne. Me contó cómo había descubierto que podía manipular las mentes: fue una de esas casualidades idiotas, en la cola del supermercado, cuando alguien se le coló. Juan dirigió una oleada de rabia contra la mujer y ésta de repente se deshizo en lágrimas de arrepentimiento y le dejó pasar. A partir de ahí fue como vivir en una borrachera continua, me dijo, no, mejor aún, porque su mente estaba lúcida, clara. Él estaba en la cima, desde lo más alto y lo veía todo de una forma tan diáfana que para nosotros resultaba incomprensible. Empezó a utilizar su poder: pequeños caprichos aquí y allá. Un día recordó a Eva, su antigua obsesión.

—Lo demás ya lo puedes suponer —me dijo.

Creo que asentí con la cabeza y en ese momento sentí como si alguien me hubiera liberado de un hechizo. De nuevo podía moverme, hablar.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté.

—No lo sé. Puedo hacer lo que quiera y es una sensación tan nueva que no sé muy bien qué hacer.

Me fui poco después. Juan me despidió en la puerta, con una última sonrisa. Sin embargo, algo brillaba en sus ojos. No me gustó nada.

No le vi durante bastante tiempo, y en ese período mi vida transcurrió en una imitación no muy buena de la normalidad. Una y otra vez pensaba en Juan, intentaba convencerme de que todo había sido mentira, una farsa, una alucinación, lo que fuera. No podía. Y a medida que iba aceptando que todo había sido verdad, algo más inquietante circulaba por mi cabeza. ¿Qué podía hacer alguien como Juan con un poder así? En realidad lo sabía, ya lo había visto: no había tenido el menor problema en usar a una persona únicamente para su satisfacción personal. En cierto modo siempre había sospechado que, tras la fachada de hombre sensible y melancólico, lo que en realidad se ocultaba era un hedonista que carecía del valor o la fuerza para vivir por su propio placer. Ahora tenía ambas cosas.

Incluso llegué a pensar en tratar de detenerle. No fui más allá de la idea. Al fin y al cabo seguía siendo mi amigo y, qué coño, los amigos no se hacen esas cosas. Además, era una tontería, ¿cómo te acercas con intenciones homicidas a alguien que sabe lo que has decidido hacer antes que tú mismo?

Así que el tiempo fue pasando, como en medio de una pesadilla, y yo imaginaba a Juan saliendo a la calle, escogiendo algo al azar y diciendo: "*lo quiero*" y no importaba lo que fuese, qué tipo de cosa, qué persona, lo tendría.

Al fin, ayer me llamó y me pidió que pasara por su casa. No pensé en negarme, pero cuando subía en el ascensor en dirección a su piso era un amasijo de nervios, un revoltijo de pánico animal. Mi dedo sobre el timbre era como una novia indecisa.

Me abrió y pasé a la sala. Una taza de café me esperaba, justo a la temperatura en que me gusta tomarlo. Lo bebí, pero no lo saboreé lo más mínimo.

—¿Para qué querías verme? -pregunté.

Él sonrió, con tristeza.

—Para despedirme.

—¿Te vas? -pero tenía la impresión de que no era eso.

En efecto, negó con la cabeza.

—No, pero me temo que tú sí.

—Ya.

—Sí, ya. El otro día me preguntaste qué pensaba hacer. Entonces no lo sabía, de veras, no tenía ni idea. Pero después de pensarlo un poco comprendí que no tenía muchas alternativas. Tengo este poder, ¿comprendes? Supongo que lo he tenido siempre y no lo sabía, no importa. Pero lo tengo, y cuando tienes algo no puedes evitar utilizarlo. No puedes volver a meter al genio en la botella. Así que lo usaré.

Blanco Móvil 89

—¿Cómo?

—¿Cómo? ¿No es evidente? Puedo hacer realidad todos y cada uno de mis deseos. Eso es exactamente lo que voy a hacer. Pero hay un problema.

—Yo.

—Sí, tú. Tú sabes lo que soy. Eres la única persona. Los demás ignoran que cuando me dan su dinero o sus cuerpos lo hacen porque yo lo deseo. Tú no. Y hay algo más. Me has sentido dentro de ti, has luchado contra mí y... Bueno, hay una parte de ti que no permitirás jamás que escudriñe o que doblegue y harás lo que sea para impedirlo. Eso te hace peligroso. Lo siento.

Pero no era cierto, lo supe en aquel preciso instante, no lo sentía en absoluto.

—Podrías... —dije, intentando que mi voz no sonara suplicante. No estoy seguro de haberlo conseguido— podrías hacer que lo olvidase.

—Sí, podría. Pero no sería seguro. Fue un error entrar en tu mente y permitir que lo supieras. Manipular a los demás es fácil, ni siquiera saben que están siendo alterados, pero contigo es distinto. Por supuesto, podría funcionar, lo olvidarías, pero estaría ahí, oculto, como un depredador al acecho. Y algo podría hacerlo salir. No, no sería seguro.

—¿Y eso es todo? ¿Me llamas para decirme que vas a matarme porque quizá pueda ser peligroso para ti algún día?

—Exacto. Tengo que pensar en mi supervivencia. Eres mi amigo. Te aprecio. Pero mi vida está antes que la tuya.

—Tu vida. ¿Qué clase de vida, Juan? ¿Qué ocurrirá cuando hayas obtenido lo que deseas, cuando descubras que el mundo está lleno de títeres tuyos, que no hay nadie en quien puedas confiar, nadie...? Dios, va a ser una vida muy solitaria. Cada vez que hagas el amor con alguien será como si te estuvieras masturbando. Cada conversación que mantengas será un monólogo. Cada... Piénsalo.

—Lo he pensado. No puedo hacer otra cosa.

—No. No deseas hacer otra cosa, sé sincero al menos.

—De acuerdo, como quieras. No deseo hacer otra cosa.

Me reí de repente, pero no había la menor alegría en mi risa.

—Creí que te conocía, y lo curioso es que sí, te conocía. Porque lo que haces en el fondo no me sorprende. Sí, sabía que eras así, de alguna forma lo sabía. Ojalá me hubiera equivocado.

Se encogió de hombros.

—Esto ya ha durado demasiado. No será desagradable. Tú mismo buscarás la muerte, y su llegada resultará un alivio. Te debo eso al menos.

Me incorporé.

—¿Puedo irme?

—Sí, mañana o pasado todo habrá terminado. Adiós.

No le respondí y eché a andar hacia la puerta. Me detuve de repente.

—¿Sabes? No es cierto. No me matas porque yo sea un peligro para tu supervivencia. Me matas porque has entrado dentro de mí y has visto...

—¿Qué? —me miraba altanero, divertido, pero algo no cuadraba. Había... sí, había miedo en sus ojos.

—Tú lo sabes tan bien como yo, así que dejémonos de tonterías. Dentro de mí has encontrado algo que te incomoda, algo que en cierto modo sabes que te hace falta y no tendrás nunca y necesitas librarte de ello para seguir adelante.

—Piensa lo que quieras.

—Sí, eso haré. Durante tanto tiempo como pueda.

No dijimos nada más.

Abro los ojos. La calle sigue allí abajo, llamándome, susurrando su canción letal en un arrullo irresistible. ¿Eso es todo? ¿No hay nada más? ¿Un salto y todo habrá terminado?

Pienso en Juan una última vez. Pienso en lo que será el mundo dentro de unos años, lleno de marionetas, con él tirando de sus

hilos. Me pregunto qué sentirá. ¿Se cumplirá mi profecía, se descubrirá de pronto solo en mitad de un mundo vacío en el que él es la única persona? ¿Y qué pensará entonces al descubrir que ha hecho realidad una fantasía solipsista de la que él es el único actor? O quizá no pase eso, quizá sea lo suficientemente mezquino para sentirse satisfecho con tener cuando le rodea; con no tener nada, nada aparte de sí mismo. Tal vez ni siquiera se dé cuenta de que él mismo es otra marioneta más, un títere de sus propios deseos. Quién sabe; en cualquier caso yo no lo veré. Moriré hoy.

Pero no soy una marioneta, me digo a mí mismo, al menos tengo eso. Y luego me doy cuenta de lo irónico de la situación. Si no soy una marioneta, ¿qué hago aquí en esta cornisa, deseando dar un último paso que me llevará al olvido?

Noto algo salado en la comisura de mis labios. Creo que son lágrimas. Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Extiendo el pie. Doy un paso. El siguiente no llega. No llegará jamás.

Septiembre, 1996

Premio Especial en el XVIII concurso de cuentos de Carreño, 1998

Tormenta

José Antonio Cotrina

La lluvia mojaba la arena aquella última tarde de verano. El día se sonrojaba sobre el horizonte. El viento peinaba las descuidadas melenas de las escasas palmeras del paseo. A lo lejos, el mar golpeaba con fuerza el muelle abandonado. El viejo, de pie en la playa, contemplaba la guitarra tirada en la arena. El temporal hacía ondear los faldones de su impermeable negro; el gorro marinero, encasquetado hasta las cejas, amenazaba con volar de un momento a otro.

La lluvia mojaba la arena aquella última noche de verano. El barco de la luna y las nubes se perseguían entre los charcos del cielo. Las palmeras se desvanecían, dejando sus siluetas clavadas en la oscuridad. Mucho más allá del muelle, siguiendo la línea de la costa, brillaba el ojo indeciso del faro. El viejo, de pie todavía, contemplaba aún la guitarra rota. El viento había conseguido arrancarle el sombrero que había acabado volando más allá de su vista.

Los minutos pasaban lentos, pegajosos, entonando el preludio de la tormenta que se gestaba en el vientre de las nubes. La arena se humedecía cada vez más y, agitada por la urgencia de encontrar cobijo ante la tempestad que se avecinaba, se enterraba en sí misma. De la guitarra apenas se veía ya el mástil quebrado y cinco cuerdas rotas que se rizaban hacia arriba; la superviviente daba una nota triste cada vez que el viento la hacía vibrar.

Al viejo la melancolía y la tristeza le partían el alma. Era como la guitarra, aferrándose a una sola nota, a una sola cuerda que no tardaría en romperse. Detrás rugía la mar y a cada embate le llamaba con más fuerza.

Una lluvia fina y leve mojaba la arena antes de la tormenta. El viejo marinero había buscado refugio en un cine abandonado que apenas resistía erguido en el centro de la playa: sólo le quedaba una de las paredes en pie, las otras hacía largo tiempo que se las había tragado el mar. Las letras de neón habían olvidado lo que era brillar.

La noche se rasgó con el suave escozor de las primeras lágrimas, las estrellas se tornaron lejanas y borrosas para luego olvidarse de brillar y languidecer colgadas en un inmenso acuario cuajado de nubes negras.

La tormenta estalló violenta y salvaje, como un exabrupto terrible, frenético. Los relámpagos saltaron del cielo al mar deslizándose por las bifurcaciones ardientes de su aliento eléctrico.

El viento llegó hasta él cargado del aroma del mar, del olor de la sal y la tormenta, del dolor que no augura tiempos mejores porque ya no queda tiempo. Suspirando se acomodó en las escaleras y comenzó a mecerse, sin importarle el crujido de las viejas maderas ni el tétrico ulular del viento entre los des-

vencijados tablones. Anclado en el pasado contemplaba al futuro desvanecerse en la niebla, sin despedirse siquiera.

Las estrellas volvieron a su antigua gloria cuando corrió el velo de lágrimas con su ajada mano. Hilos de plata tejidos en el manto de seda negra de la noche, destellos en la pupila de un Dios ciego, sordo a las plegarias, a los ruegos, a los rezos del viejo...

Sin señal, sin respuesta, siguió atrapado en el rechinar de las tablas del viejo cine, llorando, contando estrellas y relámpagos, suspirando.

Esperando...

En sus últimos días siempre se sentaba allí, cabizbajo, envuelto en su impermeable negro.

¿Qué hace?

Recuerda.

Recuerda. La lucha del hombre contra el titán azul; la vela mayor, llena de viento, empujándole hacia un horizonte que siempre se escapa; la línea de la costa estrechándose hasta desaparecer; el mar, con sus cientos de húmedos dedos, meciendo la barca de madera como un niño juguetón.

La quietud, la marea, el salitre, el orgullo de volver a tierra con las manos llenas, la vida, la muerte...

Hasta que la fuerza le abandonó, como la música abandona el esqueleto de una guitarra rota; hasta que su vista se perdió en la estrecha franja de la costa, hasta que no pudo jugar más al juego de las olas.

Tantos años encerrado en tierra... pero no, aunque esa pena pesaba en su pecho no era eso lo que le devoraba el alma, no era eso lo que había convertido en cenizas su ansia de vivir.

Una mano tendida que no quiso tomar era la culpable de su desgracia.

La lluvia mojaba la arena con su incansable caer, el sentido de las cosas y el sentido de la realidad se iban diluyendo como las formas de la playa.

Una vida dedicado al mar, ¿qué hubiera pasado si se la hubiera dedicado a sí mismo? Pero el mar, el mar... La pena le inflamaba el corazón. Lo que pudo haber sido y no fue. Los recuerdos que más duelen son los que nunca han sucedido. ¿Cuántos sueños muertos al amanecer? ¿Cuántas ilusiones ardiendo? ¿Cuántos deseos en el barro?

Volver al pasado, borrar los errores y comenzar de nuevo. Tan imposible como detener el sol con una mirada.

Llovía y era verano y el cine era nuevo y las luces de neón se reflejaban en el mar agujereado por la lluvia, por una lluvia ardiente, que quemaba por dentro y por fuera.

Llegó por la playa, mirando al mar. Ella estaba de pie en las escaleras, cobijándose del aguacero. A sus pies una maleta.

Se detuvo, miró al mar, suspiró y se acercó a ella; la maleta quedó entre los dos, separándolos. Hablaron poco. Todo estaba dicho.

La elección, ¿verdad?, el bochorno de la tormenta volteaba las gotas calientes.

Verdad... lo siento, sabes que no puedo quedarme aquí, el pueblo se me ha quedado pequeño, si me he quedado estos años ha sido por ti, no quiero hacerte elegir...

¡Sí! ¡Claro que quiero! Vente conmigo, por favor...

La lluvia le mojaba la espalda y encontraba caminos por donde inundar su alma.

Te quiero.

Sal en los labios, la noche, tapada por las nubes, dejó asomar una estrella, una lágrima de luz que se fundió con la oscuridad.

¡Ven conmigo! ¡Deja esto!

El viento y su remolino de basura pasaron rozando sus pies, la mar susurraba promesas que nunca cumpliría. Su barca estaría amarrada al puerto, bamboleándose nerviosa, asustada por la tormenta.

Si fuera tan fácil lo dejaría, pero...

Un relámpago cruzó el cielo.

El mar, el mar ¡siempre el mar! Ha llegado el momento de que elijas: el mar o yo...

Nunca te haré elegir decía la mar, nunca te ataré decía la mar, serás feliz conmigo decía la mar... la duda... el mar estrellado,

sus ojos, la curva de su cabello al caer sobre sus hombros, las olas...

Y tomó su elección. Le dio la espalda y caminó intentando no oír su llanto, intentando no oír a su propio corazón arrojado en la playa, intentando olvidarla a cada paso. Y sesenta años no la habían borrado de su recuerdo. Si... si pudiera volver atrás, cambiar su vida en el instante en que se le escapó de las manos... ¿Qué fue de ella? Quién sabe..., se marchó persiguiendo un sueño y él se quedó en la playa, eternamente despierto, eternamente varado en su soñar sin sueños. Navegando primero, vagando después y siempre atrapado en el recuerdo de su mirada.

Si pudiera volver atrás... deshacer el camino andado y mirar de nuevo en esos ojos y al final no decir el mar sino su nombre...

La lluvia mojaba la playa aquella última noche del anciano, cabizbajo, sentado en un cine polvoriento vio a la Muerte haciéndole señas desde la playa... ¿Había salido del mar como esperaba? La capa negra brillaba como si estuviera mojada, pero la lluvia podía ser la causa.

La Muerte se acercaba, se acercaba sin dar un solo paso.

En ese instante apareció el coche, derrapando en la playa, salpicando arena y espantando a la Muerte con sus potentes faros. Enfiló hacia el anciano marinero y, acelerando como si tuviera prisa en llegar al Infierno, se plantó ante él, a un metro escaso de las escaleras.

El aliento del motor le saltó a la cara mientras contemplaba el coche: un taxi de color amarillo, surcado por franja negras; sobre la capota brillaba una luz esmeralda que no hacía otra cosa que girar y girar.

La puerta se abrió con violencia, desprendiendo costra sucia sobre la arena. Del interior salió una mujer vestida de cuero, tocada su cabeza con una gorra tan negra como las gafas que ocultaban sus ojos.

—¿Ha llamado a un taxi? –su voz era la voz del mar al chocar contra los acantilados, fuerte, recia.

Una mano enfundada en cuero negro se llevó un cigarro húmedo a la boca, inclinó la cabeza a un lado, esperando la respuesta del asombrado anciano; cuando éste dijo que no, se encogió de hombros y escupió por la comisura de los labios.

—Pues ya que estoy aquí no me voy a ir de vacío, venga viejo, suba a mi carroza. Corramos junto a la noche para que no nos encuentre el día.

—Lo siento... –hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie que las palabras le hacían daño al salir de su garganta, hacía tanto tiempo que no hablaba con nadie que no reconoció su propia voz–. Lo siento... pero tengo que aguardar aquí.

—¿Aguardar? ¿A esa desgraciada? —señaló con la cabeza en dirección a la Muerte que les contemplaba a una prudente distancia.

–¿La ves?

–¿Tú no?

–Sí, pero yo...

–Olvídate de ella, ya la encontrarás de nuevo, es testaruda como ella sola y tiene todo el tiempo del mundo para esperar, así que no te preocupes y monta conmigo antes de que la lluvia me borre. Vamos a dar una vuelta por la playa.

—Es que...

La mujer ya había entrado en el coche, había abierto la otra puerta con una rabiosa patada que resonó sobre el estruendo de la tormenta que se vaciaba sobre el mundo. El viejo se levantó, haciendo caso omiso al crujir de sus huesos, la curiosidad se había despertado de nuevo en su interior. Se acercó despacio al coche, dentro la taxista se hurgaba las uñas con un palillo.

Se detuvo ante la puerta abierta. El interior olía a salvajismo y a encierro, la tapicería estaba rasgada y sucia, los sillones al borde del último viaje.

—Bueno, no tenemos toda la noche —le advirtió ella.

Sin pensarlo se sentó junto a la mujer. Cerró la puerta con un vigor del que ya no se

creía capaz. Había dejado de pensar racionalmente, la realidad parecía haberse desmayado en brazos del cuero y aunque no sabía el alcance de lo que ocurría se sentía agradecido: por una vez no pensaba en ella.

Sobre la palanca de cambios se observaba una calavera. La mujer lanzó una carcajada al aire, una estrella fugaz que se apagó cuando el motor se puso en marcha.

El mar, encerrado tras la ventanilla, rugió devorando la tormenta. Trombas de agua unían cielo, tierra y mar cuando el taxi aceleró rasgando la neblinosa cortina de la lluvia y el viento. La noche se hizo más oscura.

La figura embozada, inmóvil sobre el mar, agachó la cabeza y dejó que se la llevara el viento.

El mar era un interminable borrón azul que se escapaba hacia atrás. El dolor de la aceleración le subió por el brazo y se le clavó en el pecho. A medida que el coche aceleraba el tiempo parecía frenarse, se volvía lento, pausado, cargado de humedad, de granizo, lento, más lento, suspiro por latido, minuto por segundo...

La taxista parecía abstraída, de cuando en cuando silbaba entre dientes, reía para sí y alguna que otra vez su rostro se contraía en una expresión tan tensa y seria que llegó a asustarle; veía cosas que él no podía ver pero que llegaba a vislumbrar fugazmente en los cristales negros de la mujer. Todo era tan irreal como la muerte flotando sobre el mar. Intentó distraerse mirando por la ventanilla. Pasaron ante un edificio en la playa que le era conocido: una estructura blanca de dos plantas concurrida por una pequeña multitud que entraba y salía, ajena al taxi que como un espectro amarillo avanzaba por la playa. Le era tan conocido...

Boqueó sorprendido.

—¿Esa es la vieja bolera?

—Será...

—Pero... ¡Pero es imposible! La derribaron hace años...

—Ya te lo he dicho. Vamos a dar una vuelta.

—¿Dónde me lleva?

—Donde querías ir.

Y lo comprendió todo: el tiempo no se estaba frenando, iba hacia atrás. Contempló sus manos y vio como las arrugas se iban borrando. Alzó una mano temblorosa a su rostro y se tocó su mejilla que, poco a poco, perdía su acartonada dureza. Sus huesos, sus músculos, su cerebro... todo su cuerpo se burló del tiempo y comenzó a rejuvenecer. Torrentes de sangre nueva eran bombeadas por un corazón que se fortalecía en cada latido. Las neuronas comenzaron a surgir del humus muerto de su cerebro, cada vez que aparecía una sentía un destello de luz en su mente. El cambio era doloroso, pero no le importaba, era el esfuerzo del marinero para devolver el ancla a cubierta y prepararse para un nuevo viaje. Era un precio justo. El dolor cesó. Los crujidos de su organismo cedieron en un último espasmo que le dejó un momento sin respiración.

La taxista seguía conduciendo y el anciano, que ya no era tal, percibió su olor sobre el olor del coche: olía a deseo y a muerte, olía a vida y a sangre.

Olía a mar.

Miró por la ventanilla, intentando no llorar.

El aire de la noche trazaba figuras de color blanco, nunca había visto el mar así, la tormenta, la tempestad, las sonrisa del cielo... Remolinos de peces voladores volaban en su honor; sirenas majestuosas surgían del agua arrastrando tras de sí su estela de plata; una enorme ballena agitó su impresionante cola hacia él; una orca blanca surgió en el horizonte dibujando su silueta contra la media luna. Un barco fantasma hizo sonar sus sirenas. Un cañón ahogado disparó por él. Una escultura de espuma se formó en el lomo de una ola.

El mar cumple sus promesas.

Y ya no pudo contener las lágrimas.

—¿Quien eres?

La taxista sonrió y le miró sin dejar de conducir. Se contempló reflejado en las gafas oscuras y no se reconoció.

—¿Importa eso?

—No, creo que no...

Una flor de sal se abrió sobre el mar y en ese momento la mujer paró el coche y abrió la puerta del joven.

—Venga, vamos, lárgate ya, te están esperando.

El mar se elevó de su lecho para volver a caer. La playa se llenó de perlas. Las estrellas de mar trazaron una constelación con su nombre.

A lo lejos, las letras de neón anunciaban un cine al aire libre, la película se había suspendido, pero él sabía que todavía quedaba alguien esperando.

—¿Por qué haces esto?

—Porque me aburro en casa, ahora vete antes de que me arrepienta.

Y un arrecife de coral hizo una cabriola, y una inmensa serpiente marina se alzó hasta rozar el cielo y él bajó del coche.

La taxista le apremió con un gesto. Asintió y comenzó a andar, quería decir algo, añadir algo, pero no encontraba palabras.

Ella lo vio caminar hacia las luces, al poco las sombras y la lluvia se arremolinaron a su alrededor y pronto se desvaneció como un sueño de verano.

Sonrió y se quitó las gafas oscuras, las nubes retrocedieron ante sus cuencas vacías, la tormenta dobló su poder y los rayos se perdieron antes de caer al suelo. Sus esqueléticas manos aferraron el volante hecho de sangre seca.

El coche aceleró como si tuviera prisa por llegar al infierno.

Llueve y es verano.

Llueve y es verano y el cine es nuevo y las luces de neón se reflejan en el mar agujereado por la lluvia, esa lluvia pegajosa, como melaza, que te moja por dentro y por fuera, que te quema cuando te toca, por dentro y por fuera.

El viento comienza a hinchar las velas del barco del sol que, a duras penas, intenta navegar en el mar negro que se desangra sobre el mundo.

Las nubes comienzan a deshilacharse, a convertirse en jirones que se abrazan entre sí, desesperados, hambrientos por devorar los pedazos perdidos de su ser. Las sombras de la noche buscan una luz donde descansar al fin.

El joven está sentado en la playa, de cara al mar. Tiene una guitarra en las manos y un puñal clavado en el corazón.

La lluvia deja de caer, el cielo se quita las nubes con una mano mientras con la otra coloca al sol en su sitio.

Al joven no le importa el dolor, sabe que esta vez pasará, sabe que otra vida será suficiente para olvidarla y que quedan muchas canciones por tocar, mucha gente por conocer, muchas miradas por amar.

Sus manos rasgan las cuerdas y una melodía sin sentido se forma en el aire, no está atento a lo que hace, está pensando que tal vez, quizá dentro de muchos años, una tormenta le sorprenda en la playa y que tal vez un taxi amarillo surgirá de la oscuridad y frenará ante él.

Y pase lo que pase, sea falso o no, sea sueño o realidad, siempre elegirá el mar.

La música y la sombra

Alberto Blanco

I

En la rosada noche citadina
una luna palpita con doble luz.

II

Terrenos baldíos,
cañón de oscuridad,
paredes raídas por el eco…

Un rascacielos nos contempla
con la malicia de quien se sabe
dueño de tanto ser y tanto sueño.

III

Hay que volver los ojos a la calle
para entender la forma del desvelo
por más que la distancia menosprecie
la sorprendente oxidación de los colores.

IV

Amor mental, violín del tiempo,
nadie puede tocar este instrumento
si las cuerdas que faltan ya están rotas.

V

Nadie puede ocultar la mano y la ceniza,
las máquinas vaporosas del deseo
florecidas al puro son del tacto
sin ser la flor misma de la codicia
que mirando a los ojos se aferra al cielo.

VI

Pues nosotros mismos construimos
la escenografía de la desgracia y el encanto:

Eran tonos dictados por el viento
al ojo fiel y a la veneración que escucha.

VII

La noche está madura, el sol está cerrado,
y la ciudad se acurruca bajo las nubes.

Entre los vanos inciertos de los edificios
las ventanas son sólo una estela de humo...

En las calles ateridas de este invierno
las sombras se refugian unas en otras.

Y con las sirenas rojizas se disipa
el penúltimo rastro del dolor.

Belice

Leroy "Grandmaster" Young

TIEMPO

La gente se relaciona con el tiempo
de muchas maneras distintas
el juez te sentencia por un tiempo
el historiador
registra el tiempo
los vagos
pierden el tiempo
el músico
marca el tiempo
el estadístico
registra el tiempo
el político
    te tiene viviendo en un tiempo de la chingada
luego el réferi
    grita tiempo
pero de cualquier modo a todos nos dan
la misma cantidad de tiempo
veinticuatro horas al día
ciento sesenta y ocho a la semana
les digo que lo usen sabiamente
Déjenme contarles del tiempo

El tiempo no tiene tiempo de encontrar tiempo
de perder el tiempo de atender el tiempo

Leroy Young nació en la ciudad de Belice y creció en un barrio conocido como Pinks Alley. Asistió a la escuela primaria St. Mary y a la secundaria Junior Secondary 1 High School. Leroy inició su carrera en la poesía como rapero a fines de los años ochenta. Sin embargo, diez años después, Leroy destacó como el poeta músico y el "bardo de la calle" de Belice con videopoemas que se difunden semanalmente por el canal 7 de la televisión local. Esto dio como resultado su primer libro, *Made in Pinks Alley*, que se agotó en semanas, y después el influyente *Generation X* que pronto se va a reimprimir por tercera vez. El Gran Maestro ha viajado a Columbia a actuar y hace poco se unió con artistas plásticos en la ciudad de Guatemala para un recital de poesía. En septiembre del 2002 dio a conocer un videopoema intitulado "Unshakkkled", lo mejor de lo mejor del Gran Maestro. Se puede ver al Gran Maestro todos los días actuando sus poemas en la banqueta de North Front Street en la ciudad de Belice, espacio que él llama su "oficina".

el tiempo no tiene tiempo para el tiempo
La última vez que dependí del tiempo
me quedé fuera de tiempo
acaso hay un tiempo correcto para el tiempo equivocado
o un tiempo equivocado para el tiempo correcto
podría yo estar en el lugar correcto en el tiempo equivocado
o en el lugar equivocado en el tiempo correcto
Cuándo es tu tiempo o mi tiempo
el tiempo de él o el tiempo de ella
este tiempo y aquel tiempo
el tiempo promedio entre los tiempos
buen tiempo, mal tiempo, tiempo feliz o infeliz
el mejor tiempo o el peor
primero segundo y tercer tiempo
hay que tener esto presente
todo esto es pérdida de tiempo, el tiempo es ahora

PRESION

La muchachita acelerada
se fue a Estados Unidos
y dejó al niño con la abuela

Eso es
presión
presión
presión

El muchachito se sale de la escuela
y le da presión a su madre
acaba en la cárcel por asesinato
Mamá ya no aguanta
muere dos semanas después
por tener muy alta la

presión
presión
presión

En la regadera todo enjabonado
el agua ya no cae (sí la pagué)
sólo es que el agua tiene baja la

presión
presión
presión

Alguna gente se maneja mejor bajo presión
otros se derrumban porque no aguantan la presión, presión
Mucho que hacer en poco tiempo es

presión
presión
presión

Madre soltera con cinco hijos
cada uno con distinto padre es

presión
presión
presión

Cuando roban al chino
Pinks Alley recibe la

presión
presión

Navajearon a un turista
yo no estaba por ahí
pero por mí vino la policía

presión
presión
presión

La gente hace cosas raras y culpan a la presión
cometen asesinato y culpan a la presión
se suicidan y culpan a la presión
Policías y soldados trabajan bajo gran presión
sólo pensar en la presión es

presión
presión
presión

ALGO

Nada menos nada da nada
tengo que conseguir algo
En la vida nada es gratis
hay que trabajar por algo
cuando tienes un problema
para encontrar la solución
tienes que intentar algo

Nada menos nada da nada

El otro día le dispararon a dos muchachos
por su bici o algo
cuál fue la razón no puede ser nada
tiene que ser algo
eran muy jóvenes como de veintialgo

Nada menos nada da nada

Me tienes que hacer algo
para que quiera dispararte
matarte por nada
debo estar loco o algo
hay una razón para vivir
no puedes nomás vivir por nada
tienes que vivir por algo
deja de estar sentado sin hacer nada
levántate y ve a hacer algo

Nada menos nada da nada

Tú y tu vecino no hacen líos por nada
no se insultan ni se lastiman por nada
deben hacerse algo
Algunos que te ven quieren algo
no te dicen buenos días
tardes, noches ni cómo estás
luego se enojan cuando no les puedes dar nada

Nada menos nada da nada

Ahora antes de que acabes sin nada
es mejor que te conformes con algo
Si no puedes decir algo bueno de algo
lo mejor es no decir nada

Cuando aconsejas a tu amigo sobre algo
y no te escucha,
entonces no le digas nada
Para empezar algo debes empezar con algo
no puedes empezar algo con nada
y al final asegúrate de lograr algo
si no mejor ni empieces nada

Nada menos nada da nada
Pero el Gran Maestro tiene que conseguir algo

ASESINO EN SERIE

Asesino en serie
me gustaría encontrarte en mi barrio
Asesino en serie
me gustaría que conocieras al Gran Maestro
Asesino en serie
no querrás encontrarte con el suspenso de verdad
no es pretexto la locura temporal
Asesino en serie
para ti no tengo piedad
Asesino en serie
parece que tú y Lucifer son socios
Asesino en serie
queremos tu cabeza en bandeja

Si no es una cosa es otra
podría ser yo, o tú o tu vecino
Asesino en serie
podría ser un absoluto desconocido
Asesino en serie
qué te pasa
no sabes cómo sufren la familia
de la víctima y el público
Asesino en serie
a ti te busco
Asesino en serie
queremos tu cabeza en bandeja
Asesino en serie

la doble personalidad no es pretexto
para que abuses, violes, mutiles y asesines
a nuestra muchachita
Asesino en serie
personalidad del doctor Jekyll y el señor Hyde
no es pretexto para tu grotesca actividad
Asesino en serie
eres humano, has de sentir dolor
Asesino en serie
déjame decirte otra vez
nunca dejes que te encuentre en mi calle
Juan Pueblo
este hombre está mal
qué lo hace vibrar
rápido lo vamos a ejecutar
Asesino en serie
queremos tu cabeza en bandeja
Asesino en serie
a ti te busco

LOCO DE CRAC

loco, loco de crac
caliente como plomo
loco, loco de crac
esta enfermedad se extiende
loco no duerme
no necesita cama
loco no come
no necesita alimento
loco de crac
loco sería ladrón
de la mantequilla de tu pan

Cuidado con lo que dices
cualquier número puede caer
cuidado con lo que haces
la enfermedad del crac se contagia
cuidado cómo apuntas el dedo
podrías ser tú
papá, mamá, hermano o hermana se encuentran al
loco de crac en la esquina
loco, loco de crac
loco, el muerto caminante
lo sé porque lo siento
un loco haría lo que fuera por un jalón
ya fuera de pipa o de primera
loco de crac siempre te agarra te deja
por cinco o diez centavos
el loco comete horrendo crimen

Loco, loco de crac
loco el muerto caminante
ay, qué lástima
que no hay loco a quien culpar
el loco de crac ve el horror
cuando mira en el espejo
el loco no sabe si quiere despertar mañana
dependencia química
como le dice la alta sociedad
pero el crac criollo del Señor que
le quebró la cabeza aterra la calle

Traducción: Mónica Mansour

Fragmento de la novela

Sendero negro

Alvaro Hernandez*

Hay cosas que no debieran saberse nunca, o tal vez sí, pero con la condición de olvidarlas pronto, como se olvidan los sueños y las palabras apenas se han pronunciado. Aquella madrugada lo supe al escuchar por la bocina del teléfono la voz de Duarte.

La llamada había entrado pasada la media noche y como siempre, fue necesario que el timbre sonara tres o cuatro veces antes de que me decidiera a contestar. Pilar ni siquiera se movió. Eran frecuentes en ella esos largos periodos de descanso en los que daba la impresión de encontrarse en un estado cataléptico en el que nada podía perturbarla. A mí me gustaba verla así, tendida sobre la cama, exánime y frágil como una exquisita figura de porcelana. Llevábamos seis años viviendo juntos, el tiempo justo en que una pareja puede nombrarse como tal sin que asomen a los labios visos de monotonía y costumbre. Además estaba lo del bebé. Nos sentíamos, por fin, como dos adultos. La paternidad recién adquirida nos sentaba bastante bien.

Cuando alcancé el teléfono al otro extremo de la habitación pude escuchar a través del auricular un efusivo carraspeo que me pareció familiar.

—¿Almazán? —preguntaron al otro lado de la línea en un tono que a todas luces era de excesiva cautela.

No me costó trabajo reconocer a mi interlocutor; con el tiempo uno aprende a distinguir, por un peculiar rasgo de la costumbre, las fórmulas con que se identifica a los viejos amigos. Además, la voz de Duarte seguía siendo la misma.

—Soy yo —contesté.

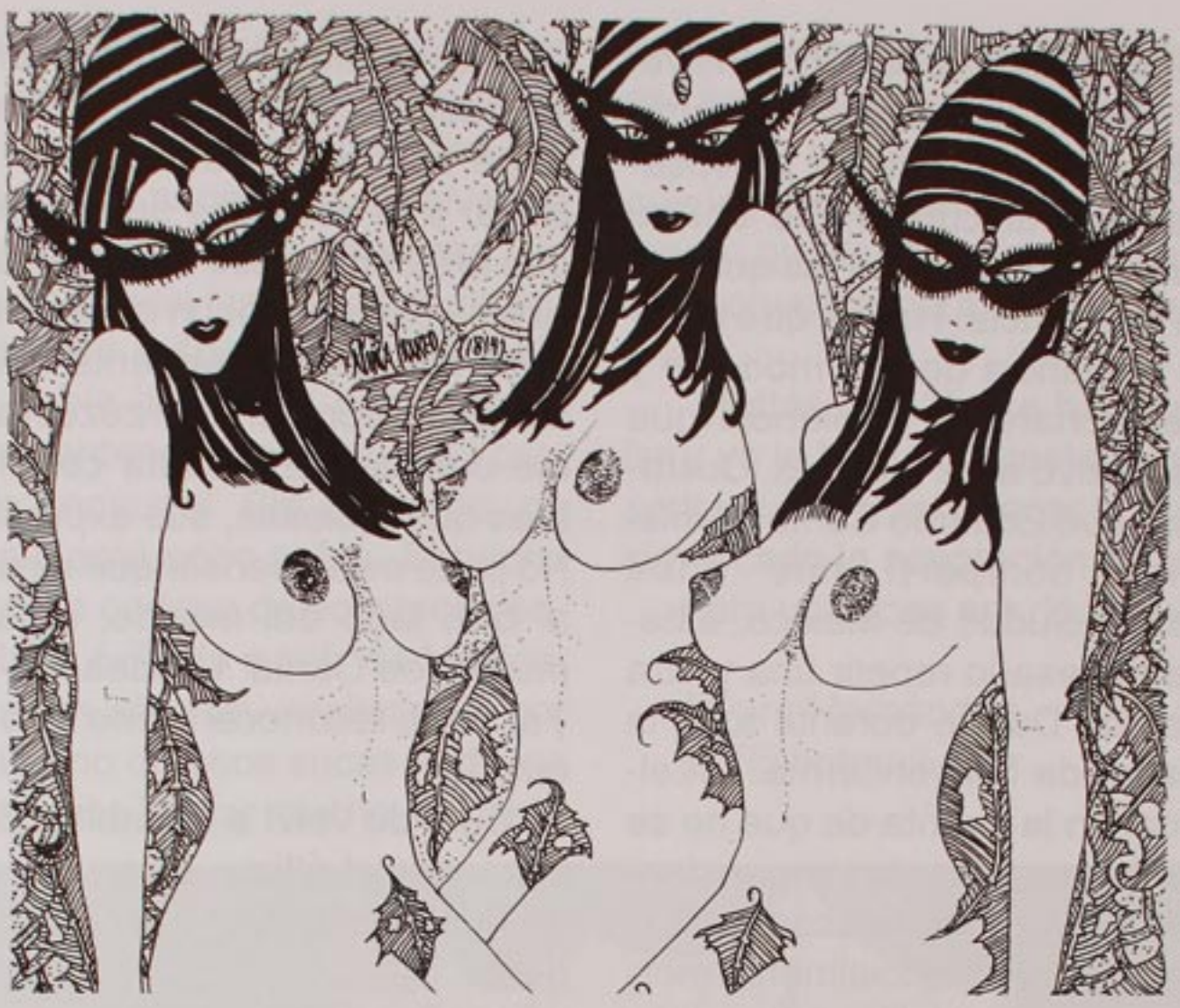
—No tengo mucho tiempo para charlar —me dijo después de que intercambiamos un breve saludo—. Desearía haberte llamado en otras circunstancias, pero pensé que querrías enterarte.

Duarte hablaba como si sus palabras hubieran sido cuidadosamente escogidas. Imaginé que tendrían que tratarse de malas noticias, al menos lo suficientes como para tomarse la molestia de investigar mi número y romper con su llamada un silencio que había durado poco más de diez años.

—Han matado a Cantú —me soltó de inmediato, como si la noticia fuera una brasa ardiente entre sus manos—. Sucedió ayer en la noche, a la salida de un club.

El silencio que nos rodeó debió perturbarlo. Tal vez pensó que había errado el modo

* Nació en 1976 en la ciudad de Puebla. Desde 1995 ha sido miembro de diversos talleres literarios y ha publicado en revistas, suplementos culturales y diarios de circulación local. Obtuvo mención honorífica en el Concurso Universitario de Cuento *"30 años y contando"* de la UNAM en 1998 y en el Concurso de la Revista Punto de Partida del mismo año. Fue becario estatal del FONCA en la categoría de jóvenes creadores en el periodo 1999-2000. Cuenta con un libro de cuentos inédito en su haber y actualmente trabaja —en el taller de Daniel Sada— en la confección de su primera novela.



de comunicarme la noticia y comenzaba a recriminárselo.

—No creas que estamos esperando que tomes el primer avión para México —adelantó a manera de disculpa—. Es sólo que pensamos que te gustaría ser el primero en saberlo.

Duarte hablaba en plural. Ése fue un puntillosos detalle que no pude pasar inadvertido. Tampoco pasé por alto el nerviosismo que me provocó la alusión a un tercer implicado. El dato me desconcertó pues tiempo atrás le había hecho prometer a Duarte que bajo ninguna circunstancia deseaba tener referencias suyas. "No quiero saber nada de ella, Joaquín" le había dicho claramente el día que nos despedimos, antes de abordar el avión. Pero claro, habían pasado muchos años y a la distancia uno tiende a olvidar los juramentos, incluso los que se han hecho a los mejores amigos.

El recuerdo de la mujer o más bien, el presentimiento de su recuerdo, ensombreció por algunos instantes la consternación inicial que me había suscitado la muerte de Cantú.

—¿Y cómo está? —fue la pregunta que contra toda sensatez se deslizó por mis labios y con la cual declaraba inválido el pacto signado con Duarte en la sala de un aeropuerto poco más de una década atrás.

Duarte esperó algunos segundos como si no comprendiera el sentido de mi cuestionamiento o como si estuviera calculando el peso que debía otorgar a cada una de sus palabras.

—Lo ha tomado bien —me dijo—. No tienes por qué preocuparte.

Nos despedimos con una familiaridad mal impostada, que nos dejó bien en claro que la amistad llegamos a compartir un día, ya no era más la misma. Luego colgamos.

Recuerdo que esa noche salí a la terraza a fumar un cigarro. El verano madrileño comenzaba a resultar insoportable y pensé que un poco de brisa nocturna ayudaría a controlar mis pensamientos, o lo que es igual, a pasar rigurosa lista de las emociones que a partir de la llamada de Duarte comenzaban a materializarse.

Traté de recuperar la fisonomía de Eduardo Cantú tal como yo la recordaba. Las líneas de su rostro, exageradamente marcadas para alguien de su edad, contribuían a acentuar el aspecto de hombre maduro y experimentado con el cual acostumbraba impresionar a los extraños. Su

boca, aparentemente pequeña e inofensiva, estaba dotada de una capacidad extraordinaria para elaborar —a la menor provocación— encantadores discursos. De ahí su éxito en las reuniones sociales a las que era convocado con frecuencia. Habría que agregar además la elegancia de sus modales y ese aire de desfachatez e insolencia que suele resultar atractivo a las mujeres. Costaba trabajo pensar que Eduardo Cantú, el mismo con quien compartí mis años universitarios en la ciudad de México, estaba muerto. Fue necesario repetir una y otra vez las palabras de Duarte durante toda la noche para acabar de convencerme. En algún momento caí en la cuenta de que no se me había ocurrido preguntar las circunstancias de su fallecimiento. Me desconcertó el hecho de que un detalle potencialmente morboso —el de una muerte deliberada según creí haber entendido— no consiguiera despertar mi interés. Los pormenores de su deceso, incluso después de haberlo cavilado, seguían sin importarme. No era gran cosa que se hubiera tratado de un homicidio. Mi vida al otro lado del mundo no se alteraba. En unas horas el sol comenzaría a insinuarse, y junto con él la obligación de repetir los gestos que cotidianamente nos separan y nos hacen olvidar el pasado.

A mis espaldas, Pilar descansaba ignorante de lo que en otras latitudes debía de significar una tragedia. Especulé lo que sería de ella si algún día me llegara a pasar algo. Me pregunté si alguien se tomaría la molestia de acompañarla en los peores momentos; y qué pasaría si ese alguien quisiera aprovecharse de las circunstancias. ¿Cuánto tardaría ella en dejarse tomar nuevamente de la mano? ¿Cuánto en corresponder a la caricia que no perdería ocasión para deslizarse furtiva, como por accidente? Pensé también en el bebé que a esas horas debía estar inmerso en un sueño profundo ¿Me olvidaría también fácilmente?

Aquella noche imaginé a la muerte merodeando a mi familia, recorriendo las habitaciones, esparciendo su perfume lúgubre por los pasillos ¿Y si la muerte fuera para ellos? Supe casi de inmediato que no podría soportar a la ausencia de mis seres queridos, que era demasiado débil como para sobrevivir a su partida. Por un instante me vi sin mujer y sin hijo, completamente solo, sin alguien con quien compartir mi zozobra. La gente que me conoce sería cauta conmigo, sus palabras obsequiosas, sus expresiones neutras. No pude evitar pensar que a esa misma hora, al otro lado del mundo, alguien lloraba la muerte de Cantú. La idea me causó lástima y sí, debo reconocerlo, me hizo sentir un poco culpable.

Cuando volví a la habitación después de consumir el último cigarro que conservaba en la cajetilla, Pilar me recibió con una pregunta.

—¿Era algo importante? —inquirió somnolienta sin despegar la cabeza de la almohada.

—Ha muerto Cantú —le dije—. Llamaron para avisarme.

Pilar permaneció callada durante algunos segundos que aproveché para apagar la luz e introducirme de nueva cuenta entre las sábanas. Luego, como si de un momento a otro hubiera recordado quién era Cantú y las circunstancias bajo las cuales nos habíamos separado, se incorporó de inmediato.

—¿Está todo bien? —preguntó mientras se tallaba los ojos.

—Eso creo —contesté—. Mañana te cuento.

Pude notar que Pilar reprimió las ganas de formular nuevos cuestionamientos. Mi indiferencia debió haberle causado mala impresión o por lo menos debió haber despertado sus sospechas. Es casi seguro que en ese momento sospesó la posibilidad de encender la luz y preparar un poco de café como hacía siempre que quería conversar. La conocía demasiado. Pilar no era la clase de mujer que solía conformarse con las explicaciones primeras, para ella había siempre un porqué, una razón oculta que

esperabas ser revelada. Esa obsesión por conocer todo, incluso los detalles que otros consideraban insignificantes o de poca importancia, le permitía acceder a un nivel de conocimiento profundo de las personas. En los años que llevábamos juntos había aprendido a lidiar con ese rasgo de su personalidad e incluso había llegado a considerarlo necesario para mantener intacto nuestro preciado equilibrio conyugal. Sin embargo, de mi relación con Cantú poco sabía. El hecho formaba parte de la cadena de acontecimientos que me habían orillado a salir de México; se remontaba a mis años universitarios, y por tanto, constituía uno de esos sucesos de los que no acostumbraba hablar mucho. Lo cierto es que pese a su insaciable curiosidad, para ella seguía tratándose un episodio oscuro del cual sólo conocía algunos fragmentos, aunque los suficientes, supongo, como para entender que lo mejor era no hacer preguntas, o reservarlas para un momento más apropiado.

"¿Estás bien?", me había preguntado Pilar y yo le había contestado que sí, sin pensarlo, como si reconocer lo contrario hubiera significado la aceptación de un fracaso.

Pero una cosa era decirlo y otra admitirlo.

Alvaro Hernández
jahf@hotmail.com

Fragmento de la novela

Persiguiendo una sombra

Jaime Mesa*

"Entre los hombres y las mujeres no hay amistad posible. Hay pasión, enemistad, adoración, amor, pero nunca amistad."
Oscar Wilde

La soledad es una forma de dolor profundo. Aún soy capaz de oír la voz de Bernardo Silva contándome los hechos.

He procurado rellenar los huecos de su historia. Creo que es manía de las personas, cuando no fueron testigos directos, ordenar el escombro.

Voy a iniciar desde aquella noche en que Bernardo Silva debió sentirse más frágil que nunca.

No se atrevió a revisar las heridas de su rostro en el reflejo de la ventanilla del auto. Supo por el palpitar de las punzadas el lugar y el tamaño de cada una de ellas.

Necesitaba formular ideas, armar el plan de escape, pero los golpes y el temor infundido por Bruno Orlandi acabaron con su valentía.

El fulgor de la luna permitía observar la disposición de las piedras y las hileras interminables de vegetación seca. Bernardo distinguió árboles cuyas puntas parecían lanzas quebradas.

¿Qué está sucediendo? La frase que tantas veces lo asaltó en la ciudad cobró un sentido diferente. Cuando Bernardo la repitió en silencio llegó la imagen de Orlandi. Las respuestas dependían de su captor. Bernardo se recriminó haber perseguido a Beatriz. Deseó explicarle a Bruno que se trataba de un juego. Quiso salir del vehículo para buscarlo y decírselo. Cuando se dio cuenta de la imposibilidad de reivindicar sus acciones, se reprochó en silencio aquel acto persecutorio que alguna vez consideró importante. Sentado en la camioneta, los días anteriores le supieron amargos. No encontró la justificación de haberlo hecho.

El chofer de Bruno, Álvaro Orea, abrió la puerta y tomó de una mano a Bernardo. Sin esperar a que tuviera una posición firme, lo jaló para sacarlo de la camioneta. El chofer no tenía la pistola a la vista. La fuerza que demostraba en sus brazos le hizo disipar a Bernardo la idea de huir. De todas maneras no sabía dónde se encontraba.

Comenzaron a caminar. Bernardo aún conservaba los brazos alrededor de su torso

* Jaime Mesa nació en 1977 en la ciudad de Puebla. Ha sido becario del Fonca estatal en las categorías de cuento y novela. Ha sido coordinador de talleres literarios y ahora dirige uno de novela en la Sogem-Puebla. Tiene publicado el libro de cuentos *(re)Colección* (Secretaría de Cultura, 2001), y es colaborador de la revista *Crítica*. Actualmente escribe su segunda novela en un taller con Daniel Sada.

y procuraba esconder las manos. Habían caminado unos cuantos metros cuando Orlandi salió de la oscuridad y se detuvieron. Sonrió. Bernardo advirtió el rifle que colgaba de un hombro y la pistola en una mano. El chofer sacó de su chamarra otra arma y la preparó con un movimiento ágil.

—Con este frío, las costillas te deben estar doliendo por los golpes —comentó Orlandi.

Álvaro Orea dejó oír una leve risa. Regresó al silencio. Intentaba mostrarse solemne en esa situación. Bruno miró a Bernardo y le dijo:

—Siempre le dije a Beatriz que eras un cobarde. Te convertiste en una carga pesada, te lo digo. Nada que hayas hecho antes será más real, Bernardo Silva.

Orlandi se descolgó el rifle del hombro y procedió lentamente, con una paciencia casi ridícula. Explicó a Bernardo el funcionamiento del arma. Puso algunos cartuchos, verificó la mirilla, desplazó el rifle hacia delante y lo colocó en la posición para disparar.

Bernardo despegó los brazos del cuerpo. Debía prepararse para lo siguiente.

—¿Ya entendiste cómo funciona? —le preguntó a Bernardo—. Las manos siempre abajo.

La caminata los dejó frente a una serie de matorrales crecidos en el lomo de un monte de tierra. Parecía un escondite perfecto. Bernardo hubiera sido capaz de meterse entre los matorrales y esperar hasta que sus captores se fueran, pero era demasiado tarde.

Bernardo se tiró al suelo apurado por las órdenes del chofer, observó a Orlandi preparando el rifle. Con los dedos revisaba la mira telescópica y la movía con cuidado. El chofer permaneció de pie. La luna funcionó como linterna y Bernardo no dejaba de mirar la escena del hombre con el rifle.

A la derecha, a unos treinta metros, Bernardo Silva distinguió varias voces aún disminuidas. Orlandi dirigió el rifle hacia el murmullo y observó a través de la mira.

Se trataba de seis personas. La mira telescópica desvaneció la oscuridad. Bernardo

sintió los labios secos, se pasó la lengua un par de veces por ellos. La garganta se adelgazó.

—Dispara. Quiero una pieza de ese montón de ilegales.

Ante el silencio de Bernardo, el chofer lo golpeó en la nuca sin mucha fuerza, de manera firme. Orlandi le dio el rifle, luego sacó su pistola y le apuntó.

—Tú decides quién muere.

Fue el miedo al dolor, no a la muerte, lo que lo llevó a levantar el arma y buscar con la mira los cuerpos. El dedo índice estaba cerca del gatillo, lo sintió helado. Ya no escuchaba lo que Orlandi o el chofer le decían. Percibía en la espalda la proximidad de un golpe.

Bernardo Silva respiró profundo y le apuntó a una mujer obesa que cargaba un niño. Los brazos le ardieron por el esfuerzo de sostener el arma y de pronto empezó: los vellos sobre su piel se erizaron. El dolor en sus manos y en todo el cuerpo se transformó en una úlcera dentro de la carne. Surgió la necesidad de callar la angustia de las últimas horas. Así es como nace el deseo de matar. Es el dolor saliendo del cuerpo. Fue el dedo índice, un dedo apretando el gatillo y el golpe tremendo que le dio el rifle en el rostro. Alguien gritaba, los gritos eran agudos. Oyó a Orlandi maldecir a un lado. No hubo más golpes. De nueva cuenta puso la mira en su ojo y vio que un hombre estaba en el suelo y se apretaba con una mano el hombro izquierdo. Bernardo sintió un leve cosquilleo. Los oídos le retumbaban. Sus manos estaban relajadas contra el arma caliente. Pensó en disparar por segunda vez. Volvió a centrar a la mujer y no falló. A través del lente la vio caer y tirar al niño a un lado. Bernardo notó que era muy fácil hacerlo. Las detonaciones secas se le quedaron en el oído y sintió la nariz tapada por el olor a pólvora, se dejó llevar por el placer que navegaba en cada centímetro de su piel. Quiso dispararle a alguien más. Imaginó lo que una bala haría en dimensiones más pequeñas. Incluso previó un despedazamiento total. Un escalofrío caminó a través de su espalda. No pudo detenerse. Tuvo la impresión de que su cuerpo era sólo una barrera de carne, detrás de la cual se escondió.

Bernardo observó la escena, encontró los dos cuerpos en el suelo. Ya no buscó a los demás hombres, que tal vez estarían corriendo en busca de un escondite. Buscó el cuerpecillo del niño.

El arma se le había pegado en las manos y cada segundo le decía que algo faltaba. Cada segundo significó la ausencia de otro disparo. Apretó el gatillo una vez más y la bala huyó horizontalmente sólo para perderse en la oscuridad. Bernardo puso otra bala en la recámara y se pellizcó la mano debido al torpe movimiento ejecutado. Comenzó a sangrar. Completó la recarga y disparó. Después de fallar, recargó el rifle, ahora de una forma lenta, y buscó con cuidado los restos de vida sobre la tierra. Descartó al hombre que se arrastraba e insistió en la figura infantil. La encontró. No le importó la precisión. Sencillamente apuntó en medio del torso y apretó el gatillo. Después del disparo no se oyó nada.

El tiempo comenzó a moverse cuando Orlandi le arrebató el arma vacía.

Álvaro Orea miraba a su jefe tratando de leer sus gestos. Quiso levantarse e ir hasta el lugar de la matanza. Orlandi trataba de meter algunas balas a la recámara, los dedos ya no fueron precisos. El chofer se incorporó y fue a revisar los cuerpos. El cuerpo del niño contra la tierra le hizo cerrar los ojos. Aún estaba vivo. Tenía la pierna destrozada y un charco de sangre mojaba su pantalón, lo entibiaba. La bala le entró por la rodilla. A su lado, la mujer estaba muerta. El chofer buscó el lugar de la herida y no logró ubicarla. Al final vio al hombre, arrinconado, inmóvil. El chofer se acercó con la pistola en la mano y sin más le disparó a la cabeza.

Bernardo sintió el frío del desierto. Vio al chofer y a Orlandi que luchaba con una bala que se le caía al suelo. Bernardo Silva no pudo hablar. Deseaba contarle a alguien lo

sentido. Comprendió que lo magnífico respondía a la pasividad de apretar el gatillo, no fue necesario ejercer demasiada fuerza. El golpeteo que le seguía al disparo tampoco era doloroso. A cambio algo se ejecutaba muchos metros adelante.

—Los tres murieron —dijo el chofer, aún con la pistola caliente metida en el pantalón.

Orlandi no respondió. Levantó la cabeza como si buscara ayuda. Aún no podía recargar el rifle. Se sintió inútil. Por un instante sonrió para llamar la atención de Álvaro. El temple que lo acompañó en las cacerías ya no estaba. Bruno quedó sorprendido con la actitud resuelta de Bernardo. Esperaba verlo soltar el arma, llorar aterrorizado echado sobre la tierra pidiendo perdón. Enfrentarse a esa actitud nueva que jamás pensó hallar en el amigo de Beatriz fue una devastación total de su plan tan estudiado. Por primera vez tuvo miedo. Ni siquiera la idea de dispararle a su presa lo animó. Al matar a esa gente, Bernardo se vistió con una coraza y salvó su vida.

El chofer prefirió levantar a Bernardo del suelo y comenzar a golpearlo. Con el primer puñetazo se fue al suelo.

Orlandi logró levantarse después de tirar el puñado de balas. Puso el rifle a un lado y sacó la pistola. Bernardo parecía no hacerle caso, aún estaba tirado y se quejaba de los golpes. La nariz le sangraba.

El chofer se alejó unos metros de Orlandi. Si no fuera porque conocía a Bruno desde hace tiempo, hubiera pensado que el hombre estaba llorando.

el
parnaso
de coyoacan

libros discos arte café

El Libro que Busca
lo Tenemos o
se lo Conseguimos

Carrillo Puerto #2
en el Zócalo de Coyoacán,
en la Ciudad de México
Tel. 5658 3195, Fax 5659 5696
parnaso@mail.internet.com.mx

Los dibujos de este número son de

Niña Yhared (1814)

Se ha desarrollado en diversas ramas de la creación artística, como escritura de cuento y poesía, dibujo y pintura y, también, en el campo del *performance*.

Sus cuentos y dibujos han sido publicados en periódicos como unomásuno, *La Jornada* y *Milenio Diario*, así como en las revistas *Generación*, *Imprenta, Desnudarse, Amor y Sexo y Play Boy*.Entre sus exposiciones individuales destacan *Hadas de mar* (Casa de la Cultura de Juchitán, Oaxaca, 1999), *Lubricidad* (Circo Volador, México, D.F., 2000), *Magia etérea* (Casa de la Cultura, Morelia, Michoacán, 2000), y *Veinte dibujos de Niña Yhared (1814)*, en el Centro Cultural "Tecomate Cuatolco" (Tenango del Aire, Estado de México, julio-septiembre, 2002).

BLANCO MÓVIL
Director: Eduardo Mosches

CONSEJO EDITORIAL

Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Christopher Domínguez
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Ángeles Godínez
Samuel Gordon
Mayra Inzunza
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Una Pérez Ruiz
Raúl Renán
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Bernardo Ruiz
Guillermo Samperio
Esther Seligson
Daniel Sada
Felipe Vázquez

CORRESPONSALES

Arturo Carrera (Argentina)
Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Enrique Noriega (Guatemala)
Rafael Rivera (Honduras)
Marcela London (Israel)
Edwin Silva (Nicaragua)
Eduardo Chirinos (Perú)
Eduardo Espina (Uruguay)

Relaciones Públicas: Patricia Jacobs
Impresión: Impakra (56-70-39-40), México, D.F.
Ilustraciones: Niña Yhared
Diseño de la portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Marco A. Salazar

BLANCO MÓVIL

Momoluco 64, Pedregal de Santo Domingo,
Coyoacán, C.P. 04369, México, D.F.
Teléfono y fax: (55) 56-10-92-99
e-mail: eduardomosches@yahoo.com
www.blancomovil.com

Índice

Los primeros pasos
Eduardos Mosches

Literatura española de ciencia ficción

La ciencia ficción española contemporánea
Julián Diez
El obrador
Eduardo Vaquerizo
El coleccionista
Víctor Conde
Escurzón
José Miguel Pallarés
Ritos
Elia Barceló
Piensa lo que quieras
Rodolfo Martínez
Tormenta
José Antonio Cotrina

Inéditos de poetas

La música y la sombra
Alberto Blanco

Poetas de otras lenguas

Belice
Leroy Young

Ventana literaria de Puebla

Sendero negro
Alvaro Hernández
Persiguiendo una sombra
Jaime Mesa

Conversando sobre Tito Monterroso

Bárbara Jacobs

Elena Poniatowska

Juan Villoro

Enrique Vila Matas

Otto Raúl González

Margo Glantz

Juan Cruz

"Esta revista se realiza gracias al apoyo otorgado por la Convocatoria "Edmundo Valadés" de Apoyo a la Edición de Revistas Independientes 2002 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes".

CONACULTA · FONCA

PROGRAMA DE INTERCAMBIO DE RESIDENCIAS ARTÍSTICAS

Convocatoria
para Residencias Artísticas 2003-2004

Con la finalidad de ofrecer a los artistas un espacio para desarrollar un proyecto específico en otro país durante un periodo establecido; propiciar el enriquecimiento de su obra mediante el encuentro con artistas de su misma disciplina en otros ámbitos; observar el desarrollo profesional del campo de su interés en otros países; y buscar oportunidades para su desarrollo posterior, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa de Intercambio de Residencias Artísticas, convoca a artistas individuales en las disciplinas:

• Artes Visuales • Danza • Letras • Medios Audiovisuales • Música • Teatro

a realizar una residencia en alguno de los siguientes países:

• Canadá • Colombia • Estados Unidos • Francia • Venezuela

El FONCA y las instituciones convocantes se responsabilizarán de programar y cubrir directamente los gastos correspondientes de transporte aéreo internacional, seguro contra accidentes y gastos médicos mayores, hospedaje, alimentación, transporte local, materiales y otros gastos vinculados con el desarrollo de los proyectos de los artistas seleccionados.

La evaluación de las solicitudes y la selección de los candidatos quedan a cargo de un Jurado nacional integrado por una comisión de especialistas del FONCA y, en su caso, por sus homólogos de otros países.

Los resultados serán publicados en los principales diarios de circulación nacional. Las fechas de publicación varían de acuerdo a cada país.

Las fechas límites de presentación de solicitudes y documentación varían de acuerdo a cada país. El horario de recepción de solicitudes será de 10:00 a 14:30 horas en días hábiles. En ningún caso serán tomadas en cuenta las solicitudes que sean recibidas en las oficinas del FONCA después de estas fechas, o que no cuenten en estas fechas con la documentación completa y los anexos requeridos.

Los interesados deberán acudir a las oficinas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes para obtener las bases de participación y el formulario de solicitud.

Programa de Intercambio de Residencias Artísticas
Tel. 55-25-38-62

Los creadores residentes fuera del Distrito Federal podrán solicitar las bases de participación y el formulario de solicitud por correo ordinario, enviando un sobre tamaño carta con su nombre, dirección y estampillas postales. También se podrán solicitar estos documentos por correo electrónico a: pira@correo.conaculta.gob.mx, u obtenerlos a través de la página electrónica del Conaculta: www.conaculta.gob.mx/cnca/fonca.

	Número de residencias	Fecha de cierre	Publicación de resultados
México – Canadá (Centro Banff para las Artes) Pláticas informativas en abril. Llamar por teléfono para mayores informes.	20	6 de junio	Septiembre
México – Québec (CALQ)	4	25 de julio	Octubre
México – Colombia (Ministerio de Cultura de Colombia)	5	27 de junio	Noviembre
México – Venezuela (Consejo Nacional de Cultura de Venezuela)	3	27 de junio	Noviembre
México – Nueva York (SOGEM – Writers Room)	3	15 de agosto	Noviembre
Mexico – Nueva York International Studio Program (Mex Am Foundation – Instituto de Cultura de Nueva York)	3	15 de agosto	Noviembre
México – Paris (Cité Internationale des Arts)	2 Una para 2003 y una para 2004	23 de mayo para 2003 y 29 de agosto para 2004	Junio 2003 y noviembre 2003

Ciudad de México, a 16 de marzo de 2003

ESCRITORES EN LENGUAS INDÍGENAS

Con el propósito de impulsar la creación literaria en las lenguas indígenas mexicanas y fomentar el desarrollo de formas literarias propias, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, con el apoyo del Instituto Nacional Indigenista y la Dirección General de Culturas Populares, del CONACULTA, ofrece hasta 16 becas para los escritores en lenguas indígenas de México en los siguientes géneros:

- Crónica
- Cuento
- Novela
- Guión radiofónico
- Relato histórico
- Poesía
- Teatro

Los interesados deberán recoger la solicitud de ingreso y las Bases Generales de Participación en la dirección abajo citada, o acudir directamente a los Consejos, Institutos o Secretarías de Cultura en su entidad:

Dirección de Apoyo al Desarrollo Artístico
Teléfonos: 5514 7243 y 5514 9930

Podrá pedirse el envío por correo ordinario de la solicitud de ingreso y las Bases Generales de Participación. Para ello será necesario remitir al domicilio citado un sobre tamaño carta rotulado con el nombre del interesado, su dirección, teléfono y los timbres postales.

También se podrán requerir estos documentos por correo electrónico a: mgascon@correo.conaculta.gob.mx, amunoz@correo.conaculta.gob.mx, o a través de la página electrónica del Conaculta: www.conaculta.gob.mx/cnca/fonca/

Ciudad de México, a 16 de marzo de 2003

PROGRAMA DE APOYO PARA ESTUDIOS EN EL EXTRANJERO

PRIMER PERIODO DE SELECCIÓN 2003

El Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA), a través del Programa de Apoyo para Estudios en el Extranjero, convoca a estudiantes, creadores artísticos e investigadores del arte y la cultura que pretendan llevar a cabo estudios de posgrado (maestrías, doctorados o especialización) o cursos de perfeccionamiento (diplomados, talleres o seminarios) en escuelas, universidades e institutos de reconocido prestigio en el extranjero, a presentar una solicitud en cualesquiera de las siguientes disciplinas artísticas:

- Artes Visuales
- Arquitectura*
- Danza
- Diseño Textil
- Diseño de Vestuario
- Gestión Cultural**
- Letras
- Medios Audiovisuales
- Música
- Teatro

Sólo para: Conservación y restauración de bienes culturales, diseño arquitectónico, arquitectura del paisaje, o bien rescate, investigación o conformación de archivos.
***Dirigida a profesionistas en gestoría, promotoría o administración de las artes y la cultura.*

Los interesados en obtener las Bases Generales de Participación y Solicitud del Programa deberán acudir a las oficinas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en la Coordinación del Programa de Apoyo para Estudios en el Extranjero, de lunes a viernes, en horario de 10:00 a 14:30 hrs.

Los interesados que vivan fuera del Distrito Federal podrán solicitar el formulario por fax al número 55 14 81 14 u obtenerlo a través de la página electrónica del CONACULTA: www.conaculta.gob.mx/cnca/fonca/.

Los interesados podrán registrar su solicitud a partir del 2 de mayo y hasta el 13 de junio de 2003, de 10:00 a 14:30 hrs.

Los resultados se darán a conocer en los diarios de mayor circulación nacional el 17 de agosto de 2003.

Programa de Apoyo para Estudios en el Extranjero
Tel. (01 55) 55 14 73 95, Fax (01 55) 55 14 81 14

Ciudad de México, a 16 de marzo de 2003.

Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
Hamburgo No. 115
Col. Juárez, C.P. 06600 México, D.F.
Insurgentes

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

El Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa Cultural Tierra Adentro, y la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca convocan al

Premio Nacional de Ensayo Joven

José Vasconcelos 2003

Bases

1. Podrán participar las escritoras y los escritores mexicanos por nacimiento que residan en el país, de hasta treinta y cinco años al cierre de la convocatoria, que envíen un volumen de ensayo literario inédito, en español, con tema y forma libres, con una extensión mínima de 60 (sesenta) cuartillas y una máxima de 100 (cien).

2. Los trabajos deberán presentarse por cuadruplicado, escritos a máquina o computadora a doble espacio, en papel tamaño carta y por una sola cara.

3. Las y los concursantes deberán participar con seudónimo. Adjunto al trabajo, en un sobre cerrado e identificado con el mismo seudónimo, deberán enviar su nombre, domicilio, número telefónico y, de contar con ellos, número de fax y dirección de correo electrónico, así como copia fotostática del acta de nacimiento y una ficha curricular. Estas plicas de identificación serán depositadas por la comisión organizadora en una notaría pública de la ciudad de Oaxaca.

4. Los trabajos deberán ser enviados a:

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca
Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos
Ex Hacienda Cinco Señores, Ciudad Universitaria
C.P. 68120, Oaxaca, Oaxaca.

La fecha límite de recepción es el viernes 15 de agosto de 2003.

5. En el caso de los trabajos remitidos por correo, se aceptarán aquellos en los que la fecha del matasellos de la oficina postal de origen no exceda la fecha límite de la convocatoria.

6. El jurado calificador estará integrado por especialistas en la disciplina literaria y sus nombres serán dados a conocer en el momento de emitirse el fallo.

7. Una vez emitido el fallo del jurado se procederá ante notario a la apertura de la plica de identificación de quien resulte ganador, y de inmediato le será notificado, así como divulgado a través de la prensa local y nacional.

8. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos no premiados, los cuales serán destruidos, con el objeto de proteger los derechos de autor.

9. Los organizadores cubrirán los gastos de transporta hospedaje y alimentación del ganador para que asista al ac premiación en febrero del 2004 en la ciudad de Oaxaca.

10. No podrán participar:
a) Obras que hayan sido premiadas en otro certamen.
b) Trabajos que se encuentren participando en otros concurs espera de dictamen.
c) Autoras y autores que hayan recibido este premio en la em anterior.

11. Es facultad del jurado descalificar cualquier trabajo qu cumpla con alguno de los requisitos exigidos en convocatoria.

12. El Premio puede ser declarado desierto. En este cas instituciones convocantes se reservan el criterio de aplic recurso correspondiente en acciones de apoyo a la literatura.

13. La comisión organizadora resolverá los casos no previsto

14. Premio único e indivisible **$50,000 (cincuenta mil 00/100 m.n.)** en efectivo y diploma, así como la publicació libro en el Fondo Editorial Tierra Adentro.

Mayores informes
Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca
Tel. 01 951 516 40 18
Correo electrónico: odavias@uabjo.mx
Programa Cultural Tierra Adentro
Tel. 01 (55) 1253 9895, 1253 9946
Correo electrónico: eleon@correo.conaculta.gob.mx

CONACULTA
HACIA UN PAÍS DE LECTORES